

Bianca™

Farsa

Diana Hamilton

Farsa

Farsa (1997)
Título Original: Wainting game (1997)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 881
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Saul Ackerman y Fenella "Fenn" Flemming

Argumento:

El magnate de la televisión Saul Ackerman cambiaba de novia como quien cambia de camisa. Hombre rico, triunfador y atractivo, tenía un montón de mujeres dispuestas a entrar en su vida. Pensó que Fenella era una más en la corte de cuerpos despampanantes de cerebros de aserrín dispuestos a saltar a su *cama. Pero Fen no era la muñeca rubia que su aspecto daba a entender.*

Detrás de toda aquella farsa, se escondía una poderosa razón…

Capítulo 1

El grupo de fotógrafos y de periodistas que esperaban a la salida del carísimo y exclusivo restaurante del West End se volvieron al ver detenerse el taxi.

—Tenías razón, los siguieron.

Fenella se movió inquieta en el asiento, acercándose a Alex, sonriéndole, y añadió, imitando el dulce acento de Cornualles para intentar que se relajara:

—¡Preparaos, que ahí vamos!

Siempre había tenido facilidad para los idiomas, de modo que los dialectos eran pan comido para ella. Alex le sonrió.

—Siempre tengo razón, mi vida, a estas alturas deberías saberlo. Bueno,¡nosotros a lo nuestro!

A pesar del tono de decisión de su voz, la luz del interior del taxi revelaba unas líneas de tensión alrededor de su boca.

Fenella apretó los labios. A los cincuenta años, Alex era todavía un hombre apuesto y su talento como presentador era incuestionable. Fenella no entendía cómo Saúl Ackerman, el implacable magnate, tenía la desfachatez de intentar despedirlo.

¿Qué sabía él? Alex era creativo y Saúl Ackerman no debía de entender nada.

Su cabeza debía de estar llena de columnas de cifras y todo lo medía por el rasero de los beneficios.

Pero su sonrisa felina ya estaba de nuevo en su sitio. Fenella salió del coche y se quedó de pie, a la tenue luz que salía de debajo del toldo, con una pierna ligeramente adelantada y la cabeza de dorados cabellos algo ladeada, mirando con sus deslumbrantes ojos a los chacales de la prensa mientras Alex pagaba al conductor.

Su altura, acentuada por los altísimos tacones de aguja que llevaba, y el ajustado vestido hacían destacar de forma elegante sus blancos hombros y sus exquisitas curvas.

El taxi se alejó y los chicos de la prensa se agitaron al reconocer a su acompañante. Habían seguido a la comitiva de Saúl Ackerman desde el teatro, sacado fotografías y hasta posiblemente arrancado algunas declaraciones de la mujer que lo acompañaba, y seguro que casi habían dado por terminada la jornada. No había mucho más que explotar de un estreno, un joven escritor de talento y una estrella conocida a ambos lados del Atlántico.

Con una amplia sonrisa, Fenella se acercó a Alex moviendo las caderas. Sintió su brazo alrededor de la cintura e intentó no parpadear ante los flashes que relampagueaban a su alrededor.

—¿Ha estado en el estreno, señor Fairbourne?

—¿Qué opina del nuevo niño prodigio de VisionWest?

—Ahora que el consorcio de Ackerman controla la cadena, ¿teme por la continuidad de su programa?

Llovían las preguntas y Fenella se sintió orgullosa de las respuestas de Alex. En ellas no había rastro de tensión y su voz era tan encantadora como siempre.

—Yo no diría que Jethro Tamblyn es un niño, pero un genio sí que lo es. Como saben, tiene contrato con VisionWest para crear otros dos guiones en lo que queda de año, que serán convenientemente vendidos a las redes de distribución. Es algo de lo que estamos orgullosos.

Era algo que todo el mundo sabía. VisionWest había colocado a sus propios fotógrafos a la salida del teatro para asegurarse de que todo el país se enteraba de que respaldaba por completo al joven escritor y de que el mismísimo Saúl Ackerman acudía al estreno y cenaba con el autor, su mujer y Vesta Faine, la actriz principal.

—¿Y cómo ve el futuro de Tardes con Alex con el descenso de la audiencia?

—Cariño —intervino Fenella, fingiendo un escalofrío—, ¿tenemos que quedarnos aquí? Hace frío.

No hacía frío. La noche era más bien templada, pero no le gustaba ver a Alex incomodado por aquella gente. Se pegó a él como en busca de su calor y de su protección. A lo largo de sus veinticinco años, no recordaba haber necesitado la protección de un hombre, pero hubiera hecho cualquier cosa por que Alex no tuviera que contestar a la pregunta.

Entonces, una voz preguntó por encima de las demás:

—¿Cómo no ha venido su mujer con usted esta noche? ¿La ha dejado en casa por si desentonaba?

Fenella notó que Alex la agarraba con más fuerza y miró al periodista. Era su trabajo pero, ¿cómo podían ser tan despiadados?

—Jean está pasando unos días con su madre en Edimburgo —respondió Alex, incómodo—. Ahora, si nos disculpan…

Pero los periodistas eran como perros de presa.

—¿Es una aficionada al teatro, señorita…? ¿O es señora? ¿Una modelo que quiere dar el salto a la televisión, quizás?

Fenella no quiso decir su nombre.

—Alex, por favor…

Fenella escondió la cara en el ancho hombro de la chaqueta de Alex justo en el momento en que relampagueaban de nuevo los flashes.

—Ya es suficiente, vayan a molestar a otros —cortó Alex, entrando en el lujoso restaurante.

Podían respirar de nuevo, aunque por poco tiempo. Mientras Fenella intentaba controlar el ritmo de su corazón, Alex la miró

preocupado.

—¿Estás bien, mi vida?

—Sí. Me advertiste de lo que me esperaba.

No hubo tiempo para decir nada más porque les guiaban hacia el comedor principal, ligeramente iluminado y decorado con suntuosidad. En él, había un bosquecillo de bonsais delante de una delicada tela japonesa con dragones dorados de ojos rojos.

Estaba lleno de gente importante. Su mesa estaba a poca distancia de la de Saúl Ackerman. Si miraba por encima del hombro de Alex, Fenella se encontraba con la cara del señor Ackerman.

Una rápida mirada le dijo que era más impresionante de lo que le había parecido cuando Alex se lo había señalado en el teatro. Tendría unos treinta y cinco y tenía unos rasgos duros y bien marcados que llamaban la atención. Pero era algo más que la combinación de una estructura ósea bien esculpida, pelo negro y ojos gris plata. Irradiaba un poder masculino puro y salvaje.

No volvió a mirarlo. Se concentró en Alex. A un lado de la boca le temblaba un músculo y aquello sólo le pasaba cuando estaba nervioso. Le acarició la mano con dulzura.

—No te preocupes, todo va a salir bien, te lo prometo.

—Claro que sí.

Vaciló un momento antes de responder, pero enseguida sonrió de nuevo y volvió a ser el hombre decidido y seguro de sí mismo al que ella quería.

—Pide lo que más te guste, Fen, cariño, y tomaremos el mejor champán de la carta.

La carta que tenía en la mano no tenía los precios marcados.

—¿Pu…Puedes permitírtelo?

No pudo evitar hacer la pregunta.

—Considéralo un pago a los servicios prestados.

Alex se acomodó en la silla. Su mirada y su sonrisa le hicieron comprender por qué hacía una década o dos las mujeres se le echaban encima después de cada representación.

—Y si yo no puedo permitírmelo, Jean sí.

—¡No digas más!

Fenella hundió la cabeza en el menú. Estaba hambrienta. Todo el mundo sabía que Jean era rica. Había heredado una fortuna de su padre y estaba a punto de heredar otra cuando muriera su madre. No es que Jean anticipara acontecimientos, es que la señora tenía más de noventa años. De modo que el precio de la cena no iba a suponer mucho para la mujer de Alex.

—¿Nos ha visto Ackerman? —preguntó Alex con tranquilidad después de pedir

—. Sería muy descarado que me diera la vuelta. Quiero que

piense que es una coincidencia. Mira hacia su mesa de forma natural. No creo que haya nadie que no se haya fijado en ti.

Fenella no estaba tan segura de eso, pero sabía lo que le había costado a Alex averiguar el restaurante en el que iba a cenar Ackerman a tiempo de reservar una mesa.

Remisa a mirarse en aquellos ojos grises, esperó a que les sirvieran el champán.

Entonces, despacio, como buscando algo en qué fijar la vista cuando Alex no le prestaba atención exclusiva, miró hacia el animado grupo de la mesa de Saúl Ackerman.

Vesta Faine estaba magnífica, como si estuviera en un escenario, su piel oscura ensalzada por el vestido de blanco satén, y charlaba animadamente con Jethro Tamblyn. El escritor estaba muy interesado, inclinado hacia delante, escuchando con suma atención. Parecía como si se hubiera estado peinando durante horas delante del espejo. Su mujer, en cambio, iba vestida sin imaginación y no despegaba la mirada de su famoso marido. ¿Se habría casado con el muchacho de su pueblo cuando no era nada más que un escritor desconocido para luego ver cómo la dejaba atrás? ¿Iba a ser capaz de aguantar las presiones de la fama?

Fenella era consciente de que todos aquellos interrogantes eran una táctica para retrasar lo inevitable, así que levantó la vista hacia la cabecera de la mesa. Pensó que Saúl Ackerman estaría tan pendiente de la actriz como el escritor, pero se encontró con su mirada azul, lo que la hizo enrojecer.

Desvió la mirada, soltó el aire que había estado conteniendo y ladeó la cabeza, notando el contacto de los largos pendientes en el hombro. Se los había puesto para hacer destacar el peinado.

—¿Y bien? ¿Nos ha visto? —preguntó Alex.

Borró el menor rastro de incomodidad de sus ojos y le dedicó una amplia sonrisa, elevando ligeramente los hombros mientras le decía en voz baja:

—Sí. No creo que nadie, ni siquiera alguien tan estrecho de miras como Saúl Ackerman, haya dejado de reconocerte.

—Eso es lo de menos —replicó Alex, haciendo caso omiso del piropo de Fen—.

Conoce cada rasgo de mi cara. Es en ti en quien quiero que se fije. Quiero que te reconozca cuando te vuelva a ver. Quiero que no sea capaz de quitarte la vista de encima.

Alex le acarició la mano. Involuntariamente, Fen miró a la otra mesa y se quedó sin aliento. No había duda de que Ackerman estaba especulando. Estaba completamente ausente de la conversación de la mesa y jugueteaba con la copa de vino en la mano mientras la observaba.

Fenella se concentró de nuevo en Alex. Ya había conseguido lo que quería: Ackerman la reconocería cuando la viera. Fen notó que una sensación extraña le oprimía el pecho. Con la determinación de no volver a mirar a Ackerman, hizo un esfuerzo por coquetear con Alex. Tenía un nudo en el estómago y se le había quitado el hambre.

¡Vaya despilfarro! No sabía qué le ocurría. Pensaba que hacía falta algo más que la mirada de un hombre para quitarle su siempre voraz apetito.

—¿No me vas a presentar a tu acompañante, Alex?

No le hizo falta mirar para saber quién había hablado. Era una voz serena y autoritaria y revelaba una gran seguridad. A Fenella le empezó a temblar la mano con la que sujetaba el tenedor. Con cuidado, lo dejó sobre la mesa, mientras Alex se ponía rápidamente en pie.

—Saúl… ¡Qué casualidad! Te vi en el teatro. Sólo había que mirar hacia donde estaban las cámaras de VisionWest…

Le temblaba la sonrisa. Fenella notó angustiada que Alex estaba haciendo un esfuerzo considerable por mantenerse erguido y meter barriga.

Por el contrario, Ackerman no necesitaba proyectar ninguna imagen. No había ni una gota de grasa en aquel cuerpo alto y viril. Fenella pensó con odio que ni siquiera la inmaculada chaqueta de gala disimulaba su fuerte componente primario y salvaje.

Sin apartar la vista de los ojos que la miraban, se fijó en que su boca era cruel.

Era un hombre despiadado y sin compasión. Era el presidente del consorcio que se había hecho con el control de VisionWest y tenía más poder e influencia de la que merecía. Su imperio incluía editoriales, líneas aéreas y medios de comunicación.

Había olvidado lo que significaba la palabra «compasión», si es que alguna vez llegó a saberlo, y podía despedir a Alex en cualquier momento.

—¿Qué le ha parecido el estreno, señorita…?

Miró brevemente a Alex para que les presentara. Nadie se atrevía a desobedecer sus órdenes.

—Fenella Flemming, mi… mi sobrina.

Alex empezó a moverse incómodo sobre un pie y sobre el otro.

—Fen, éste es…

—Sé perfectamente quién es, cariño —le cortó con tono aburrido.

El brillo de sus ojos color miel advertían a Ackerman de que no se dejaba impresionar, pero enseguida contuvo la respiración al ver un brillo cínico en sus ojos grises y una sonrisa burlona en su boca.

—¿Tu sobrina? Claro, ¡quién iba a ser si no!

Fen le sostuvo la mirada, desafiante.

—Nos gustó mucho la obra, ¿verdad, Alex?

Hubiera deseado que se sentara y dejara de moverse, pero nadie se sentaba delante de «Su Excelencia».

—Entonces, ¿por qué no hablamos sobre ello? Vengan a sentarse con nosotros y les presentaré al autor y a Vesta.

Por supuesto, se dio cuenta Fenella, ni mencionar a la mujer del escritor. La gente no contaba a no ser que fuera famosa.

—Otro día quizás.

Fenella se levantó, mirando a Alex. Seguramente estaría deseando aceptar la invitación, pero ella no podía estar más tiempo en compañía de Ackerman.

—¿No es hora de que nos vayamos a acostar, cariño?

Sonrió con picardía, de forma que sus palabras sólo tuvieran una interpretación.

—Disculpadme un minuto, voy a arreglarme un poco. Encantada de haberle conocido, señor Ackerman.

Se dirigió hacia el aseo caminando entre las mesas, consciente como nunca del balanceo de sus caderas e incómoda porque estaba segura de que el ogro de Ackerman no se perdía detalle de sus movimientos.

La puerta se cerró detrás de ella con suavidad y Fenella se apoyó en la pared y se llevó las manos a las sienes.

Lo que había comenzado siendo una diversión estaba resultando ser algo que no podía definir por mucho que lo intentara. Desde el momento en que supo lo que el presidente de VisionWest pensaba hacerle a Alex, lo odió, pero haberlo visto y haberlo conocido la había afectado de una forma muy especial.

Con un escalofrío, se irguió y se arregló un poco el maquillaje mirándose en el espejo. Saúl Ackerman no significaba nada para ella, era sólo un hombre al que despreciaba. Estaba planeando acabar con el programa de Alex, despojarlo de su amor propio, condenarlo a un futuro vacío e insulso.

Era perfectamente normal que lo odiara, pero nunca antes había sentido un odio tan puro y visceral. Era una sensación muy extraña.

Con los pensamientos en orden, metió la barra de labios en el bolso de fiesta.

Cuanto antes salieran de allí y estuvieran en el piso con todo el tiempo del mundo para pensar en lo ocurrido durante la tarde, mucho mejor.

Salió del aseo y empezó a caminar hacia la mesa. Casi se dio media vuelta cuando vio a Ackerman esperándola, completamente pálido.

Dispuesta a ignorarlo, lo saludó con la cabeza y siguió de largo, pero Ackerman alargó la mano y la agarró por el brazo, obligándola a detenerse. Fenella se quedó sin respiración. A la distancia a la que se encontraban, Ackerman era letal, puro veneno.

—¿Es costumbre en ti agarrar a toda mujer que pasa?

Aunque la sangre le hervía, Fenella se las arregló para hablar con frialdad.

¿Cómo se atrevía a abordarla, a tocarla?

—¿Es costumbre en ti ser arisca con los desconocidos? —replicó Ackerman con sonrisa irónica—, ¿o sólo lo eres conmigo?

—No sé a qué te refieres.

Fenella clavó la mirada en la mano que la sujetaba. Sus dedos eran fuertes y oscuros al lado de la blancura de su piel.

—Suéltame. Me estás haciendo daño.

—No lo creo.

Había una nota de humor en su voz que la hacía más profunda y más íntima.

—Suelo tantear las cosas antes de comprarlas, pero nunca las daño.

¿Qué quería decir con aquello? Fenella tenía una tenue suposición, pero no le iba a dar la satisfacción de preguntárselo. Ackerman no le quitaba los ojos del escote, por lo que a Fenella no le cabía duda de que había notado cómo se le aceleraba la respiración.

Haciendo un esfuerzo por mantener los nervios bajo control, intentó en vano soltarse. Odió el modo en que sus dedos apretaban con más fuerza y las sensaciones que su contacto despertaba en ella. Era como si se estuviera abrasando por dentro.

De rabia. Y de algo más.

Aquellos ojos azules se clavaron en sus labios y ella volvió la cabeza con rapidez, viendo desolada que nadie se acercaba por el pasillo. Deseaba que todo un ejército de clientes decidiera ir al aseo en aquel momento.

—¿Qué quieres?

Procuró parecer fría, como si nada de lo que fuera a decirle pudiera interesarla lo más mínimo. De pronto, oyó cómo Ackerman se reía con una risa cálida y gutural.

Aquello la desconcertó: no se lo esperaba. Bajó la guardia y cuando él habló no pudo mirarlo a los ojos para que no viera la sorpresa reflejada en los suyos.

—Saber quién eres, para empezar. Hay muchas más cosas que podrías ofrecerme, pero pueden esperar.

—Ya sabes quién soy. Mi tío… —dijo, trabándose al pronunciar aquella palabra

—, …Alex nos presentó. Ahora, si no te importa, debe de estar esperándome.

—Sí que me importa —contestó, tajante—. No me he creído semejante mentira.

¿Por quién me tomas? Y te aseguro que ese pellejo lleno de arrugas no me inspira compasión ni me rompe el corazón.

Su voz era mucho más dura y en los ojos había un brillo metálico, despiadado.

Sus palabras acabaron por sacarla de quicio.

—¡Eres un…! ¡Mi tío…, Alex está en lo mejor de su vida!

Fenella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo mejor, sin darse cuenta de que con aquel gesto ofrecía a Ackerman una vista perfecta de su largo y suave cuello y de las atractivas y provocadoras curvas de sus pechos.

—Es un gran presentador. Tiene verdadero talento. Todo lo que necesita es un vehículo para demostrarlo, lo que ocurre es que estás demasiado ciego como para darte cuenta.

Fenella soltó todo el aire que había estado conteniendo, soltando con él el odio que la invadía por la proximidad de aquel cuerpo masculino. Nunca se había encontrado con un hombre que tuviera tal magnetismo. La energía emanaba de él a oleadas, golpeándola.

Pero no iba a hundirse ante su poder sin plantear batalla, de modo que le espetó entre dientes:

—VisionWest no es la única cadena de televisión del mundo. No hay nada que le impida irse a otra en la que aprecien su talento.

—¡Qué lealtad! Envidio la capacidad que tiene ese hombre para ganársela —

dijo Ackerman con tono grave.

La soltó y se quedó mirándola muy serio un momento antes de darse la vuelta y marcharse del restaurante.

Fenella se llevó la mano a la boca, angustiada, mientras veía desaparecer detrás de la puerta del restaurante la figura de Ackerman. ¡Dios, probablemente había acabado con las esperanzas que tenía Alex de seguir con el programa! Ella y su enorme boca. Ella misma había cortado de un tajo la cuerda que sostenía la guillotina

que se cernía sobre la cabeza de Alex desde que el consorcio de Ackerman se había hecho con el control de la cadena.

Ni con una disculpa podría arreglar lo que había hecho. Seguro que Ackerman ya se había decidido, simplemente no se había tomado la molestia de enterrar Tardes con Alex todavía. Y ella acababa de ponerle la puntilla.

No sabía cómo le iba a decir a Alex lo que había hecho.

Capítulo 2

—Lo siento, probablemente te apetecía unirte a la comitiva de Ackerman —

murmuró con tristeza Fenella una vez en el taxi rumbo a Hampstead.

Alex no había abierto la boca desde que habían salido del restaurante después de que ella hubiera rechazado la invitación de su jefe, y era obvio que lamentaba haber dejado que Jean lo embarcara en aquella locura.

—¡Tanto como una patada en el trasero! —suspiró Alex, acariciándole la mano

—. Hemos estado geniales, pero dudo que hubiéramos superado con éxito la prueba de habernos sentado a charlar.

—Supongo que tienes razón.

Fenella se echó hacia atrás y cerró los ojos. Aun así, se sentía igual de miserable.

Alex no sabía nada de lo que habían hablado Ackerman y ella, y no sabía cómo decírselo.

—Hemos conseguido lo que nos proponíamos: algún periódico se hará eco del

«escándalo» y seré famoso otra vez. El propio Ackerman nos ha visto juntos.

Pensarán que el viejo Alex ha recuperado su encanto —dijo Alex, con voz cansada y tono cínico—. Como dicen los peces gordos, hasta la mala publicidad es buena publicidad. Cuando Jean me contó su idea, pensé que estaba loca, pero los locos somos nosotros por haberle hecho caso.

Como no podía discutírselo, Fenella no dijo nada. En cuanto llegaron al piso que su tía Jean había comprado con una pequeña parte de su herencia, le sirvió a su tío una copa de whisky y señaló el teléfono.

—Llámala; se estará muriendo de curiosidad por saber cómo ha ido todo. Te apuesto lo que quieras a que está convencida de que no nos hemos atrevido a hacer nada.

Se quitó los ridículos tacones, le dio las buenas noches y lo dejó solo, convencida de que una charla con su mujer lo animaría. Odiaba verlo tan deprimido.

Los quería con locura. En gran medida, significaban más para ella que sus padres.

Por eso había accedido a tomar parte en aquella locura.

La habitación de invitados estaba decorada con muy buen gusto y el inconfundible toque de Jean. Seis años antes, cuando a su tío le habían ofrecido el programa de cuatro horas Tardes con Alex, la

pareja había comprado una casa en las afueras de Tavistock, cerca de los estudios de Plymouth.

Pero Alex echaba de menos Londres y, cuando Jean recibió la herencia, compró aquel piso inmediatamente y vivían allí cuando Alex no tenía que rodar.

Eran una pareja enamorada y se notaba. Y, según Jean, ése era el problema. Los espectadores veían a Alex como un hombre de mediana edad acomodado, con sus zapatillas y su amantísima esposa.

Pero si volvieran a verlo como a un zorro del brazo de una chica despampanante, entonces el público femenino volvería a engancharse a su programa y se darían cuenta de que no había perdido su atractivo.

Desanimada, Fenella pensó que podía haber funcionado si no lo hubiera echado todo a perder contestando a Ackerman. Un suave toque en la puerta la sacó de sus pensamientos. Era Alex.

—¡Dice que somos los mejores!

Estaba sonriente y relajado y se había quitado diez años de encima. Jean y él no habían pasado una noche separados en sus treinta años de matrimonio y la echaba de menos.

«Cuando Jean decidió ir a Edimburgo a visitar a su madre y dejarle el campo libre para que tuviera una aventura, Alex puso el grito en el cielo», pensó Fenella al tiempo que le devolvía una dulce sonrisa.

—Estupendo. ¿Cómo está su madre?

Sólo había visto a la anciana una vez, años atrás, y la recordaba como una persona difícil. No debía de haber cambiado mucho, por la cara que puso Alex.

—Tan intratable como siempre. Se niega a vivir con nosotros e insiste en que la

«joven Elspeth» puede cuidar de ella. ¡La «joven Elspeth» debe de rondar los ochenta! Es como un ciego guiando a otro ciego. Bueno, qué más da. Jean me ha dado toda una lista de cosas que hacer y sitios donde dejarnos ver. ¿Quieres que los repasemos ahora con una taza de chocolate caliente o lo dejamos para mañana?

—Pueden esperar —contestó Fenella.

Antes de preparar nuevas tácticas, tenía que confesarle lo que había pasado, pero no tenía por qué estropearle la noche. Se lo diría al día siguiente.

—¡Lo hemos conseguido, mi vida! —exclamó Alex, entrando en la cocina—.

Mira qué titulares. ¿Queda algo de café?

—Sí.

Fenella tragó saliva. Cuando se levantó, el piso estaba en

silencio. Creyendo que su tío dormía, se había sentado en la cocina con una taza de café intentando decidir cómo le iba a contar su discusión con su jefe.

No iba a ser fácil, sobre todo por lo orgulloso que estaba Alex al ver que la prensa había respondido como esperaban.

—¿Qué, no vas a leerlo?

Se había sentado enfrente de ella y su cara y su pelo gris le hicieron recordar a Fenella lo atractivo que había sido años atrás para el público femenino.

Se sentía fatal, pero alcanzó el periódico y pasó la vista por la primera plana.

Guerras, el déficit de la balanza de pagos y el último atentado del IRA habían sido relegados a unas pocas líneas. La mayor parte de la primera página era la foto del momento en que había escondido su rostro en el hombro de Alex. Parecía que se estuvieran dando un abrazo. El titular decía: El viejo zorro vuelve a la caza.

—¿A qué viene esa cara? —preguntó Alex.

Procedió a leer el artículo.

—«Alex Fairbourne, del que se rumorea que van a acabar con su programa, fotografiado a la puerta de uno de los mejores restaurantes de Londres, al fin muestra su imagen de conquistador. Su guapa acompañante se negó a declarar su nombre y ocupación. A lo mejor su mujer puede aclarar la identidad de la amante misteriosa. Pobre dulce Jean, que está convenientemente retirada en la lejana Escocia.

¿Ha ido allí por su voluntad o la han enviado allí?».

—¡Qué horror! ¡La «amante misteriosa»! A la tía no le va a hacer ninguna gracia eso de la «pobre dulce Jean».

—Le va a encantar —repuso Alex.

Fenella se quedó pensativa. Alex, el hermano menor de su madre, y Jean siempre habían sido para ella como dos hermanos mayores. No tenía nada que ver con la edad sino con su capacidad de disfrutar de la vida. Sólo dos personas verdaderamente optimistas podían enfrentarse a los rumores del final del programa con una idea tan peregrina.

Tenía que contarle que ella, que había prometido ayudar, lo había echado todo a perder.

—Esta noche nos daremos una vuelta por Tinkers —le comunicó Alex, sirviendo un poco más de café—. No habrás oído hablar de este lugar porque lo han abierto hace poco, pero es el sitio de moda. Los caza-noticias se dejan caer por ahí.

Hace apenas dos semanas sin ir más lejos surgió un escándalo de un miembro de la Casa Real con una mujer no muy recomendable. Alguien debe haber hecho el agosto con la noticia. Desde entonces,

siempre hay periodistas merodeando a la espera de otro escándalo.

Apartó la silla de la mesa y continuó con tono jovial:

—Bueno, ¿qué tenemos para desayunar?

—Espera, hay algo que deberías saber —le interrumpió Fenella.

Se sentía fatal. Desde el principio no le había agradado la idea de montar aquella patraña para engañar a la prensa, pero Jean había insistido en que era la única salvación para Alex y por eso había aceptado.

—¿Y bien? —preguntó Alex—, ¿qué debería saber?

—Anoche discutí con Ackerman.

Por fin había dado el paso. La lengua le ardía. Tenía que continuar.

—En el pasillo que daba a los aseos. Me acusó de haber sido desagradable cuando nos invitó a unirnos a su mesa. Y tenía razón, me comporté como una maleducada. Entonces perdí los estribos y le dije que estaba ciego y que nada te impedía trabajar para un canal en el que reconocieran tu talento. Siento haberlo estropeado todo.

Fenella bajó la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Lo siento, no parece la clase de hombre que acepte de buen grado las críticas.

Seguro que mañana encontramos entre el correo una carta en la que te anuncian que no te renovarán el contrato. Así que pienso que seguir con el engaño va a ser una completa pérdida de tiempo.

Quedaban por emitir dos programas grabados antes del final de la temporada y podrían comprobar si la publicidad hacía subir los índices de audiencia.

—Nada podrá salvar tu programa después de lo que le he dicho. Que el público muestre interés de nuevo en ti porque te han visto por ahí con una chica que podría ser tu hija no va a cambiar nada.

Fenella había dicho estas mismas palabras cuando Jean le expuso el plan por primera vez, pero no había podido negarse en vista del optimismo y del entusiasmo de la pareja una vez que Jean convenció a Alex.

No había podido desalentarlos entonces y mucho menos iba a poder desalentar a Alex después del triunfo de la noche anterior.

—¡Y un cuerno! —exclamó Alex.

Los artículos de los periódicos le habían hecho sentirse una celebridad de nuevo. Volvía a ser el ídolo por el que las mujeres se arrancarían los ojos con tal de ser las primeras en pedirle un autógrafo.

—Saúl es demasiado astuto como para dejar que una mujer le nuble el juicio.

Seguramente estaba intrigado por la forma en que le plantaste

cara. Está acostumbrado a que las mujeres se lancen a sus pies y no a su yugular. ¡Me apuesto lo que quieras a que has sido la primera en rechazar una invitación suya!

—Si tú lo dices…

Fenella estaba demasiado desanimada como para discutir. Alex era su tío, pero en aquel momento se sentía como si fuera su abuela. Decidió animarse. Se levantó y

puso la mesa mientras Alex tostaba algo de pan y batía unos huevos. Empezó a sonar el teléfono y Fenella siguió con los huevos.

Aún no había acabado de freídos cuando vio volver a Alex frotándose las manos.

—¿Qué te había dicho? Era Saúl en persona. Me ha invitado a la jornada de puertas abiertas de mañana. Y tú, mi querida Fen, también estás invitada: «Trae a tu sobrina», me ha dicho.

Satisfecho, se peinó con las manos y retiró la sartén del fuego.

—¡Dios santo, Fen, los huevos se están carbonizando!

Pero ni el desastre del desayuno le borró la sonrisa de la cara. Fen, en cambio, se sentía cada vez peor.

—Ackerman no se cree que soy tu sobrina.

—Claro que no. Además, se supone que no tiene que creérselo, ¿no? Aun así ha insistido en que quiere que vayas.

Fen iba a preguntarle que por qué, pero decidió que prefería no saber la respuesta, suponiendo que Alex la supiera, sobre lo que tenía sus dudas. En su lugar, preguntó:

—¿Qué es eso de la jornada de puertas abiertas?

—¡Son las mejores noticias que he tenido en los últimos seis meses, mi vida!

Alex dejó de prestarle atención al desayuno, se echó para atrás en la silla y esbozó una amplia sonrisa.

—Mañana abrirán parte de los estudios al público para que la gente conozca a los presentadores y a los técnicos. Se hace cada año, pero esta vez se va a celebrar una fiesta en un jardín y sólo se puede ir con invitación. Por supuesto, es algo exclusivo: los nombres con letras de oro de la televisión. El público lo formarán los ganadores de unos concursos que se vienen realizando. También estarán los actores y guionistas de las series más famosas. Yo no estaba invitado. ¡Hasta hoy! Por supuesto, se trata de una estrategia…

Desde luego, Alex estaba radiante de felicidad y su discusión con Ackerman no parecía haberle afectado en absoluto. Fenella se quitó un peso de la conciencia.

—¿Te importa fregar los platos, Fen? Voy a llamar a Jean para contarle las buenas noticias. Todo empieza a funcionar. ¡Ah! —exclamó a medio camino de la habitación—, tendremos que dejar lo

de Tinkers para otro día. Es una pena. Esta noche dormiremos en Tavistock para estar descansados para mañana. Y no olvides llevar algo sexy en la maleta para ponerte mañana.

Desde luego, el vestido de seda color ámbar que llevaba era todo menos sexy, se consoló Fen mientras Alex conducía camino de Cornualles el Daimler que le había regalado Jean por su último cumpleaños.

La primera noche, Fen se había puesto un vestido espectacular sin ningún reparo, pero por alguna razón ya no podía seguir desempeñando el papel de mujer fatal. El vestido de aquel día era de manga larga.

Llevaba un sombrero de ala ancha a juego con el festón rosado del vestido. Se había quedado boquiabierta cuando, en la casa de Tavistock, Alex, que iba elegantísimo, le dijo que estaba fantástica.

Seguramente era el sombrero, porque el vestido no dejaba asomar más que los tobillos.

—No olvides pegarte a mí como una lapa —le dijo Alex con dulzura—. Estoy empezando a ponerme nervioso. Te necesito a mi lado.

Fenella se dio cuenta de que empezaba a ponerse pálido. Hacía una maravillosa tarde de verano inglés y todo parecía ir como la seda, ¿qué sentido tenía ponerse nervioso?

—Me temo que empiezo a tener doble personalidad —comentó Alex—. De repente estoy flotando, pensando que hemos tenido una idea estupenda, y al minuto me encuentro deseando no haberme metido en esto. El problema es que no quiero tener que ganarme la vida anunciando productos congelados o algo por el estilo.

Fen estuvo a punto de contestarle que no necesitaba trabajar, que con el dinero de Jean les bastaría para llevar una vida acomodada, pero se lo pensó mejor. Jean lo amaba con locura y no iba a escatimar ni un penique, pero Alex tenía su orgullo y era muy importante para él mantener a su esposa.

—Pero no llegaremos a ninguna parte si nos echamos atrás ahora. Y, además, Jean nos mataría—añadió Alex, intentando animarse.

Al principio, Fen había pensado que la fiesta tendría lugar cerca de los estudios y no la tranquilizó en absoluto enterarse de que se iba a celebrar en la casa de Saúl Ackerman. Pero no podían rechazar la invitación.

Era como un mandato divino, se dijo mientras entraban por las enormes puertas de la finca y dos hombres uniformados les indicaban dónde dejar el coche.

Había camionetas con el logotipo de VisionWest. Aquello quería decir que las cámaras lo grabarían todo e informarían a los

espectadores de lo que ocurriese.

Había coches aparcados de más de un millón de libras, lo que indicaba que todos los invitados eran alguien dentro de la industria.

¿Por qué habría cambiado de idea Saúl Ackerman y habría invitado a Alex en el último momento?

Pensativa, Fen salió del coche y se ajustó el sombrero. No estaba acostumbrada a llevar nada en la cabeza y se sentía como una seta. Se acercó a Alex, que estaba cerrando el coche.

—No quiero estropearte el momento pero, ¿te has parado a pensar por qué estás aquí? No hemos tenido en cuenta la posibilidad de que a Ackerman le disgustara lo que ha aparecido en los periódicos. Puede que no quiera en su canal a alguien que engaña públicamente a su mujer. ¿Has pensado en ello?

—Sí.

Alex se mesó el pelo y la agarró de la mano.

—Siempre cabe esa posibilidad, pero las reglas del juego son la publicidad y los índices de audiencia. Además, él tampoco es un santo. Nunca se le ve dos veces con la misma mujer. Sea lo que sea, no creo que sea un hipócrita.

—¿Está casado?

Fen clavó los tacones en la hierba. Por alguna razón desconocida pero poderosa necesitaba saber más sobre él. Pensó que lo que quería era conocer mejor al enemigo.

—Lo estuvo, pero todo acabó fatal. Había otra persona de por medio. Bueno, vamos, Fen.

Llegaron muchos más coches y empezaron a desfilar muchos más sombreros y hombres trajeados. Fen se dejó llevar hacia una portezuela. El vestido de seda destacaba su grácil figura y sus esbeltas y largas piernas.

Alex le había dicho todo lo que deseaba saber sobre Saúl Ackerman. Si era posible lo odiaba más todavía. Su pobre esposa había hecho bien en deshacerse de él.

Alex había hablado de que el matrimonio se había acabado. Probablemente se habían divorciado. Seguramente porque él no podía apartar las manos de otras mujeres.

Fen no entendía que una mujer razonable quisiera casarse. ¿Por qué condicionar la felicidad de una a la fidelidad de un hombre? En general, le gustaban los hombres, disfrutaba en su compañía y valoraba su amistad, pero no pensaba renunciar a su independencia. Sabía lo que había supuesto para su madre y, en consecuencia, para ella. Sabía también de muchos matrimonios que habían acabado en desastre.

Había decidido ser una mujer libre e independiente que sólo tuviera que responder de sí misma.

—¡Fen!

Un ligero codazo la sacó de sus pensamientos. Un camarero con una bandeja le ofrecía champán. Entonces, copa en mano, se fijó en la finca. Estaba rodeada de acres y acres de césped con parterres de flores cuidadosamente recortados y árboles enormes. Y a unos doscientos metros había una preciosa casa estilo Tudor.

«Una verdadera casa de campo», pensó comparándola con la humilde casa rural de Cornualles, lo más parecido a un hogar que había tenido.

Por lo menos no había rastro de su dueño. ¿Podría ser que no se lo encontraran en toda la tarde?

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó—. ¿Plantarnos delante de las cámaras y sonreír?

—Pasear entre la gente mirándonos como dos tortolitos —contestó Alex—. Bebe un poco, a ver si te pones de mejor humor.

Pasearon por los caminitos de piedra y por el césped dejándose ver. Alex la presentaba como Fenella, sin hacer nada por aplacar las miradas especulativas que les dirigían todos. Fenella casi podía oír sus pensamientos. Todos parecían preguntarse si estaría con Alex por amor o por dinero.

Hubo sonrisas para todos los gustos y charlaron educadamente con todos los conocidos. Cuando llegaron a la terraza, Fenella decidió que ya había aguantado bastante.

El caminito de piedra seguía a lo largo de la fachada de la hermosa casa. Un poco más adelante, estaban dispuestas las mesas del buffet, todas perfumadas por macetas de azucenas. Unos pasos más allá, entre un grupo de aduladores, estaba Saúl Ackerman.

Al reconocerlo, Fen sintió un pinchazo en el estómago. Sin duda era el hombre más atractivo de la fiesta.

¡Demonios! Había rezado por no encontrárselo. Fen pensó que era porque se sentía culpable por cómo se había portado con él, lo que no quería decir que su comportamiento fuera a mejorar… Pero la carrera de Alex pendía de un hilo. Nunca antes había conocido a nadie que despertara en ella aquellas sensaciones. La sangre le hervía con sólo pensar en él.

—Ya podemos irnos —le susurró a Alex—. Has debido hablar con todo el mundo.

Excepto con Saúl, pero Fen no estaba dispuesta a recordárselo. Estaba harta de ser el centro de atención y la comidilla de todos. Seguro que todos habían visto los periódicos. Se estaba volviendo paranoica y le parecía que todos los hombres la miraban con ojos lascivos. No pudo evitar desear matar a Alex cuando dijo:

—¿Qué? ¿Y perdernos toda esa comida? Además, todavía no le he presentado mis respetos a Saúl. Tengo que hacerlo. Si Jean

estuviera aquí, diría lo mismo.

—Muy bien, ve a hablar con él. Te darán una medalla si logras rescatarlo de todas esas admiradoras.

Acababa de reconocer la sensual figura de Vesta Faine, que lo agarraba del brazo. Debía de ser su amante en aquel momento. ¡Dos veces consecutivas juntos!

Debían de estar rompiendo todos los records.

—Mientras, iré al cuarto de baño, ¿sabes dónde está?

—Mira dentro de la casa, pero no tardes. Buscaré algo de comer para los dos e intentaré atraer la atención de Saúl. Después de todo, fue él quien te invitó expresamente.

No era exactamente lo que Fen quería oír. En realidad no tenía ganas de ir al baño, sólo quería evadirse. Esperaría un rato, Alex podía arreglárselas solo.

Al lado de la casa encontró una piscina con vestuarios y mesas de metal. Había gente, así que miró un poco más allá y encontró lo que necesitaba: un pequeño jardín cerrado por tres lados por un seto. El cuarto lado estaba abierto y dejaba ver un paisaje maravilloso. Nadie a la vista. Sólo el sol, la brisa, el césped y el canto de los pájaros. El paraíso.

Se quitó los zapatos y se tumbó en la hierba, cubriéndose la cara con el sombrero. Si no hubiera estado tan tensa, se habría quedado dormida en unos segundos. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que estaba exhausta. Se había pasado los últimos cuatro años viajando por Europa, trabajando aquí y allá y disfrutando al máximo de cada instante. Dieciocho meses antes, después de la muerte repentina de su padre, se tomó dos meses de vacaciones para instalar a su madre en Australia con una amiga que también acababa de enviudar. No había sido fácil.

Había sentido pena por la muerte de su padre; una pena que tomaba la forma de profundos lamentos. Lamentaba que la hubiera considerado un estorbo. Era un hombre egoísta y en su vida sólo había sitio para su trabajo como reconocido escritor de libros de viajes. Había recorrido el mundo arrastrando tras él a su mujer y, después, a una hija que nunca había deseado. Bueno, no había arrastrado a su mujer exactamente. Ella dependía completamente de él y lo seguía a todas partes, y ahora que había muerto, su madre no sabía qué hacer. Desde luego, aquellos dos meses con su madre no habían sido exactamente un camino de rosas.

Hacía unas semanas, en una de sus frecuentes llamadas a Australia, su madre le había dicho que fuera a Gran Bretaña y vendiera la casita rural, porque no podría aguantar volver allí sin su marido.

Y que le mandara los papeles y libros que quedaban allí.

Así que después de un trabajo que la llevó a Inglaterra, Fen se dejó caer por la casa de Jean y Alex en Hampstead con la intención de pasar unos días con ellos antes de ir a Cornualles a vender la casa.

Y en vez de dedicarse a holgazanear tal y como había planeado, se encontraba haciendo de amante de Alex.

Con un suspiro, se puso más cómoda. El vestido se le subió hasta el muslo pero no le importó. Después de todo, nadie la veía. Hizo un esfuerzo por relajarse, por borrar de la mente todo pensamiento y se dejó llevar por el sueño que la conducía a más y más profundidad…

—¿Puedo unirme a ti o es Alex el único que puede dormir contigo?

Una voz masculina la espabiló inmediatamente y se bajó con una mano el vestido. Fen se puso rígida e intentó ponerse de pie con la mayor dignidad posible, pero una cálida mano, ardiente, para ser exactos, en su muslo, se lo impidió, borrando todo rastro de dignidad.

—¿Cómo te atreves?

Fen le golpeó la mano, pero él no la movió. Ackerman aumentó la presión de sus dedos durante un segundo enviando un sinfín de sensaciones que recorrieron el cuerpo de Fen. Ésta se revolvió y acabó en el suelo, inmovilizada por los brazos de Saúl, que estaba encima de ella.

Lo miró a los ojos e intentó controlar la respiración.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? Si es un ejemplo de cómo tratas a las mujeres, me sorprende que no estés entre rejas.

Entonces, Ackerman esbozó una sonrisa tan dulce que dejó a Fen sin respiración. Sonreía también con la mirada azul.

—Trato a mis invitadas como su lenguaje corporal me hace creer que debo hacerlo —murmuró con voz tan suave como el terciopelo —. No he sido capaz de resistirme a tu invitación. Y sobre lo que estoy haciendo…

Se separó de ella, que lo miró asustada. Sentía como si nunca fuera a poder librarse de la huella que el cuerpo de Ackerman había dejado en el suyo.

—Estaba buscándote. Alex está muy nervioso. Y ahora que te he encontrado, no quería dejar pasar la oportunidad de hablar contigo.

Ackerman se puso en pie como si nada hubiera pasado, como si se dedicara a ir embistiendo a mujeres que apenas conocía, a insultarlas, a tocarlas… ¡Era detestable!

Si la volvía a tocar, lo mataría.

Pero no lo hizo. Porque cuando la ayudó a ponerse en pie, le colocó el vestido en su sitio y le puso el sombrero, sus movimientos

fueron totalmente impersonales y la tocaba como quien viste al maniquí de un escaparate.

—Vamos —le ordenó—. Alex quiere contarte algo. Además, a estas alturas debe de estar en pleno síndrome de abstinencia.

Capítulo 3

En todo el camino de vuelta a la fiesta, Saúl no volvió a tocarla, ni siquiera por la escalera de piedra que bajaba al nivel de la piscina y de la terraza.

De todas formas, Fen era tan consciente de su presencia como si sus manos recorrieran su cuerpo. El cuerpo le ardía, tenía la boca seca de repente y le costaba respirar. Estaba temblando como si acabara de despertarse de una pesadilla. Sin duda, era un síntoma de la tensión a la que estaba sometida con toda aquella farsa.

Al menos eso se decía mientras trataba de borrar de su memoria el recuerdo del peso del cuerpo de Saúl Ackerman y de su mano en su muslo.

Pero el recuerdo no se iba y nunca se alegró tanto de ver a alguien como en aquel momento a Alex.

—¡Aquí estás! Pensé que habías escapado de mí, mi vida —le dijo Alex con cara de alivio.

—¡Claro que no!

Ya se abalanzaba hacia los protectores brazos de Alex cuando pisó mal y sólo los buenos reflejos de Saúl evitaron que acabara en el suelo.

—Si en la cama muestras el mismo entusiasmo, puedo entender por qué no quiere perderte de vista un minuto —le murmuró Saúl al oído.

Fen se estremeció al notar su aliento en la oreja y acto seguido creyó enfurecer.

Quería contestarle pero las palabras no acudían. Tenía la lengua pegada al paladar.

Saúl la sujetaba con la mano y empezó a acariciarla suavemente haciendo círculos con el pulgar. Fen sentía el contacto a través de la tela del vestido. Lo peor, lo más horrible es que estaba quieta, sin reaccionar, como si fuera de piedra. Disfrutando…

¡No! ¡De ninguna manera!

Borró aquel pensamiento de su cabeza y retiró el brazo de forma que el pulgar rozó la seda de la manga y ella sintió el contacto del dedo en la piel con tanta suavidad como nunca se hubiera imaginado.

—Disculpadme un momento; tengo que hablar con alguien un minuto —dijo Saúl, alejándose con los ágiles y seguros movimientos de quien es consciente de su poder.

Desde luego, en urbanidad merecía un diez. Se comportaba como si nada hubiera pasado, como si no la hubiera insultado.

—¿Podemos irnos ya?

Fen miró a su tío, que la miraba extrañado. No había podido oír

las palabras de Saúl y tampoco había visto cómo la tocaba.

—Todavía no.

Alex la apartó del camino por el que pasaban los camareros, que ya estaban desmontando las mesas del buffet. Debía de haber estado dormida más tiempo del que pensaba.

—Escucha —le dijo Alex atropelladamente—, mientras no estabas he estado hablando con Laurence Meek, el director de programación, y me ha dicho que el que tiene la última palabra es…

—Saúl Ackerman —concluyó Fen.

Se le hacía un nudo en el estómago sólo de pensar en él.

—Has acertado. De todas formas, Laurence me ha dado esperanzas. Sus palabras fueron: «No lleves tu curriculum a ningún otro sitio, amigo. Todo depende de una decisión y tienes todas las de ganar».

—¡Es fantástico!

A Fen se le iluminó la cara y su malhumor desapareció. Estaba muy contenta por él. El programa significaba mucho para Alex: su amor propio, su valía, su talento… Muy despacio, Fen se acercó a la balaustrada de la terraza, desde la que se veían los campos vacíos. Alex avanzó a su lado. Las buenas noticias significaban que pronto acabaría la farsa de su relación. Nunca le había gustado la idea y mucho menos había imaginado lo mal que se iba a sentir. Por eso era un gran alivio.

El monstruo de Ackerman tenía una casa preciosa. Fen notaba cómo la tranquilidad fluía por sus venas. Podía imaginarse a sí misma echando raíces si tuviera un hogar como aquél. Suspiró. No, no se veía a sí misma echando raíces en ningún sitio. Siempre había algo nuevo en el horizonte, algo que la hacía moverse.

—¿Y cuándo tomarán la decisión final? —preguntó.

—No estoy seguro, pero pronto. Y cuando la tomen, acabaremos con esto.

—Pero no puede tener nada que ver con su decisión. Un escándalo en los periódicos…

Lo miró preocupada. Por lo que sabía, hacía tiempo que la audiencia de Alex era cada día menor. ¿Cambiarían su decisión por un artículo de la prensa sensacionalista? No tenía ningún sentido.

A Alex no parecía importarle por qué le ofrecían la renovación; sólo que se la iban a ofrecer. No paraba de sonreír y tenía coloretes. Fen sospechaba que había empezado a celebrarlo después de hablar con el director de programación. Debía de haber bebido el champán como si fuera agua.

—¿Quieres que conduzca yo?

No quería ofender su ego masculino, pero sin duda estaba por

encima del límite permitido por la ley y ya era hora de irse. No quería tener que ver otra vez a Saúl. No después de lo que le había dicho.

—Ya veremos. Saúl me ha pedido que nos quedemos a cenar. Es lo que intentaba decirte.

—¿Qué? No. ¡Oh, no!

Fen negó con la cabeza. Ya había tenido suficiente por aquel día. Habría más invitados. Serían pocos, los elegidos. Y seguro que la despampanante Vesta Faine estaba entre ellos. Pero lo que era ella, no tenía ningún interés en formar parte de la élite de Saúl Ackerman.

—¡Fen! —exclamó Alex, sorprendido—. No seas así. Sé que es difícil hacerse pasar por mi amante, pero te prometo que no nos quedaremos mucho tiempo. Es importante para mí. Ya hemos rechazado su invitación una vez, si lo hacemos de nuevo, adiós a mi programa.

La agarró con ternura de la mano antes de continuar.

—No puedo permitirme el lujo de enfrentarme a él. Al menos hasta que tome la decisión final. Tal vez quiera hablar del programa después de cenar. Por favor, mi vida, hazlo por mí. ¿Lo harás?

Aquello era chantaje emocional. No le quedaba otra opción, pero aun así, preguntó:

—¿No podemos decirle simplemente que no vemos el momento de llegar a casa y saltar a la cama? Saúl entendería algo así, ese monstruo arrogante, descarado y…

Vio que a Alex se le ponía la cara de todos los colores y comprendió la razón cuando oyó detrás de ella una voz odiosamente familiar que decía con frialdad:

—¿Entramos? Tenemos tiempo para tomar algo de beber antes de cenar. A lo mejor tu sobrina quiere arreglarse antes de cenar.

Lo último lo dijo en un tono de voz que no le gustó nada a Fen. La había oído.

Estaba segura. Intentó seguir el paso de los dos hombres hacia la casa sin que se le notase lo colorada que se había puesto. Una vez dentro, Ackerman le presentó al ama de llaves.

—Prinny, por favor, lleve a Fenella ala habitación de invitados azul. Y tenga la cena lista para dentro de una hora. Mientras, estaremos en el salón viendo las noticias de VisionWest.

¿Cuánta gente más habría viéndolas? ¿Habría muchos más invitados? ¿Estarían todos preguntándose lo que tardarían Alex y ella en irse a la cama y si su mujer sabía lo que ocurría?

Fen se sentía fatal. No estaba hecha para hacer de amante de nadie. Histérica, pensó en decirle al ama de llaves que le dolía la cabeza y que se iba a echar un

minuto, pero no podía hacerlo. Saúl Ackerman correría a bajarle la fiebre. Debía saber muchas variantes del juego de los médicos y las enfermeras.

Cielo santo, no pensaba más que en el sexo. Ella, que normalmente, en su agitada vida no le reservaba ni un minuto en sus pensamientos y que prefería el celibato antes que correr el riesgo de contagiarse de cualquier enfermedad. Después de todo, Fen no comprendía a qué se debía tanto alboroto con eso del sexo. Lo había practicado una vez y había sido una experiencia tan poco excitante como leer las instrucciones de una lavadora.

Era cierto. Tenía entonces dieciocho años. Era una chica solitaria que estudiaba idiomas en la universidad. Todas las chicas andaban detrás de Ray Gordon, pero a él le gustaba Fen. A ella se le subió a la cabeza. Pensaba que estaba enamorada de él y que era una mujer moderna y liberada que podía tener un compañero. Las mujeres modernas no decían «novio» o «amante». Seis semanas después de su primera cita, Ray la llevó a su apartamento y se acostaron. Fen odió cada momento que pasó con él y decidió que no necesitaba un compañero, si eso significaba tener que volver a pasar por aquella terrible experiencia.

Prefería arreglárselas sola. Conocía otras lenguas y otras costumbres, podía visitar otros países y nunca se sentiría sola mientras le quedasen lugares adonde ir, gente a la que conocer y cosas nuevas por descubrir.

¿Por qué entonces no podía quitarse el sexo de la cabeza? ¿Tendría algo que ver con la forma en que Ackerman la había tocado? No, por supuesto que no. Lo despreciaba y lo odiaba.

Se puso el sombrero y miró a su alrededor. La habitación era azul, de un azul pálido, combinado con tonos grises y crema. Estaba decorada con buen gusto. Lo que más llamaba la atención era el baño, que tenía todo lo necesario para que se arreglara una mujer.

Veinte deliciosos minutos después, decidió que era hora de bajar. Sin saber adonde ir, se quedó un momento de pie en el centro del enorme vestíbulo. Había jarrones con flores por todas partes. Los muebles eran antiguos y estaban perfectamente cuidados. Era una casa con historia, se respiraba en el ambiente.

Parecía como si le diera la bienvenida, como si la acogiera…

—Por aquí, señorita.

Fen parpadeó. No era normal en ella ponerse a soñar despierta.

—Gracias. Estaba un poco perdida.

Sonrió al ama de llaves, que acababa de aparecer de detrás de una puerta con una bandeja de copas usadas.

Estaba perdida en sus pensamientos y no podía ser. Al fin y al cabo, una casa era una casa y punto. No había que darle más

vueltas. Decidida, entró por la puerta que la señora Pringle le abría. A juzgar por la cantidad de copas que llevaba, debía de

haber una multitud en el salón. Fen respiró hondo, se armó de valor y casi se cayó de espaldas al ver solos a Alex cómodamente sentado en una butaca de cuero, copa en mano y a Saúl en un sofá de dos plazas.

Alex estaba tan pendiente de la televisión que ni se dio cuenta de su presencia, pero Saúl se levantó enseguida indicando a Fen que se sentara en el sofá mientras le ponía algo de beber.

Fen recorrió la habitación con la vista en busca de otro sitio donde sentarse.

Estuvo a punto de ir hasta una silla al lado de la estantería, pero se dijo que era una niñería y que no tenía por qué ponerse a la defensiva. Se dejó caer en el sofá.

El salón era una estancia confortable y acogedora. Además el no tener que vérselas con otros invitados tranquilizó a Fen. Aceptó la copa de champán que le ofrecía Saúl, le dio las gracias y vio cómo le llenaba la copa a Alex, preguntándose por qué sentía que algo le bullía en el interior cada vez que lo miraba.

Se había quitado la chaqueta y la corbata, y la camisa blanca hacía destacar unos anchos y fuertes hombros. El contraste con los pantalones oscuros realzaba su esbelta figura. Era un hombre muy atractivo. Fen bebió un poco de champán para aclararse la garganta. Parecía de la clase de hombres que no aceptan un no por respuesta.

Probablemente nadie le había dicho nunca que no. El muy arrogante…

A lo mejor era aquello lo que le hacía parecer tan peligroso. Su forma de moverse, la forma en que sus ojos parecían atravesarla, la forma que su boca tenía de sonreír de repente de modo que parecía que había salido el sol…

Pero no era una amenaza para ella, claro que no. Era de Alex de quien tenía que preocuparse. El programa era lo que pendía de un hilo. Así que tenía que dejar a un lado los insultos y ser educada, tomarse la cena y despedirse con educación. Tenía que hacerlo por su tío.

Miró al objeto de su preocupación justo cuando él dejaba de mirar la pantalla un momento y la saludaba con la copa de whisky de un modo un tanto ridículo.

Había bebido demasiado. Iba a tener que conducir ella. A Fen le hubiera gustado que Jean estuviera allí para pararle los pies. ¿Es que había perdido el juicio?

Saúl se sentó en el sofá junto a ella y Fen cruzó los brazos. Si intentaba tocarla, se pondría a gritar. Pero él simplemente brindó

con su copa y se concentró en la televisión.

Fen bebió un poco e intentó convencerse de que la electricidad que había entre ellos era producto de su imaginación y que era tan consciente de su presencia por cómo la había tocado e insultado. Después de la cena, ya no tendría que volver a verlo nunca más.

Se concentró ella también en la pantalla. Acabó el intermedio publicitario y comenzó la segunda parte del informativo regional. Fen seguía las noticias con poco interés, pero mostró más atención en cuanto empezaron a poner escenas de la fiesta del jardín.

El reportaje era bueno. Como publicidad, era un montaje verdaderamente asombroso: un montón de famosos actuando como si tuvieran instrucciones precisas de cómo comportarse. Entre famoso y famoso vio a Alex y a ella misma pegada a su brazo. ¡Qué horror! Además, cada paso que daba dejaba al descubierto parte de sus piernas.

¡Y por la mañana se había felicitado de lo recatada que iba! Encendida de rabia, se colocó el vestido y esperó que el amago de carcajada irónica que oyó a su lado fuera sólo producto de su imaginación.

—¡Una publicidad maravillosa! —exclamó Alex tan pronto como acabó el telediario—. Una idea fantástica, amigo mío.

Tampoco era mala publicidad para él. Serían pocos los espectadores que no se hubieran fijado en Alex Fairbourne y en la muñequita que llevaba del brazo.

—No fue sólo idea mía—apuntó Saúl.

En su voz no había ni rastro de censura. Más bien, su tono era divertido e indulgente. Fen se preguntó por qué, porque no parecía el tipo de hombre que aceptara cumplidos de un subordinado ebrio.

—¿Cenamos? Prinny nos servirá la cena.

Saúl se levantó y pulsó un botón que estaba oculto al lado de la chimenea de piedra.

Probablemente el ama de llaves llevaría un buen rato con la cena preparada esperando, como un atleta dispuesto para salir en cuanto den el pistoletazo. Fen dejó la copa sobre la mesa y se dio cuenta sorprendida de que estaba vacía. ¿Cuántas copas de champán habría bebido? ¿Cuántas veces le habría rellenado Saúl la copa?

Alex apenas podía mantenerse en pie. Saúl los guió hasta un discreto e íntimo comedor que daba a la terraza. Las puertas correderas estaban abiertas. La cena fue exquisita y Saúl se cuidó de que el vino no dejara de correr.

Fen se controló para no beber más de una copa. Saúl apenas tocó la suya.

¿Estaba intentando deliberadamente emborrachar a sus

invitados? ¿Por qué?

Fueran cuales fueran las intenciones del anfitrión, Alex estaba completamente borracho. Fen le había dado dos patadas por debajo de la mesa sin ningún resultado.

Iba a tener que meterlo en el coche como pudiera. ¡Eso, si conseguía que dejara de hablar!

Y todo por culpa de Saúl, que era quien le rellenaba la copa una y otra vez, dejando que el pobre Alex hablara de glorias pasadas y de las estrellas a las que había conocido en su carrera. Lo estaba manipulando, dejando que se sintiera importante. A Fen le hubiera gustado romperle a Saúl la botella en la cabeza.

No sabía lo que pretendía, pero se temía que no le iba a gustar. No iba desencaminada, porque en cuanto apareció Prinny con el café, Ackerman le ordenó con voz de no aceptar un no por respuesta:

—Prinny, acompañe al señor Fairbourne a su habitación.

Se puso en pie y ayudó a Alex a incorporarse.

—Estarás de acuerdo conmigo, Alex, en que no puedo dejar que conduzcas en este estado.

«¿Su habitación?». Entonces había avisado al ama de llaves de que se quedarían a pasar la noche. ¡El muy arrogante! Alex no dijo nada, simplemente le sonrió y se fue detrás de la señora Pringle. Se dormiría en cuanto cayera sobre la cama. Estaba furiosa porque Saúl Ackerman lo había utilizado, había estado jugando con él. Y Fen empezaba a comprender la razón.

Así que cuando Saúl se dio la vuelta después de cerrar la puerta, ella ya se había puesto en pie.

—Muchas gracias por la cena, señor Ackerman.

No iba a volver a ofrecerle la excusa de sus malos modales.

—Recogeré a Alex por la mañana. ¿Sobre las once estará bien? —continuó.

Su tío no iba a despertarse mucho antes y para entonces Ackerman estaría trabajando, haciendo de Dios con sus empresas. Fen lo miró con altanería. Su reacción le diría si sus sospechas tenían fundamento. En cambio, se hizo un silencio que a punto estuvo de hacer que perdiera la compostura.

Al momento, Saúl sonrió y la miró con ojos cautivadores.

—Es totalmente innecesario, Fenella. Tú también te quedarás, ¿no lo he mencionado?

Se acercó, intimidándola. Sabía perfectamente que no lo había mencionado.

—No me gustaría que te parase la policía para hacerte la prueba del alcohol y te multaran.

¿Cómo se atrevía? ¡Era un ser despreciable!

—Estoy dentro del límite legal —le espetó Fen, aunque no muy segura.

Había bebido una sola copa de vino durante la cena, pero no estaba tan segura del champán que había bebido mientras veían la televisión. Estaba completamente despejada y, en caso de que se adormilara, prefería parar y dormir en el coche.

—Es muy discutible.

Su tono de voz incrementó sus dudas y Fen bajó los ojos. Pero inmediatamente se sintió segura otra vez. No iba a poder retenerla.

—Por desgracia, o puede que no, Prinny es muy puritana y os ha puesto en habitaciones separadas. De todas formas, no creo que Alex esté esta noche en forma

—continuó Saúl borrándole con los dedos el ceño de la frente y luego deslizándolos por los lados de su cara.

Fen no daba crédito a lo que estaba oyendo. Se sentía como si todo le diera vueltas. Había vuelto a tocarla y a insultarla. Seguramente él no consideraba que fueran insultos. Claro, todos pensaban que era la amante de Alex. De todas formas, no era excusa.

Apartó la cara, pero Saúl se acercó más y más y Fen se encontró con la espalda contra la mesa, sin posibilidad de escapar. Abrió la boca para decirle que no estaba dispuesta a dormir bajo el mismo techo que él, cuando Saúl le selló la boca con el dedo.

No sabía si no se podía mover por lo sorprendida que estaba o por las sensaciones que recorrían su cuerpo al sentir su contacto.

—Deja que te avise sobre lo que supondría rechazar de nuevo mi hospitalidad, Fenella. Seguramente no querrás que me sienta ofendido. Puede que mis sentimientos repercutieran sobre el futuro de tu «tío» y eso sería una pena, especialmente después de que he convencido a Laurence Meek para que reconsideremos la decisión de acabar con el programa Tardes con Alex. ¿Te apetece que tomemos un café en la terraza?

Capítulo 4

A punto de explotar de ira, Fen se sentó en una de las suntuosas sillas de terraza y se puso a mirar cómo Saúl colocaba la bandeja del café encima de la mesa blanca de metal. Mientras él servía el café, Fen pensaba en lo injusto de la situación.

Era un auténtico chantaje. Haz lo que te digo o…

Haz lo que te digo. Estaba más claro que el agua lo que le iba a pedir después.

Probablemente pensaba que era una mujer de vida alegre o algo así y al verla del brazo de Alex había decidido que él quería su parte.

Fen recordaba perfectamente el número de veces que la había tocado, dónde y cómo. Sentía un hormigueo por todo el cuerpo y estaba segura de que estaba roja como un tomate. Si le ponía la mano encima, gritaría hasta quedarse afónica. ¿No acababa de decirle que la señora Pringle era el bastión del puritanismo? Iría a rescatarla. De todas formas, gritaría hasta más no poder.

Pero Saúl no volvió a tocarla ni a hacer comentarios insultantes. Le sirvió el café, le ofreció leche y azúcar y se sentó frente a ella, con el semblante completamente relajado.

—Cuéntame algo de ti.

No había ni rastro de la frialdad de otras veces en su voz. Era como chocolate fundido invadiendo los sentidos de Fen. Parecía estar sinceramente interesado, pero debía de ser un truco de viejo zorro embaucador.

Lo peor era que ella casi quería hablar con él, relajarse a su lado y disfrutar de aquella noche tan apacible. Casi. Pero no estaba tan loca. De todas formas, ese deseo se debía a que estaba cansada del papel que le había tocado interpretar.

—¿Por qué?

Habló con frialdad, queriendo dejar claro que no se iba a dejar engañar fácilmente. Se preparó para recibir una respuesta agresiva, pero se encontró con que le contestaba con dulzura.

—Porque estoy interesado, ¿por qué iba a pedírtelo si no?

A la luz de la luna, Fen pudo ver el brillo de su sonrisa divertida. Saúl se acomodó en la silla y estiró las largas piernas. La suave luz perfilaba a la perfección los atractivos rasgos de su cara. Parecía totalmente relajado y en paz consigo mismo y aquello contrastaba con la idea que Fen se había formado de él.

—A lo mejor intrigado es la palabra exacta —apuntó, mirándola con sus brillantes ojos azules—. Quiero saberlo todo sobre ti.

Y dicho esto, se encogió de hombros.

Fenella reconoció que estaba empezando a conquistarla y

aquello no le gustaba nada.

—Hay poco que contar.

—No puede ser cierto.

Saúl levantó los brazos y los cruzó por detrás de la cabeza, sin dejar de mirarla.

—Empieza por dónde vives —continuó—. Debes de tener algún sitio adonde ir cuando no tienes un amante con el que estar.

La sacudió un arrebato de ira, pero recordó la promesa que le había hecho a Jean. Había accedido a ayudar a Alex y ahora deseaba no haber aceptado nunca.

—No tengo ningún sitio en especial —murmuró, tomando el último sorbo de café.

Era la verdad. Ella iba adonde la llevaba su trabajo y nunca se quedaba el tiempo suficiente como para tener algo parecido a un hogar.

—Deja que te lo pregunte de otra manera.

De repente, parecía tenso y peligroso y su voz se había vuelto fría y cínica de nuevo.

—¿Qué harás y adonde irás cuando Alex te abandone? Podemos prescindir del cuento de los lazos de sangre, ¿no te parece?

Toda la paz y la tranquilidad habían desaparecido. No se había movido, pero más bien parecía un tigre dispuesto a abalanzarse sobre su presa en cualquier momento.

—Porque sabes que te pedirá que te vayas. Eres un simple capricho. Achácalo a la menopausia masculina, si quieres. Pero una cosa está clara: está profundamente enamorado de Jean y no la va a dejar. Estoy convencido de que lo sabes. Las mujeres jóvenes que se juntan con celebridades entradas en años suelen saber el precio que tienen que pagar.

¡Ni por la carrera de Alex iba a aguantar algo así! Se puso de pie al instante.

—¡Supones demasiado! Me imagino que mi habitación es la habitación azul —le dijo Fen con dureza—. Buenas noches. Espero que haya disfrutado de la velada. Yo, desde luego, no.

Saúl se levantó con rapidez y se interpuso en su camino, cerrándole el paso.

Estaba pegado a ella. A aquella distancia era todavía más letal y, cuando la tocó, agarrándola de los codos, Fen supo que no podría moverse por mucho que quisiera.

Le temblaban las piernas y alzó la mirada desconcertada. Saúl le recordó con voz dulce:

—No has contestado a mi pregunta. ¿Qué harás entonces? ¿Adonde irás cuando Alex vuelva a la realidad?

Estuvo a punto de preguntarle qué le hacía pensar que Alex era

su amante, pero se dio cuenta de que era una tontería. Sabía perfectamente por qué todo el mundo lo pensaba. Tenía que tener cuidado con lo que decía. El problema era que aquel hombre le hacía perder la razón. Lo miró a los ojos.

—¿Qué te hace pensar que tengo más amantes? A lo mejor Alex es el único. ¿No lo has pensado? Y quítame las manos de encima.

Saúl ignoró su pregunta y apretó los dedos.

—¿Cuántos años tienes? ¿Veinticuatro? ¿Veinticinco? No me digas que has llegado a esta edad virgen, Fen, porque no me lo creo. No con tu aspecto y esa aura de sensualidad que tienes. Debes de haber tenido muchos hombres a tus pies.

Su voz era ronca y seductora. Fen se estremeció y se humedeció los labios con la lengua de forma inconsciente. Saúl vio el gesto.

—No me digas que esta estrella del pop venida a menos es el primer hombre de tu vida.

Era cruel. Era un demonio y lo odiaba.

—No es asunto tuyo —le espetó Fen con tono ácido—. Has emborrachado a Alex deliberadamente y nos has obligado a pasar la noche aquí…

Se interrumpió, sorprendida de sus propias palabras. Saúl soltó una carcajada y la atrajo suavemente hacia su cuerpo, abrazándola con una ternura que la desconcertó por completo.

—Se ha emborrachado él solo. Ha estado sometido a una gran presión últimamente y estaba celebrándolo. ¿Por qué iba a impedírselo? Pobre…

Apoyó una de las manos en la parte de atrás de la cabeza de Fen, acercándola hacia su hombro.

—Si crees que le he emborrachado para dejarlo fuera de juego y abalanzarme sobre ti, olvídalo. No es mi forma de actuar.

¿Entonces no era lo que pretendía? ¿Lo había juzgado mal? No. No había olvidado sus insultos aunque él ya los hubiera olvidado. ¿Y qué estaba haciendo en sus brazos, respirando su sutil masculinidad?

Una luz de alarma se le encendió en el cerebro y se le secó la boca. Se echó hacia atrás y le preguntó enfadada:

—Entonces, ¿Cuál es tu forma de actuar?

A Saúl se le iluminaron los ojos.

—Ten paciencia. Lo averiguarás.

Sus palabras fueron lentas y sus movimientos también. Deslizó las manos hasta la espalda de Fen para evitar que se soltara y la atrajo contra su cuerpo, pegándola a la hinchazón de su pelvis.

Fen abrió los ojos como platos, completamente tensa. Todo el calor del mundo parecía estar concentrado en aquella parte de su cuerpo. No podía creer lo que estaba sintiendo, un calor y un dolor

que nunca había experimentado y que le hacía saber instintivamente que sólo desaparecerían si se juntaba más a él…

—Digamos que el bueno de Alex se encuentra al borde del abismo y que harías bien en recordarlo. ¿Tomamos un poco más de café y seguimos con nuestra conversación?

Fen oyó las palabras de Saúl como a kilómetros de distancia. Cuando la soltó, se sintió desorientada. El calor seguía corriendo por sus venas. Se sentó de nuevo y maldijo para sí a Saúl Ackerman.

Saúl le dejó bien claro que tenía la última palabra acerca de la continuidad del programa de Alex y Fen no dudó que fuera verdad. Alex y ella habían llegado muy lejos con aquella farsa y ella personalmente estaba aguantando cosas que hubiera preferido no tener que aguantar. Todo el esfuerzo habría servido para nada si lo echaba todo a perder por no ser lo bastante dura como para plantar cara a un hombre que parecía estar empeñado en que perdiera los estribos.

Así que apretaría los dientes e intentaría guardar la compostura. Y sonreír. Y

pensar en su tío.

—Dime, ¿dónde conociste a Alex? —preguntó Saúl con tono neutro.

Fen observó cómo Saúl tocaba la cafetera con delicadeza y se preguntó cómo sería sentir el contacto de aquellas manos en su cuerpo.

—Está frío —le dijo, como si hubiera leído sus pensamientos—, ¿quieres que le pida a Prinny más café?

—No, gracias.

A Fen le faltaba la respiración. Sacudió la cabeza para aclararse las ideas y Saúl se sentó esta vez en la silla que estaba a su lado.

—¿Y bien? —preguntó.

Fen dudó un momento y luego comprendió. De todas formas, no tenía ningún derecho a interrogarla y no tenía por qué contestar. Bueno, no podía olvidar que la carrera de su tío estaba en sus manos.

Pero, ¿qué contestar?

La verdad. No sabía mentir. Se trasladó muchos años atrás y contestó:

—En una playa de Jamaica. Yo estaba jugando en el agua, en topless, y le pedí que jugara conmigo.

Algo en su interior le empujó a añadir:

—¿Cómo iba a resistirse?

Fen vio cómo las facciones de Saúl se endurecían, pero le había dicho la verdad, le gustase o no.

Lo que ni le dijo ni tenía intención de decirle era que entonces

tenía seis años.

Su padre había alquilado una casa durante tres meses para sacar adelante el libro que estaba escribiendo en aquel momento. Se habían pasado la vida viviendo con las maletas hechas y tener una especie de hogar fijo durante tres meses había sido toda una experiencia para ella. Y conocer a sus tíos también había sido algo maravilloso.

Una verdadera familia. Desde muy pequeña, había dejado de pensar en sus padres como familia. Siempre la habían mantenido al margen, su padre entregado a su trabajo y su madre pegada a él, acarreada de aquí para allá como una maleta más.

Y sus tíos habían atravesado medio mundo para conocerla, cansados de saber de ella a través de las contadas cartas de su madre. La habían hecho sentirse importante. Y durante cuatro maravillosas semanas habían jugado con ella, se habían asegurado de que comía a su hora y le habían contado cuentos para que se durmiera.

Por primera vez en su corta vida, había sentido que alguien se preocupaba por ella.

Sintió mucho que tuvieran que volver a Inglaterra.

¿Y qué importaba si lo poco que le había contado reforzaba lo que pensaba sobre ella?

En cambio, con voz tierna, Saúl le preguntó:

—¿Y nunca se te ha ocurrido establecerte en un sitio y trabajar? Por lo que tengo entendido, te dedicas a ir por el mundo. Eres inteligente, hablas seis idiomas…

—¿Quién te ha contado todo eso?

Estaba estupefacta. El hecho de que supiera tanto sobre ella la asustaba. Antes de que pudiera salir de su asombro, Saúl le agarró la mano como si le fuera a leer las líneas para predecirle el futuro.

—Alex, ¿quién si no?

La miró levantando las cejas y Fen retiró la mano. De modo que había estado sonsacando a su tío mientras lo emborrachaba.

—¿Acaso tiene importancia? No es secreto de estado, ¿no?

—No, pero lo que hago con mi vida es asunto mío —contestó, poniéndose en pie.

—También podría ser asunto mío. Piénsalo mientras te acompaño a tu habitación.

—¿Cómo voy a pensarlo, si no tengo la menor idea de a qué te refieres?

Ojalá no se hubiera metido nunca en aquel lío.

La casa estaba en completo silencio. Lo único que se oía eran sus pasos y los latidos de su corazón, estaba segura.

—Claro que lo sabes —respondió Saúl, con una sonrisa.

Apoyó la mano en la cintura de Fen, a quien le temblaban las piernas.

—Ya te he dicho que me intrigas. Soy un hombre sincero, o al menos lo intento, y he de admitir que te deseo.

Con la mano, hizo que se diera la vuelta y lo mirara. Clavó los ojos en los de ella como intentando descubrir sus secretos más ocultos. Fen se quedó sin respiración.

—Y si dejas de fingir que no sientes lo mismo, podremos empezar a hacer algún progreso.

Fen estaba sorprendidísima, pero se obligó a reaccionar. Se revolvió para liberarse de sus manos y apretó con fuerza los puños.

—¡Deja de jugar conmigo! ¿Es así cómo tratas a las mujeres? ¡No me extraña que ninguna aguante tu compañía más de dos días seguidos!

Por un momento pareció aturdido, pero enseguida hizo una mueca parecida a una sonrisa y la sujetó, haciendo inútiles sus intentos de soltarse.

—No creas todos los rumores, Fen —susurró—. No sabes nada de mi vida privada, pero lo sabrás porque vas a formar parte de ella, te lo aseguro.

Deslizó las manos por su espalda hasta las nalgas. Fen estaba confusa y apenas podía respirar. No sabía lo que le estaba pasando, por qué le permitía aquellas libertades. Debía de estar volviéndose loca.

—¿Quieres que te demuestre lo mucho que deseo que formes parte de mi vida, Fen? ¿Quieres?

Su voz era pura seducción. Entonces la besó. Sus labios eran abrasadores y dulces como la miel. Fen pensó que se moría.

Saúl relajó los brazos, pero tenía el cuerpo pegado al de Fen, a sus pechos, a sus muslos… Era un tormento.

—¡No! —logró exclamar Fen.

Había pensado que era una mujer fácil, que se entregaba a cualquiera. La única manera de salir del lío era contarle la verdad, cómo todo era un plan para que Alex volviera a ser popular e interesara de nuevo a las mujeres.

Le había disgustado la idea desde el principio y ni en sus peores pesadillas habría imaginado que podía acabar en algo así.

Sólo iban a dejarse ver en distintos lugares de la ciudad. Eso era lo que había dicho Jean.

Pero no podía contárselo a Saúl. Iba a pensar que le habían tomado el pelo y su monumental ego buscaría venganza. Si se enteraba, el programa de Alex estaba condenado a desaparecer.

Pero, ¿qué pasaba con ella? Bastaba con que aquel monstruo la tocase para que sus sentidos se confundieran en un torbellino de

emociones y para dar al traste con su habitual compostura.

La aterrorizaba.

—Tienes razón, Fen. No con Alex bajo el mismo techo.

La soltó a regañadientes e hizo un gesto con la mano.

—Cuando hable con él y aclaremos las cosas, moveré ficha —continuó, acariciándole la mejilla—. Entonces tendrás que admitir que me deseas tanto como yo a ti.

Fen retiró la cabeza. El corazón le latía a cien por hora. Intentaba controlar su cuerpo, que se desbocaba ante la suavidad de la caricia de Saúl y las cosas que estaba diciendo. Vio en su cara una sonrisa íntima, como su estuviera compartiendo con ella un secreto delicioso. Entonces, Saúl abrió la puerta de la habitación que habían preparado para ella y se fue sin decir nada más.

Muy despacio, Fen entró en la habitación y cerró la puerta con pestillo. Estaba temblando y respiraba con dificultad.

Tenía que tranquilizarse. Había sobrevivido.

Aquel hombre era un demonio. No se hubiera sorprendido en absoluto si en vez de pies hubiese tenido garras.

En condiciones normales, habría sido capaz de tratarlo con indiferencia. Saúl Ackerman no era distinto a los demás hombres que había conocido. Se había sentido confusa por la situación, pero seguro que no tenía nada que ver con él. Debía de ser eso. Todo se salía de lo habitual: la farsa, su papel de amante de Alex, su incapacidad para pararle los pies y enfrentarse a Saúl… El problema era que tenía que ayudar a su tío. Por eso Saúl Ackerman la había hecho perder la compostura. Nada más.

—Tenemos que irnos ahora mismo, Alex. Si la señora Pringle te ofrece el desayuno, no aceptes.

A Alex se le revolvió el estómago con sólo oír hablar del desayuno.

—Pero Saúl… No puedo irme sin…

—Se ha ido hace horas —dijo Fen, intentando que la voz no la delatara.

Estaba segura de que su anfitrión se había ido antes de las nueve. Llevaba horas despierta, prestando tanta atención que le dolían los oídos. Había oído sus decididos pasos por el pasillo hacia las ocho y unos tres cuartos de hora después oyó el motor de un coche y los neumáticos por la gravilla. Y después se hizo el silencio otra vez hasta que se despertó Alex.

¿Y quién sabía cuándo volvería Saúl? No quería verlo de nuevo. Por lo que a ella respectaba, cuanto más alejada estuviera de él, mejor. Cuanto antes se alejara de él, antes lo olvidaría.

—Conduciré yo —intervino Fen con firmeza, guiando a Alex escaleras abajo.

Alex gruñó al notar que el sol le cegaba.

—Si no te das prisa, me voy sin ti y tendrás que volver a casa andando —le dijo como si fuera un niño.

Sin duda, cuando era cuestión de vida o muerte, era más dura y decidida que muchos hombres.

Y aunque no estaba todavía preparada para plantearse cuáles eran sus sentimientos hacia Saúl Ackerman, sabía que su supervivencia dependía de no verlo nunca más.

Capítulo 5

¡Por fin un nuevo día! Fen acabó de limpiar el polvo y se metió en la cocina para preparar algo de café, decidiendo si se quedaba en casa leyendo un libro o salía a dar un paseo.

Además de ser una ciudad milenaria situada a los pies del macizo de Dartmoor, Tavistock tenía un curioso mercado en el que se podía comprar desde cojines a bacalao. Últimamente habían abierto también alguna tienda nueva, según le había contado Jean. Y Fen estaba deseando ir de compras. Siempre se compraba algo cuando estaba deprimida. Otras mujeres devoran chocolate o se beben una botella de ginebra. Ella iba de compras.

Pero no podía permitírselo. Tenía el dinero justo para sobrevivir hasta el trabajo siguiente, a finales de junio en Milán, para traducir fábulas para niños del italiano al inglés para una editorial. El problema de aceptar sólo los trabajos que le gustaban era la limitación económica que suponía. Sólo si administraba bien el dinero, podría evitar tener que dar clases particulares, cosa que odiaba porque la obligaba a quedarse en un sitio.

Lo de las compras, descartado. Además, ¿por qué iba a tener que sentirse decaída? Todo iba a las mil maravillas.

El día anterior, cuando conducía de vuelta a casa, estaba al borde del pánico.

¡Ella que nunca se asustaba, que se dedicaba a lo suyo sin rendir cuentas a nadie, presa del pánico porque un hombre le había dicho que la deseaba!

Habría preferido conducir toda la tarde hasta Hampstead, pero Alex no había querido.

—Nada de Hampstead, no pienso pasarme todo el día en el coche. Nos quedamos en Tavistock. ¡Cielo santo, qué ridículo! Ackerman debe pensar que soy un borracho. ¿Te comentó algo? No, no me lo digas. Necesito dormir. Creo que no me encontraré bien hasta dentro de una semana.

Alex había exagerado un poco, porque a la mañana siguiente ya estaba como nuevo, sólo que con ojeras.

—¿Me perdonas?

Aceptó las tostadas y el café encantado.

—Claro que sí —contestó Fen—. Pero he estado pensando que… Que no tiene ningún sentido seguir con la farsa. Ya sé que dijimos que seguiríamos un par de semanas, pero…

—Ya. Nunca te gustó la idea. Aceptaste por nosotros y Jean y yo te estaremos siempre agradecidos. Estoy de acuerdo. Además, tampoco me apetece seguir con esto. Más publicidad no va a cambiar la decisión que tomen en VisionWest.

Se tomó el zumo de naranja y el café y se quedó mirando la mesa.

—Me acercaré a Plymouth y veré si puedo hablar con Saúl. La directiva está celebrando allí una reunión. Te pediría que me acompañaras, pero no creo que sea lo más adecuado. Por la forma en que me preguntaba por ti, creo que le interesas. Le conté lo menos posible sobre ti. Cuanto menos lo veas, mejor.

Alex estaba a punto de irse. Buscó las llaves del coche.

—¿A qué te refieres? —preguntó Fenella.

Alex la miró con preocupación.

—Es fácil saber cuándo a un hombre le gusta una mujer, Fen. Eres tan inocente que no te debes de haber dado ni cuenta. Sé que es guapo, rico y poderoso, pero no te recomiendo que tengas una aventura con él. Es cruel y está amargado. No es el hombre que quiero para mi niña.

—Y nunca se le ha visto dos veces con la misma mujer —apuntó Fen, con un nudo en el estómago.

Podía ser algo inocente, pero Saúl había dejado las cosas claras: la deseaba y estaba decidido a conseguirla.

Pero no podía decírselo a Alex. Era como un padre protector y era capaz de ir a decirle a Saúl Ackerman que su sobrina no era una cualquiera, y así sólo conseguiría que Saúl pensara que le habían tomado el pelo y entonces sí que podía despedirse de que le renovaran el contrato. No se lo diría hasta que VisionWest tomara una decisión definitiva.

Cuando Alex le contestó, no le estaba escuchando.

—Bueno, es más o menos así, pero eso no quiere decir que se acueste con ellas.

Es muy celoso de su vida privada. Incluso cuando su matrimonio se iba al traste, no dejaba que se notara. Y a los pocos días de que muriera su mujer volvió al trabajo como si nada hubiera pasado.

Al ver el estupor de la cara de Fen, se encogió de hombros.

—Eso dicen. Yo no lo conocí hasta que el grupo compró el canal, pero me lo ha dicho alguien de fiar. Bueno, ¡qué más da! No creo que vuelvas a verlo, y si lo ves, estás sobre aviso.

Se colocó la corbata y sonrió a Fen.

—¿Qué vas a hacer hoy?

¡Su mujer había muerto y él no había ni parpadeado! ¿De qué habría muerto?

Era algo más que un cerdo obsesionado por el sexo… ¡Era un demonio! Intentando olvidarlo todo, Fen se puso a recoger las tazas del desayuno.

—Haré las maletas y alquilaré un coche. Y mañana iré a la casa de Cornualles a limpiarla para ponerla a la venta.

Apartaría a aquel demonio de su vida para siempre.

—No tienes por qué alquilar un coche, yo te llevaré. Guárdate el dinero. Me vendrán bien unos días en la costa. Arreglaré un par de cosas que tengo pendientes en los estudios y ya está. Te echaré una mano con la casa y seguiré viaje hasta Edimburgo a recoger a Jean. Te recogeremos a la vuelta.

No, no podía esperar otro día.

Fen se quedó mirando las tazas con el ceño fruncido. ¿Por qué lo hacía entonces? Sonó el teléfono y corrió al salón a contestar. Probablemente sería Jean.

Casi se muere al oír la voz de Saúl Ackerman.

—Necesito verte. Te paso a buscar esta tarde a las ocho para ir a cenar. Si quieres contárselo a Alex, es cosa tuya.

—No.

La respuesta le salió sin pensar. Era un arrogante. Le hubiera colgado.

—Tengo que hablar contigo sobre Alex y su futuro en VisionWest —dijo pausadamente Saúl—, y no voy a hacerlo por teléfono. A las ocho.

—No —repitió Fen, algo dubitativa esta vez.

No podía negarse a hablar con él, pero no quería ir a cenar.

—Comeremos —continuó.

—Como quieras.

Parecía divertirse, como si no se hubiera esperado la respuesta.

—Pero no en tu casa.

—¿Asustada, Fen? No lo estés. Te recojo en un par de horas.

Sobre la una. Fen se secó el sudor de las palmas de las manos en los pantalones.

No tenía por qué estar nerviosa, no podía obligarla a hacer nada que no quisiera.

¡Pero la había obligado a ir a comer con él! Iría a comprar algo de comida. La nevera estaba vacía. No, no podía concentrarse en carnes y verduras. Además, tenía el pelo sucio. Tenía que lavárselo, cambiarse de ropa…

No tenía mucho donde elegir y se puso unos pantalones ajustados negros y una camiseta larga que le cubría los muslos. Con aquellos tacones parecía un espárrago.

Ni el mismísimo Saúl Ackerman la encontraría atractiva.

Se maquilló muy poco y ya estaba lista.

A la una, el corazón le martilleaba en el pecho y tenía un nudo en el estómago.

No estaría tan nerviosa si Saúl no le hubiera dicho que no lo estuviera. Aunque no tenía ni idea de lo que quería decirle, se tranquilizó un poco pensando en que Saúl no podría hacer nada en

un restaurante.

Sonó el timbre y Fen bajó frenética las escaleras. Saúl la condujo hasta su lujoso deportivo y señaló una bolsa que había encima del asiento trasero.

—Le dije a Prinny que nos preparara un picnic. Podemos ir al páramo.

Ya en el asiento, Fen se preguntó cuándo empezaría la suerte a correr de su parte. La forma de vestir de Saúl tampoco ayudaba. Llevaba pantalones vaqueros, camiseta negra y cazadora de cuero. Su autoridad y su altanería parecían haber desaparecido con el traje y parecía más joven, más cercano. Alguien atractivo.

¿Atractivo?

¡Qué tontería! ¿Cómo iba a gustarle alguien como él, que ni se había inmutado al morir su mujer? Aunque su matrimonio fuera mal, tenía que haberlo sentido.

Fen lo miró y se quedó sin respiración. Seguía imponiendo la misma autoridad.

¿Cómo había podido imaginar que la ropa cambiaría las cosas?

Apartó la mirada enseguida y se puso a mirar por la ventanilla. Después de un rato, cuando el silencio se hizo denso, Fen habló.

—No estoy vestida para ir de picnic y tampoco tengo hambre. ¿Por qué no paras cuando puedas y me dices lo que pretendes?

No tenía intención de pasar la tarde con él en un páramo desierto. A solas.

Fen se estremeció con un recuerdo del pasado.

Ella tenía catorce años. Seis años antes, sus padres habían comprado una pequeña casa en la costa de Cornualles porque Jean y Alex habían insistido en que debían tener un hogar o al menos una casa base por el bien de Fen.

Hasta que se independizó de sus padres, siguió yendo cada verano. Algunos veranos venían sus padres, dependía de lo que estuviera haciendo su padre. Alex y Jean iban todos los veranos y hacían que fueran unas auténticas vacaciones en familia, reforzando los vínculos de Jamaica.

Cuando Fen tenía catorce años, estuvieron todos juntos unas semanas. Las cosas no iban bien entre sus padres y ella.

Habían decidido que pasaría los dos años siguientes en un internado y a Fen no le gustaba la idea.

Se había acostumbrado a ir de un lado a otro, aprendiendo idiomas y conociendo a gente distinta. No quería tener que echar raíces y mucho menos en un internado inglés.

Enfadada con el mundo entero, pues hasta las dos personas a las que más quería, Alex y Jean, estaban de parte de sus padres, un día se montó en la bicicleta y se dirigió al páramo, a Bodmin Moor.

No se había molestado en mirar la previsión meteorológica. Lo único que quería era un día de libertad, lejos de los adultos. Pero la libertad se esfumó cuando bajó la niebla. Se desorientó y se perdió.

Pasaron largas horas antes de que, muerta de frío, fuera a dar por casualidad a una carretera. Exhausta, dio con una casa desde la que llamó por teléfono.

Fue Jean la que la fue a buscar en el Land Rover, provista de varias mantas. ¿Es que no sabía lo peligroso que era ir sola por ahí en un día así? Había sido una inconsciente y no se había parado a pensar en lo preocupados que estarían en casa.

—Tienes catorce años y dices que eres lo suficientemente mayor para tomar decisiones. Pues no pareces tener ni pizca de sentido común. Además, ¿no crees que sabemos lo que es mejor para ti?

Fen sabía a lo que se refería. Al internado. Jean y Alex se preocupaban por ella, así que aceptó la decisión de sus padres.

Pero el páramo le daba miedo. Saúl parecía ignorar su sugerencia de parar.

—No me apetece ir al páramo. Por favor, para.

—Enseguida —prometió.

Fen lo miró de reojo y vio que se reía. Pensaba hacer lo que le diera la gana.

El día era soleado y el cielo estaba azul. Saúl echó el coche a un lado de la carretera cerca de un prado y paró el motor, volviéndose a mirar a Fen.

—Lo mejor de los dos mundos, para complacerte. Una vista maravillosa sin tener que dar más de tres pasos con esos tacones de vértigo que llevas.

Fen estaba furiosa. Tenía que decirle que no estaba dispuesta a compartir nada con él, ni el picnic, ni la vista, ni nada.

Era un manipulador y ella pensaba quedarse donde estaba, pegada al asiento, hasta que Saúl se diera cuenta de que todo era inútil y la llevara de vuelta a Tavistock.

Pero el coche estaba parado y era imposible quedarse dentro con él. Imposible.

Sentía su presencia a su lado. Angustiada, abrió la puerta y salió, nerviosa.

—No podía ser más tranquilo, ¿verdad?

Saúl se puso a su lado, llevando en la mano la bolsa y una manta de lana.

Aunque llevaba los tacones más altos que tenía, le llegaba por el hombro. Fen no lograba controlar la respiración. ¿Por qué insistía Saúl en que estaban solos?

—Dijiste que querías hablar de algo conmigo —le recordó Fen.

Saúl se quitó la cazadora y puso la manta en el suelo. La

camiseta le marcaba los músculos.

—Sí, pero seamos civilizados y comamos primero.

Fen notó que la miraba y se estremeció.

No iba a poder comer nada, pero cuanto más insistiera en que le dijera lo que quería, más iba a resistirse Saúl para dejar claro que era el que estaba al mando. Pero en cuanto tomara una decisión sobre el futuro de Alex, no la volvería a ver.

A regañadientes, Fen se sentó en una esquina de la manta.

—No muerdo, Fen. Sólo cuando me provocan —comentó Saúl, mirando la distancia que dejaba Fen.

Fen levantó la vista para mirarlo a la cara y se encontró de lleno con su admirable sonrisa y sus hermosos ojos azules.

—Así que no me provoques, al menos hasta que hayamos comido —bromeó.

—Yo…

No podía articular palabra. Tenía la boca seca. ¿Qué tenía que fascinaba a las mujeres? ¿Qué…?

—Toma, bebe.

Le puso una Coca-Cola en su mano temblorosa, abrasándole los dedos al tocarlos con los suyos.

Fen retiró la mano aterrorizada. Saúl seguía sonriendo pero en sus ojos había una sombra de duda.

Fen se humedeció los labios con la punta de la lengua, buscando las palabras que le demostraran a Saúl Ackerman que no la asustaba. Pero no era capaz de pensar en nada.

Esperaba que sacara de la bolsa caviar o algo refinado y se sorprendió al ver que sacaba unos sencillos bocadillos. Pero aquello no la iba a hacer cambiar de opinión.

Empezó a relajarse un poco cuando pasó por delante de ellos un grupo de excursionistas. Fen los vio alejarse; ya no se sentía tan sola. Relajada, se agarró las rodillas con las manos. Saúl se tumbó, apoyando la cabeza en una mano.

—¿Sientes algo por Alex?

Lo preguntó con extrema educación. Fen se quedó de piedra. Por un momento había empezado a disfrutar, con la brisa que le daba en la cara y el sol.

¿Qué contestar? ¿Iba a decirle la verdad? Teniendo en cuenta que Alex iría a buscar a Jean en unos días y que su aventura acabaría oficialmente al día siguiente, optó por fingir.

—Es un buen tipo. Divertido, sexy.

No fue capaz de mirarlo a los ojos. Se suponía que era sólo una aventura, ¿qué iba a decir?

¡Qué situación tan horrible!

—Es mucho mayor que tú —prosiguió Saúl con tono agrio—.

Pero supongo que no te importa mientras pueda pasearte y pagar las facturas.

—¡Me das asco!

Fen estaba furiosa. Nada más hablar recordó que Saúl no tenía la culpa, habían sido ellos los que habían ideado la farsa.

Bajó los ojos, confundida por el brillo irónico de los ojos de Saúl.

—No es así. No lo entiendes —murmuró.

Era la verdad. ¿Por qué no le decía que no era asunto suyo? ¿Por qué no volvía al coche y exigía que la llevara de vuelta a casa?

Fen no entendía lo que le pasaba. Estaba confusa y se sentía miserable. Tenía un nudo en la garganta y no podía seguir hablando.

—Entonces explícamelo, Fen. Dime cómo es —le pidió Saúl con inusual dulzura.

Fen sacudió la cabeza. Tenía los ojos cerrados y el pecho hundido en las rodillas. De pronto sintió el contacto de sus dedos en la nuca.

Algo inexplicable la hizo dejar que la tocara. Consintió sus caricias por detrás de la oreja y a lo largo del cuello y sintió un escalofrío que la recorrió de los pies a la cabeza. La caricia provocó una reacción en cadena en su interior. Inmóvil, jadeante, aferrada a sus rodillas, sintió cómo la rodeaban los brazos de Saúl, que tiraban de ella hasta tumbarla a su lado. Asustada, vio un brillo en sus ojos.

—¡Suéltame!

La sonrisa de Saúl se convirtió en una mueca amenazadora.

—Sólo cuando lo desees de verdad.

Saúl deslizó una mano por debajo de la camisa de Fen y le cubrió con ella un pecho. Empezó a acariciarle apasionadamente el pezón con el pulgar, mostrándole con hechos lo que no había podido hacerle entender con palabras.

Fen gruñó angustiada. Su mente se revelaba ante las sensaciones de su cuerpo, que se rendía sin remedio a la oscura magia de Saúl.

—No te resistas, Fen —murmuró Saúl, con ojos ardientes de deseo.

Deslizó la mano por el liso estómago de Fen, metiéndola luego por dentro de los pantalones.

—Me deseas, tu cuerpo te delata. No me digas que no, porque es la verdad.

—¡No!

La sangre le ardía, su cuerpo se estremecía de placer y apenas podía respirar cuando Saúl agachó la cabeza para besarla con total y deliciosa sensualidad.

—No hagas un drama de una simple atracción física, Fen —murmuró Saúl con pasión—. No pasa nada. Deja a Alex y ven a mí.

Capítulo 6

El beso parecía no tener fin. No había nada más. Fen sentía vértigo. Cuanto más apasionadamente la besaba Saúl, sus caderas se pegaban instintivamente a las de él, que levantó la cabeza para mirarla con los ojos oscurecidos por el deseo.

Fen tuvo que reconocer con un suspiro que sentía como si su cuerpo necesitara el de Saúl para formar una verdadera unidad. Era una locura. Hincó los dedos en los hombros musculosos de Saúl y él volvió a inclinarse para besarla de nuevo, adivinando el deseo de Fen.

Era la primera vez que Fen sentía algo semejante, una sensación de ansiedad, de necesidad, de deseo, como si no existiera en el mundo nada más que Saúl. No estaba preparada para algo así. No tenía nada que ver con lo que había vivido con Ray Gordon, aquella humillación, algo verdaderamente desagradable. La historia del amor verdadero y la perfecta compenetración física entre un hombre y una mujer eran cuentos chinos para ella.

Entonces, ¿aquella magia, aquella necesidad…?

—¿Vas a mentirme ahora? —preguntó Saúl, interrumpiendo brevemente el beso.

Fen se puso a temblar, sin comprender.

—Afronta la verdad —continuó Saúl—. Me deseas tanto como yo a ti. Nuestros cuerpos lo supieron desde el primer momento. No hay otra salida, Fen. Admítelo.

—Oh, Dios… —acertó a articular Fen a media voz.

Casi podía sumergirse en los ojos de Saúl, dulces y profundos. Las facciones de su cara parecían más amables y su boca ardía de pasión. Fen intentaba luchar sin resultado contra su dominación sexual y recuperar la razón.

—¡Déjame!

Intentó desasirse de él con decisión.

¡Era un demonio! Había conseguido meterse en su cabeza y había abierto la puerta de su sensualidad. Estaba provocando en ella vibraciones que Fen desconocía que estuvieran allí. Era magia negra, la había embrujado de alguna manera.

¡Tenia que acabar!

Fen se puso en pie y se colocó bien la camiseta, jadeando. Saúl ya estaba otra vez a su lado, rozándola.

—¿Por qué? ¿Por qué luchas contra la atracción?

Atracción. ¿Era eso? ¿Acaso todas las razones con las que había intentado justificar su desprecio hacia Saúl no eran más que excusas para no reconocer que se sentía atraída por él?

Estaba empezando a pensar que no se conocía a sí misma. Saúl

le puso las manos en los hombros, acariciándole el nacimiento del cuello con los pulgares.

—Dame una razón por la que no deberías venirte conmigo.

Fen, temblorosa, controló el instinto de abrazarlo y dejar que las cosas siguieran su curso.

Sabía lo que Saúl quería decir y, peor todavía, lo que pensaba. Que era la clase de mujer que se vendía al mejor postor y que prefería atarse a un hombre que trabajar. Estaba atrapada en la red de mentiras que Alex y Jean habían tejido.

Sólo tenía una salida, porque no podía contarle la verdad. Además, no pensaba tener una aventura con él mientras pensara que no era más que una mujerzuela.

—Alex —dijo—, es razón suficiente.

Fen notó cómo Saúl se ponía rígido. La miró con dureza, aunque seguía sonriendo.

—¡Qué lealtad! Estoy impresionado.

Dejó de sonreír y quitó las manos de sus hombros.

—¿Y qué me dices de la lealtad que Alex le debe a su mujer? ¿Es que no cuenta?

Si sintieras algo por él, deberías mandarlo de vuelta con Jean con el rabo entre las piernas. Volverá con ella tarde o temprano.

—Mucho insistes —respondió Fen con tono agrio—. Seguro que no estarías tan interesado en que volviera con ella si no desearas verme en tu cama.

—Probablemente no.

Tal sinceridad descolocó a Fen. De todas formas, no iba a dejar que la ablandara. Se dio media vuelta y fue hacia el coche. Saúl la siguió.

—Como no vas a hacer caso de lo que te dicen tus sentidos —le explicó Saúl con agresividad—, deja que te lo plantee de otra manera. No tengo compromisos y Alex sí. Antes o después volverá con su mujer y entonces tendrás que buscarte a otro que pague las facturas. Puede que no encuentres a nadie. Puede hasta que tengas que ponerte a trabajar. Ven conmigo y no tendrás que preocuparte. Y no te sientas culpable al hacerlo, porque en contrapartida le conseguiré un contrato inmejorable.

—¡Esto es chantaje! —exclamó Fen con lágrimas en los ojos.

No iba a ponerse a llorar. ¡De ninguna manera!

—Exactamente.

—¡Pero ni siquiera te gusto! —dijo Fen con estupor al ver lo tranquilo que estaba.

Con mucha calma, Saúl abrió la puerta del coche y tiró la manta y la bolsa al asiento de atrás sin mirarla siquiera con aquellos ojos tan persuasivos.

—¿Y? —dijo, arqueando las cejas—. No puede gustarme alguien a quien no respeto. Es lo único que no puedo ofrecerte.

Le sostuvo la puerta para que entrara en el coche, pero Fen no se movió, aturdida por cómo acababa de insultarla.

—De todas formas, estoy seguro de que tendrás tus compensaciones —añadió Saúl con tono seco.

Fen, furiosa, se metió en el coche.

—No te hagas ilusiones. Puede que estés acostumbrado a comprar a las mujeres, pero yo no me vendo. Y si alguna vez consigues tener un corazón y comprendes que una relación es algo más que un revolcón, entonces llámame y veré si estoy disponible.

Punto final. Fen sentía cierto dolor de corazón. A juzgar por el silencio de Saúl en el camino de vuelta, no parecía que fuera a querer tener nada que ver con ella nunca más.

—¿Estás segura de que estarás bien? ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Claro que sí.

Tenía espacio, libertad y a nadie alrededor, que era justo lo que necesitaba. Fen le dio un beso a su tío a través de la ventanilla.

—Conduce con cuidado. Para a dormir, no intentes llegar a Escocia de un tirón.

Alex le sonrió.

—Te llamaremos dentro de un par de semanas, cuando estemos en Tavistock, para venirte a buscar.

Entonces se marchó y el coche se perdió entre las praderas del horizonte.

Habían pasado los dos últimos días en la casita de campo y Alex estaba deseando llegar a Edimburgo para estar con Jean. La había echado mucho de menos.

El suyo era un matrimonio maravilloso. Según Fen, la excepción que confirma la regla.

Fen le dio una patada a una piedra y metió las manos en los bolsillos de los pantalones vaqueros. Aunque su tío intentaba disimularlo, estaba preocupado por la renovación de su contrato. Saúl no había ido a la reunión de Plymouth y Alex no había podido hablar con él. Le había dejado el recado a la secretaria y esperaba que fuera suficiente.

Fen no había tenido el valor de decirle que sabía que Saúl no había ido a la reunión, que había estado con ella y que le había ofrecido un contrato fabuloso para él a cambio de que fuera su amante. ¿Cómo decirle a Alex que no tuviera esperanzas después de lo que ella le había dicho a Saúl?

Si Saúl no la hubiera visto del brazo de Alex y no hubiera pensado que podía comprarla, nada de todo aquello habría pasado.

Si simplemente se hubiera enterado de todo por la prensa, habría pensado que Alex no estaba acabado, habría pensado en la publicidad gratuita y todo habría salido como habían planeado.

Y ella no se habría involucrado de tal manera, no habría descubierto que su cuerpo respondía de manera tan ciega y con tanta pasión al contacto de un hombre.

Habría seguido adelante con su vida, con su independencia. Pero después de todo aquello…

¡Nada de peros!

Apretando los dientes, borró a Saúl Ackerman de sus pensamientos y atravesó decidida el minúsculo jardín para entrar en la casa.

La casa era de piedra y de una sola planta. No desentonaba nada con el paisaje verde de Gales. El pueblo estaba a menos de un kilómetro de distancia, en lo alto de una colina. El único indicio de que estaba allí, oculto tras los árboles, era el humo que salía de las chimeneas.

Por un lado, era una pena vender la casa. Fen abrió la puerta y entró. Había pasado allí unos veranos maravillosos con sus tíos. Las vacaciones allí habían sido el punto de referencia de su infancia y aquella casa era lo más parecido a un hogar que había tenido.

En los últimos años, nadie excepto Jean y Alex habían vuelto por allí. Su madre no quería volver más y ella no necesitaba una casa. Además, no tenía dinero para comprársela a su madre.

En los últimos días, Alex y Fen la habían ventilado, habían limpiado el polvo acumulado y habían comprado provisiones para al menos dos semanas. Si le hacía falta algo, no tenía más que acercarse al pueblo. No había nada que la fuera a distraer de lo que tenía que hacer.

Subió las escaleras y entró en la habitación que había elegido para dormir aquellas semanas. De niña siempre ocupaba la habitación más pequeña y Alex y Jean dormían en la de invitados. Aquella habitación era la de sus padres. Se sentía como una intrusa.

Pero no tenía que darle más vueltas. No era nada nuevo. Siempre se había sentido como una intrusa al lado de sus padres. Por lo único que podía deprimirse era por las bolsas que había en el armario.

Cuando Saúl la dejó en el centro de Tavistock, tal y como Fen le pidió, lo único que pensaba comprar era algo de pescado para la cena, pero sin saber cómo, había acabado en una de las tiendas de las que le había hablado Jean. Estaba tan disgustada después de lo del páramo que se puso a comprar como una loca. Se había gastado todo el dinero de su cuenta corriente e iba a tener que dar clases particulares.

¡Y todo por culpa de Saúl Ackerman! Si no la hubiera confundido tanto, no se habría puesto a gastar dinero tan despreocupadamente.

Maldiciendo a Saúl entre dientes, incapaz de deshacer los paquetes por lo culpable que se sentía, metió la cabeza en el armario y empezó a revisar los papeles y los libros de su padre.

Horas más tarde, seguía revisando papeles. Iba apartando las cosas que su madre querría guardar para llevarlas a Tavistock y empaquetarlas allí con cuidado para mandárselas a Australia. Lo que no valía, lo echaba en una bolsa de basura. Y

aquello era sólo el principio.

Fen se llevó la mano a la frente, agotada. De repente, oyó el sonido del motor de un coche que se acercaba.

No podía ser nadie del pueblo. La gente de allí iba a todas partes a pie y apenas se acercaban por allí; parecían preferir la zona de Polperro o de Looe. Tampoco solían ir por allí excursionistas.

Fen se puso en pie y se estiró. Le dolía la espalda. Era hora de tomar un descanso. Tenía la garganta seca. Estaba bajando por las escaleras cuando notó que todo estaba otra vez en silencio. El coche se había detenido. O había dado media vuelta y se había marchado. Suspiró con resignación al oír unos fuertes golpes en la puerta.

Alguien que se había perdido. Quien quiera que fuese, no tenía por qué llamar con tanta insistencia. ¡Ella no tenía la culpa de que se hubieran perdido!

—Ya voy —dijo al ver que seguían llamando a la puerta sin parar.

Intentó no enfadarse. Los galeses eran conocidos por su hospitalidad y ella no quería ser menos.

Pero su amistosa sonrisa se quedó en una mueca de espanto al descubrir al otro lado de la puerta a Saúl Ackerman.

—¡Tú!

Fen gritó como si estuviera viendo una aparición, no pudo evitarlo. Después de lo que le había dicho, no esperaba volver a verlo. Bueno, en el fondo, su corazón ansiaba verlo de nuevo. Ahora que lo tenía delante, se le aceleraba el pulso y le costaba sobremanera respirar.

Saúl la miró con frialdad con la mandíbula apretada.

—De modo que Alex ha recuperado el sentido común y ha decidido llevar vuestra aventura sin llamar tanto la atención—dijo con dureza mirando hacia el interior—. Un sitio muy aislado hasta para ser un nidito de amor. ¿Dónde está?

Cuando se recuperó de la impresión, Fen lo miró con cara seria.

¿Cómo aceptar que en el fondo deseaba verlo de nuevo? Saúl no significaba nada para ella.

Alex le había contado de pequeña un antiguo dicho gales que decía que el demonio no se atrevía a acercarse a Cornualles por miedo a que lo capturaran y lo metieran como relleno de un pastel. Pues bien, estaba equivocado. El demonio estaba a la puerta de su casa.

—¿Y bien? —dijo Saúl, impaciente, frunciendo el ceño—. ¿Dónde está?

—No está aquí.

Le contestó con la mayor frialdad que pudo, pero la voz le sonó quebrada y temblorosa. Saúl se abrió paso echándola a un lado, entrando en la casa y mirando a su alrededor como si fuera a descubrir a Alex sentado en un sofá.

—¿Qué te has creído? ¿Que puedes entrar en mi casa así como así?

Al estar cerca de él estaba adquiriendo mucha práctica en eso de discutir. Saúl arqueó una ceja, sorprendido. Fen cruzó los brazos preparada para uno de sus comentarios irónicos.

—¿Así que te ha instalado aquí? Tendrás las escrituras de propiedad bien guardaditas, ¿no?

Saúl paseó sus gélidos ojos por la sala y los posó sobre el montón de leña que Alex había cortado para ella.

—Pensé que un ático en la ciudad iría más acorde con tus gustos, pero veo que os atrae la soledad. Bien pensado.

Fen ya había oído suficiente. Le había dado razones suficientes para que pensara aquello, la verdad, pero no tenía por qué estar insultándola a cada instante.

Ya era hora de decirle un par de cosas.

—Alex no está aquí, así que estás perdiendo el tiempo. Y esta casa pertenece a mi madre. Estoy aquí porque me ha pedido que la deje lista para la venta. Y te estoy pidiendo que te vayas.

Saúl la miró con atención durante un rato. A medida que pasaban los segundos, su mirada se fue dulcificando.

—No voy a irme —le dijo con suavidad.

Fen se quedó sorprendida por su arrogancia. ¿Cómo librarse de él? Podía llamar a la policía. Lo habría hecho si el futuro de su tío no dependiera de él. No podía hacer nada.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó a regañadientes.

Fen contuvo la respiración. Las paredes parecían cada vez más cerca y ellos dos más y más juntos. El aire que intentaba respirar se le antojaba más cálido. Saúl esbozó una sonrisa. Tardó unos interminables segundos en contestar.

—Sabes exactamente lo que quiero. Te lo he dicho varias veces.

Capítulo 7

—¿Cómo has encontrado esta casa?

A Fen se le ocurrió la pregunta de repente. Tenía que decir algo, no podían quedarse como estaban, callados y mirándose el uno al otro. El tenso silencio y el modo de mirarla de Saúl la estaban poniendo nerviosa.

—No fue difícil. Alex no se molestó en cubrir sus huellas. Dejó números de teléfono y direcciones donde se le podría localizar. Decidí mirar primero aquí, me imaginé que la dirección de Edimburgo era una especie de seguro. No debe de estar muy seguro de ti si no sabía dónde iba a estar.

Saúl se adentró todavía más en el salón. Fen se estremeció, pero intentó que Saúl no notara cuánto le afectaba su presencia. Pero Saúl no se acercó demasiado; parecía más interesado en las acuarelas de las paredes.

—Tengo entendido que Jean se fue a Edimburgo cuando empezó lo tuyo con Alex. En algún sitio he leído que se fue con su madre.

Parecía mucho más interesado en las acuarelas que en Fen o en lo que estaba diciendo. Sus anchos hombros estaban completamente relajados y tenía la cabeza ligeramente inclinada, como si pretendiera descubrir algo oculto en las pinturas.

Fen no se fiaba de su cambio de actitud ni de su relajada forma de hablar. Supo que estaba en lo cierto cuando Saúl se volvió a mirarla con sus intensos ojos azules.

—¿Ha ido a Edimburgo en busca de Jean? —preguntó Saúl de repente.

Fen asintió con la cabeza, incapaz de apartar la vista de aquellos ojos brillantes.

El corazón le latía alocado en el pecho. ¿Por qué había accedido a representar aquella farsa?

En poco tiempo, todo el mundo sabría que Alex Fairbourne había vuelto con su mujer, así que no pasaba nada porque Saúl se enterara.

Quería que todo acabara cuanto antes para poder continuar con su vida y que Saúl Ackerman dejara de tratarla como si fuera una prostituta. Quería decirle la verdad, pero no podía. Todavía no. No hasta que VisionWest tomara una decisión sobre el contrato de Alex.

De todas maneras, la verdad no iba a cambiar mucho las cosas, ya que la salvaje atracción entre los dos no llevaba a ningún lado. Al menos, eso pensaba Fen. Odiaba lo que Saúl pensaba de ella.

Algo de sus confusos pensamientos debió de asomar a su cara porque Saúl, el despiadado, encontró algo de compasión en su

interior y le preguntó con dulzura:

—¿Se ha ido porque ha querido o porque se lo has pedido tú? No debe de ser fácil para ti admitir que te ha dejado, pero te agradecería que me contaras la verdad.

Fen se quedó mirándolo, atónita. ¿Qué importancia podía tener para él? Metió las manos en los bolsillos de los viejos pantalones vaqueros y deseó no haber estado tan desarreglada.

—Fue una decisión en común —acertó a decir justo cuando Saúl pensaba, impaciente, que no iba a contestar—. Nos separamos como amigos.

Y era verdad. Se había quedado un par de días para ayudarla a instalarse y había emprendido viaje rumbo a Edimburgo. Era lo que habían planeado. Además, siempre habían sido amigos.

Entonces, miró a Saúl a los ojos y se dio cuenta de que había caído en una trampa. Tenía que haber sido más lista y haberse puesto a llorar diciendo que Alex la había abandonado. Así, Saúl se habría marchado y la habría dejado sola con su pena.

En cambio…

—Entonces parece que tú y yo tenemos muchas cosas de qué hablar.

Aquello no era lo que Fen deseaba escuchar. Saúl pensaba que podía ocupar el lugar dejado por Alex. Debería haber pensado en eso antes de hablar.

De repente, aunque todas las ventanas estaban abiertas, Fen sintió como si no hubiera aire suficiente en la habitación. Apretó los dientes, salió al porche y se sentó en el banco de madera que había frente a una mesa también de madera.

Podía oír el rumor de las olas al romperse contra la costa. Pero ni aquel sonido hipnótico ni la agradable caricia del sol en su piel conseguían relajarla.

Nada podía hacer desaparecer la tensión de estar acosada por un experto cazador. El depredador había elegido su presa, era sólo cuestión de tiempo.

Saúl la siguió. Fen sabía que lo haría. Sentía unas ganas incontrolables de gritar y empezar a lanzarle cosas, pero apretó los dientes, intentando controlarse, sin atreverse a mirarlo a la cara.

—Deberías irte, ¿no crees? No se me ocurre nada de lo que debamos hablar.

Fen se sentía impotente delante de Saúl Ackerman y odiaba aquella sensación.

—¿Ah, no?

La voz de Saúl tenía un deje de diversión que le puso a Fen los pelos de punta.

Saúl se sentó frente a ella, inclinado hacia delante sobre la mesa.

Sus piernas casi tocaban las de Fen.

Con un gesto inconsciente pero revelador, Fen encogió las piernas debajo del banco. Saúl lo notó.

—Relájate —le dijo, sonriéndole con sus impresionantes ojos azules—.

Hablaremos cuando estés preparada. No hay prisa.

Cuando Saúl estaba cerca, relajarse era una utopía, pero Fen no podía admitirlo.

Aquello acabaría por convencer a Saúl de que estaba al mando de la situación y de que podía hacer lo que quisiera con ella.

¡Y los dos sabían qué era lo que quería hacer!

Fen fijó la vista en el horizonte, apartando la mirada de aquel rostro tan atractivo.

—Puede ser que tengas todo el tiempo del mundo, pero yo no. No estoy aquí de vacaciones, tengo cosas que hacer.

—¿Qué? ¿Limpiar chimeneas?

El tono de burla le dijo a Fen que Saúl se había fijado en su desarreglado aspecto. Parecía que no le importaba y de pronto dejó de importarle también a Fen.

—Puedo ayudarte, si quieres —le dijo Saúl.

—¿Así vestido?

—Iré a casa a cambiarme y estaré de vuelta en una hora.

Con aquel coche, claro que sí. ¿Por qué Fen era incapaz de decirle que no necesitaba su ayuda?

—Sería una pérdida de tiempo. Sólo yo sé qué cosas de mi padre querrá conservar mi madre.

Fen se puso en pie, fingiendo un bostezo. Quizá si Saúl pensaba que la aburría se iría. Su ego no podría aceptar algo así.

Fen hizo ademán de entrar en la casa, pero la voz de Saúl la detuvo.

—De modo que decías la verdad. Alex no te ha instalado aquí. ¿La casa pertenece a tus padres?

—A mi madre. Tengo una, aunque te cueste creerlo. No nací por generación espontánea.

—Ya.

Saúl se levantó con movimientos elegantes y armónicos, como de costumbre.

—Pensé que estabas mintiendo —continuó.

—Ya lo sé —suspiró Fen.

¿Es que siempre iba a pensar algo malo de ella? Una cualquiera, una embustera… Le empezó a temblar un labio, pero se lo mordió enseguida para que no se notase. ¿Qué más daba lo que Saúl pensara de ella? Fue a avanzar hacia la puerta, pero Saúl estaba delante de ella, cortándole el paso.

—No está aquí, ¿no? Tu madre, me refiero.

Fen volvió a notar que le temblaba el labio y bajó la cabeza. Mirarse los pies era más fácil que aguantar cómo le miraba la boca Saúl, como si quisiera cubrirla con la suya.

Tuvo la tentación de decir que sí, que estaba durmiendo la siesta y que se despertaría en cualquier momento, pero sabía que no iba a volver a mentirle.

—Vive en Australia. ¿Por qué?

—¿Y tu padre?

Fen lo miró. ¿Es que nunca se rendía?

—Ha muerto.

—Lo siento.

La miró con gesto compasivo, pero Fen no quería su compasión.

—No lo sientas. No estábamos muy unidos. Para él, no era más que un estorbo.

Guarda tu compasión para mi madre, que no lleva muy bien su ausencia.

Fen se calló, roja de ira. ¿Por qué había sacado a relucir su relación con sus padres? No era asunto de Saúl. Nunca había hablado de aquello con nadie, ni siquiera con sus tíos.

¿Por qué se lo contaba a Saúl?

—Perdona —dijo—, estás en mi camino y tengo cosas que hacer. Cierra la verja al salir.

No sabía cómo iba a reaccionar Saúl. Desde luego, no se esperaba que le hiciera caso. Había esperado que… No sabía. Pero no esperaba oír el coche alejarse por el camino hacia el pueblo.

No esperaba que se fuera, que se rindiera sin plantear batalla. Fen estaba de pie en el centro del salón, escuchando el silencio. Sacudió la cabeza y fue escaleras arriba.

Saúl había perdido el interés. ¿Y qué? Ya era hora. No estaba muy segura de haber sido capaz de mantenerlo apartado de ella si se decidía a presionarla.

Había ido con la intención de hablar con ella. No había dicho de qué quería hablar, pero Fen estaba segura de que intentaría convencerla de las ventajas de ser su amante. Pero se había ido sin obligarla a escuchar lo que quería decirle.

Y ella le había descubierto más sobre ella de lo que era su intención.

Fen sintió un escalofrío. Avanzó hacia los cajones de la cómoda y empezó a abrirlos.

—Nunca hemos dejado allí mucha ropa ni nada parecido —le había dicho su madre—, pero si encuentras la corbata de seda azul y blanca de tu padre, mándamela. Se la regalé para que le diera buena suerte una vez que estaba grabando unos programas de radio

en Londres y fuimos a pasar el fin de semana contigo, ¿te acuerdas? Debe de estar allí, porque no la encuentro entre el resto de sus cosas.

Le había hablado como si encontrar aquella corbata fuera cuestión de vida o muerte, como si la corbata fuera a devolverle al hombre que había amado con tanta intensidad.

Fen sabía que nunca iba a amar así. Nunca se dejaría llevar a aquel grado de destrucción de sí misma.

En cualquier caso, no la había encontrado. Sólo había cosas inútiles que habían dejado allí por si les servían cuando volvieran de nuevo a la casa.

Sólo que nunca volvieron. Fen, porque había estado muy ocupada; su padre, porque andaba por los Estados Unidos dando conferencias; y su madre, por supuesto, con él.

Revisar los cajones y los armarios de sus padres le hacía sentirse completamente sola. Le parecía extraño sentirse sola de repente después de tantos años. Desde muy pequeña, había aceptado que era una niña no deseada.

Sintió hambre y pensó que era la excusa perfecta para dar por terminados sus quehaceres del día. Llevaría la bolsa de basura al piso de abajo y pensaría qué podía cenar mientras se daba una ducha. Quizá cenara en la mesa del jardín contemplando la puesta de sol.

Salió de la habitación y estaba en la mitad de las escaleras cuando apareció Saúl delante de ella.

—Deja que te ayude.

Fen vio estupefacta cómo subía las escaleras de dos en dos, le quitaba la bolsa de la mano y bajaba otra vez. El elegante traje había sido sustituido por unos vaqueros blancos y una camisa negra y le hacían parecer extremadamente viril.

Estaba demasiado sorprendida para decir nada.

—¿Dónde quieres que lo deje? —preguntó Saúl.

A Fen le temblaba la boca y tenía un nudo en la garganta. No dijo nada. Bajó el resto de las escaleras apoyándose en el pasamanos, temerosa de que no le respondieran las piernas.

En silencio, abrió el armario del hueco de la escalera, vio cómo se movían en armonía los músculos de la espalda de Saúl al dejar la bolsa y volvió a cerrarlo.

A continuación, Fen dio un paso atrás, alejándose de él. Le dio un vuelco al corazón al darse cuenta de que se alegraba de que hubiera vuelto. ¡Se alegraba!

¿Acaso se había vuelto loca?

—¿Qué haces aquí?

No quería alegrarse de verlo, no quería experimentar la

sensación de tenerlo cerca. Saúl no había perdido el interés por ella.

—Debiste saber que iba a volver.

Saúl la miró con detenimiento y notó que tenía la boca tensa, como si estuviera tragándose las palabras que quería decirle. La tensión invadía a Fen. Estaba completamente rígida.

—Íbamos a hablar, ¿recuerdas? —le dijo con una ternura que la sorprendió—.

Pero ya te he dicho que no hay prisa. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Todo el tiempo del mundo.

Lo hacía parecer muy sencillo, como si fueran dos personas que se estaban conociendo, que dejaban por un momento a un lado la irremediable atracción física que sentían para que su relación creciera y se hiciera más profunda más allá de los deseos de la carne.

Lo miró con tristeza. No era así de simple, ni mucho menos. Lo único que quería de ella era verla en su cama hasta que se aburriera y se encaprichara de otra.

En lo relativo a mujeres, todo apuntaba a que Ackerman se aburría enseguida. Y en cuanto a lo de hablar, seguro que le daba mil razones por las que debería ocupar él el lugar de Alex.

O lo que Saúl pensaba que era el lugar de Alex.

Y Fen no quería tener que escuchar todas aquellas razones.

—¿Por qué no te vas a lavar un poco mientras pongo la cena en la mesa? He traído algo de comer, cortesía de Prinny.

Fen sintió un súbito alivio. No estaba muy segura de si le saldría la voz, de modo que se limitó a encogerse de hombros y subió a ducharse. Había esperado que Saúl volviera a la carga. No era un hombre que perdiera el tiempo. Elegía un objetivo y hacía todo por conseguirlo. No estaba interesado en jugar a esperar.

Algo no cuadraba en los esquemas de Fen. El comportamiento de Saúl contradecía lo que pensaba de él, pero no iba a romperse la cabeza intentando resolver el enigma. Por el momento, estaba agradecida por el respiro, por poder relajarse y olvidarse durante un rato de la presión que Saúl había ejercido sobre ella.

Mientras el misterioso hechizo durase, fingirían ser dos adultos inteligentes y maduros capaces de disfrutar de su mutua compañía. Podía relajarse hasta que volviera a empeñarse en llevarla a la cama.

Se secó el pelo con una toalla y se puso unos vaqueros limpios y un jersey. No se maquilló. ¿Para qué molestarse?

La ausencia de maquillaje pareció complacer a Saúl, que la recibió con una sonrisa amistosa y agradable cuando bajó por fin por las escaleras.

—¿Mejor? ¿Preparada para cenar algo? He puesto la mesa fuera. Hace una tarde maravillosa.

Fen lo siguió como si no tuviera voluntad propia. ¿Para qué discutir? La tarde era preciosa y en la mesa había cuatro clases diferentes de queso, una barra de pan crujiente y una botella de vino. Saúl había preparado unos espárragos y se los comieron.

—Delicioso —comentó Fen, sirviéndose un poco más de queso —. Creí que eras un hombre de caviar y faisán.

Estaba muy a gusto y se le vino a la memoria el sencillo picnic de la otra vez.

Saúl le rellenó el vaso de vino. Le brillaban los ojos, compitiendo con el resplandor de las estrellas que empezaban a aparecer en el cielo.

—A lo mejor la vida te guarda unas cuantas sorpresas, Fen —comentó con dulzura—. Yo tampoco esperaba encontrarte en un lugar recóndito y solitario limpiando armarios llenos de polvo. A lo mejor tenemos que replantearnos nuestras opiniones preconcebidas.

¡Seguro! Saúl pensaba que era una prostituta de altos vuelos y no podía estar más equivocado. Pero no le podía culpar por pensarlo. Fen estaba empezando a sentirse incómoda. Era una pena, porque había disfrutado de veras de la compañía de Saúl. Se había sentido relajada como nunca hasta entonces cerca de él.

Quizá sus opiniones preconcebidas sobre Saúl Ackerman también estaban equivocadas.

Inconscientemente, negó con la cabeza. No, claro que no. Muy pocas veces se le veía dos veces con la misma mujer, Alex había sido muy explícito. Y, lo que era peor, había tenido aventuras durante su matrimonio. Y ni siquiera había derramado una lágrima a la muerte de su esposa. Era un ser despiadado.

No podía relajarse. Acabó el vino del vaso y armó su corazón con una coraza. El monstruo de Saúl Ackerman estaba jugando con ella, intentando que bajara la guardia. Pero Fen no iba a olvidar lo que en realidad quería de ella. La nueva estrategia no iba a llevarlo a ningún sitio.

—Cuando estábamos en el páramo, dijiste algo que después me hizo pararme a pensar. Tenías razón. Te he tratado como si fueras una mercancía y te mereces algo mejor. Quiero pedirte disculpas.

Fen tuvo que pararse a recordar lo que le había dicho aquel día. Algo así como que la llamase cuando tuviera por fin un corazón. Saúl le había dicho que no le gustaba porque no la respetaba. La había insultado ofreciéndose a pagar sus facturas con la condición de que echara a Alex de su lado.

A lo mejor se lo había pensado mejor al darse cuenta de que el acercamiento directo no funcionaba con ella. ¿Es que pensaba que

no se iba a dar cuenta de lo que pretendía? ¿Pensaba que tenía serrín en vez de cerebro?

Fen le sonrió con sequedad y se preguntó por qué se sentía traicionada.

—Acepto tus disculpas. Disculpas como colofón a una cena deliciosa. No está mal. ¿Qué más puedo pedir?

Avanzó hasta la verja y abrió la portezuela.

—Creo que ya podemos dar por terminada la velada. Buenas noches, señor Ackerman.

Durante un instante que se le hizo eterno, Fen pensó que Saúl iba a quedarse exactamente donde estaba, pero al fin se movió. Se levantó y avanzó hacia ella en la oscuridad de la noche.

Cuando lo tuvo delante, Fen deseó que se hubiera quedado donde estaba porque así ella habría podido meterse en la casa y cerrar puertas y ventanas.

Pero la lógica la abandonó cuando Saúl la rodeó con los brazos y la estrechó contra su cuerpo. En el momento en que la boca de Saúl tocó la suya, Fen se sintió perdida en medio de una pasión salvaje.

Perdida. Perdida y consumida por la invasión ansiosa de la lengua de Saúl, que la hundía más y más en un torbellino de sensaciones febriles. Aquello era lo que había soñado en su adolescencia que sería un beso. La magia y el caos haciéndoles formar una verdadera unidad.

Era algo que Fen pensaba que no era posible después de su decepcionante relación con Ray. Había dejado de creer en románticas historias de amor. Pensaba que aquello del amor verdadero era una mentira ideada para asegurar la continuidad de la especie y para hacer que las personas perdieran su preciosa independencia.

Había pensado que todo era un engaño porque, equivocada, había pensado que amaba a Ray. No la había violado, pero ella se había sentido profundamente humillada en brazos de Ray.

Pero en aquel momento, delante de la casa, en los brazos de Saúl, la proximidad de su cuerpo y sus ardientes y apasionados besos bloqueaban su mente. Sentía una angustiosa necesidad, una necesidad salvaje.

No estaba segura de nada. Quizá no había amado a Ray. A lo mejor lo único que había deseado en sus tiempos de universidad había sido no estar sola.

No estaba segura. ¿Cómo estar segura de nada si su cuerpo y su alma se entregaban sin reservas a un hombre que la despreciaba?

Fen gruñó, confusa, y la boca febril y posesiva de Saúl la besó con suavidad y se separó de la suya muy despacio. Saúl la miró a los ojos a la luz de las estrellas, hundiendo los dedos en la melena

rubia de Fen con delicadeza.

—¿Te he hecho daño? Lo siento.

Saúl se inclinó hacia Fen y le mordisqueó con ternura y suavidad el labio hinchado.

—Te deseo tanto. Haces que me comporte como un adolescente. No puedo recordar la última vez que me comporté de forma parecida, Fen.

Fen podía oír la crispada amenaza del control en su voz. Sabía que si ella respondía a su pasión nada podría evitar que fuera su amante. No iba a poder pararle los pies. ¡No iba a querer pararle los pies!

—¡Vete, por favor! —le gritó, golpeándole los hombros con los puños—. ¡No quiero que te quedes!

Estaba aterrorizada. Angustiosos sollozos se le agolpaban en la garganta. No podía creer que se estuviera comportando así. Ella, que siempre había sabido mantener el control, tan segura de sí misma. Se estaba comportando como una histérica y no podía evitarlo porque sabía que su futuro pendía de un hilo. Si dejaba que le hiciera el amor, no volvería a ser la misma. Nada volvería a ser lo mismo.

—Estás mintiendo. Sabes que no es verdad.

Había un deje metálico en su ronca voz. La agarró por los puños y la apretó contra su pecho.

Fen podía sentir los fuertes latidos del corazón de Saúl. Sintió la necesidad de apoyar las palmas de las manos en su pecho, de tocar aquellos latidos, pero estaba luchando por su supervivencia.

—Sí lo es. Aléjate de mí, ¿me has oído? Aléjate de mí.

Saúl se puso rígido. Fen lo miró a la cara, pero estaba demasiado oscuro y no logró ver su expresión. Supo que estaba furioso. Entonces, la soltó y la habló con voz templada y calmada.

—Veo que sigues jugando conmigo. Deja que te advierta que jugar con fuego es peligroso. Un poco más y habría perdido el control y nada habría podido evitar que fueras mía.

Muy despacio, deslizó un dedo por la cara de Fen, desde la sien hasta la mandíbula.

—A lo mejor disfrutas así, ¿o no? ¿Excitas a los hombres hasta que pierden el control y te toman por la fuerza? ¿Así te quedas tranquila, pensando que eres una víctima, que no ha sido culpa tuya? ¿Fue así como sucedió todo con Alex? ¿Se sintió joven y viril otra vez al conquistarte? ¿Es así como consigues que los hombres te paguen las facturas? Te lo advierto, yo no soy así. Yo no obligo a las mujeres.

Vendrás a mí porque lo desees, porque no puede ser de otra manera.

—¡Te odio!

Fen se dio la vuelta, con los ojos llenos de lágrimas. Saúl pasó a su lado y atravesó la portezuela de la verja.

—No, no es cierto. Sólo odias las cosas con las que te obligo a enfrentarte. Y

recuerda que volveré. Y no quiero volver a verte con Alex. Nunca. No lo veas a no ser que quieras acabar con lo que queda de su carrera.

Capítulo 8

Fen no sabía qué estaba haciendo sentada en el coche al lado de Saúl. Éste había dicho que irían a terreno neutral y ella, como una idiota, le había dejado que una vez más fuera el que llevara las riendas.

Hacía una mañana preciosa, pero Fen se había levantado con el humor de los días nublados y no había sido capaz de ponerse a hacer nada de provecho. Había pasado las horas pensando en qué demonios le estaba ocurriendo.

No solía deprimirse con facilidad y casi nunca se quedaba así, sin hacer nada.

Siempre encontraba algo que hacer, aunque ese algo fuera relajarse y recargar baterías. Entonces, ¿por qué se sentía como si tuviera mil años?

Cuando Saúl apareció por el sendero con actitud de ser el dueño de todas las cosas del lugar, incluida Fen, se dio cuenta de repente de que el sol brillaba en el cielo azul y de que el prado estaba cubierto de flores silvestres.

—Tregua —dijo Saúl, con la sonrisa que Fen empezaba a encontrar irresistible

—. Te llevo a comer. Ni tu casa, ni la mía. Terreno neutral e igualdad de condiciones.

Se sentó en el banco del porche, totalmente relajado.

—Vístete. Y no tardes, no hay tiempo que perder.

¿Igualdad de condiciones? Saúl estaba mucho más seguro de sí mismo. Y de ella. Fen no sabía dónde estaba la igualdad, pero por alguna razón, no le importaba.

Mientras subía por las escaleras, lo único que se permitió pensar fue por qué dejaba que le dijera lo que tenía que hacer. ¡Qué diablos! No había conseguido hacer nada con tanto pensar, ¿no? Se había pasado el eterno fin de semana vagando por la casa como un fantasma.

Y no se preguntó por qué se lanzó a abrir los paquetes que hasta aquel momento había aparcado llena de remordimientos en el armario. Puso la ropa nueva encima de la cama y, después de mucho pensar, eligió un conjunto de una pieza de pantalón y top color crema con dibujos en tonos rojizos. El top no tenía mangas y era algo escotado y los pantalones eran bastante ajustados.

Se puso los tacones más altos que tenía, se miró en el espejo y, aunque satisfecha con su compra, pensó que debería de haber resistido la tentación. No era la ropa más adecuada para una excursión por el campo, pero era un conjunto elegante que resaltaba la esbelta línea de su cuerpo, que era lo que importaba.

Así vestida se sentía en una nube y era una sensación agradable después de haberse sentido tan deprimida.

«Hasta que llegó Saúl», le dijo una voz interior. Pero Fen la ignoró. Estaba contenta y radiante otra vez y no le importaba mucho la razón.

Dejaron atrás la costa. Saúl apenas había hablado en todo el camino. Algún que otro comentario al pasar por algún pueblo, pero nada más. Fen estaba agradecida, porque siempre que hablaban acababan discutiendo, pero cuando se encontraron en un verde túnel de árboles, la curiosidad empezó a bullir en su interior.

Lo único que sabía, y muy bien, por cierto, era cómo podía hacerla sentirse cuando la tocaba. No sabía nada del hombre que tenía al lado excepto lo poco que le había querido mostrar, lo que su tío le había contado y lo que decían los artículos de periódico que Jean le había enseñado para convencerla de que los ayudara con la farsa en la que se encontraba metida.

¿Había algo remotamente bueno detrás de la máscara de depredador sin escrúpulos, de la máscara de hombre que persigue lo que quiere con extrema rudeza?

¿Había un hombre preocupado, tierno y considerado detrás de aquella máscara? Sólo había una forma de averiguarlo.

—¿Decías en serio que acabarías con la carrera de Alex si volvía a verlo?

Inconscientemente, Fen contuvo la respiración, rezando por que contestara que no. Deseaba desesperadamente que le dijera que no haría una cosa así.

—¿Te importa realmente?

Saúl habló con tono aburrido y la miró de reojo con el ceño fruncido. Debía pensar que ya que su supuesta aventura con Alex había acabado, había dejado de interesarle. Así funcionaba la mente de Saúl. ¿Es que se desentendía de las mujeres en cuanto salían por la puerta de su habitación?

Claro que sí. ¿Qué si no?

Fen le lanzó una mirada feroz. Seguían avanzando por el verde túnel de árboles y las luces y sombras le hacían parecer siniestro, muy lejos del hombre encantador que la había ido a buscar por la mañana y había declarado la tregua.

Se mascaba una nueva pelea en el ambiente.

—Claro que me importa. Sean cuales sean mis defectos, que al parecer según tú son muchos, soy una persona leal.

Se sentó derecha, mirando hacia delante. Que se tomara el comentario como quisiera. Fen estaba preparada para la pelea.

—Si te preocupa su futuro, debes apreciarlo bastante.

La ternura en su voz la confundió.

¿Por qué no estaba enfadado? ¿O es que estaba plenamente convencido de que sería mejor amante que Alex Fairbourne? Mucho más joven, más viril, más en forma y más libre…

Fen no lo sabía y no pensaba preguntar, porque no quería empezar una discusión. Había aceptado ir porque parecía no tener otra opción y porque, por extraño que pareciese, quería estar con él. Subieron una colina y salieron a la luz del sol otra vez. Un luminoso valle se extendía a sus pies y todo volvía a ser como antes de que Fen preguntara por el futuro de Alex. Nada de oscuridad, nada de sombras.

—No tiene sentido que discutamos —dijo Saúl con tono dulce—. ¿Por qué echar a perder un día maravilloso? El talento de Alex será el factor determinante de su futuro en VisionWest. Pero en lo que a ti respecta, Fen, Alex es agua pasada.

Saúl la miraba de reojo con inusual ternura y Fen sintió un cosquilleo de los pies a la cabeza.

—Olvídalo; ha vuelto con su mujer, que es donde tenía que estar. Tienes que empezar a rehacer tu vida y decidir lo que es mejor para ti. Yo te ayudaré encantado, si puedo.

¿Ayudarla? ¿Convirtiéndola en su amante? ¡Vaya ayuda! ¡Su amante! Fen hundió la cabeza en los hombros y se dejó llevar por sus pensamientos, diciéndose que jamás haría algo así. Además, no podía obligarla a hacer nada en contra de su voluntad. No iba a perder más tiempo dándole vueltas.

Volvió a poner en orden sus pensamientos mientras seguían avanzando por la cima de la colina. Atravesaron un puente de piedra bajo el que pasaba un riachuelo que corría cantarín por su cauce. Al otro lado se extendía un enorme valle en el que había un restaurante de piedra. No había nada más, ni pueblo, ni iglesia…

Fen cruzó mentalmente los dedos. Si Saúl era sincero, podía estar tranquila por el futuro de su tío y todo lo demás. Todo iría bien. Alex tenía mucho que ofrecer y los responsables del canal se darían cuenta. Fen siempre había pensado que la historia de la amante era un disparate, que no hacía falta.

Pero a problemas desesperados, soluciones desesperadas. El pobre Alex pensó que acabarían con el programa. A lo mejor, lo más sensato era llamarlo y aconsejarle que se mantuviera alejado de Cornualles y de ella hasta que en VisionWest tomaran la decisión definitiva. Saúl todavía no le había dicho que no fuera a cumplir su amenaza…

—Comeremos aquí. He reservado una mesa.

Saúl aparcó y Fen volvió a pensar en lo seguro que estaba de sí mismo. Siempre lo estaba y, como ella no podía cambiar nada, para qué darle vueltas. Hacía un día precioso y se sentía relajada a pesar

de los inquietantes pensamientos que la asaltaban y de su descarada oferta a «ayudarla».

No eran los únicos clientes. Había bastantes coches. Probablemente por eso había reservado la mesa por adelantado. Aunque intentó evitarlo, Fen se estremeció cuando Saúl la agarró del brazo al entrar. El contacto de sus dedos en su piel desnuda le trajo a Fen apasionados recuerdos. Le hizo pensar en cosas en las que no quería pensar.

—Podrás hablarme de ti mientras comemos. Apenas sé nada de ti y quiero hacer algo para remediarlo.

—No hay mucho que contar.

Parecía preocupada, y lo estaba. Si hablar de ella significaba no tener que escuchar las innumerables razones por las que debía ser su amante, entonces hablaría hasta que se le cayera la lengua.

Lo más probable era que Saúl se muriera de aburrimiento mucho antes.

Comparado con su poder, su posición y su riqueza, los logros de Fen eran insignificantes.

Pero no había ni rastro de aburrimiento en los inteligentes ojos azules de Saúl mientras charlaban tras una comida fabulosa que bastaba por sí sola para justificar el lleno del pequeño restaurante.

—Por eso tienes tanta facilidad para los idiomas. ¿Echabas de menos no tener raíces?

Saúl sonreía mientras se echaba un poco de leche en el café y revolvía con una cucharilla.

Fen se encogió de hombros. Le había contado más cosas sobre ella que a ninguna otra persona en toda su vida. No le había costado mucho, por extraño que pudiera parecer. Era como si confiara en Saúl de forma natural. Era un alivio no tener que preocuparse por lo que le decía. No estaba acostumbrada a mentir y, hasta aquel momento, su relación se basaba en una serie de patrañas que le resultaban muy incómodas.

—No, la verdad es que no. A lo mejor un poco a veces, pero viajar por el mundo se convirtió en una forma de vida para mí. Si pasábamos más de dos o tres meses en un sitio, me entraban ganas de cambiar aunque hubiera hecho muchos amigos. Me encantaba que tuviéramos que mudarnos. A mi madre, en cambio, no le gustaba viajar, pero su vida giraba en torno a mi padre y ella lo seguía a todas partes. Ahora que él ha muerto, supongo que podrá al fin establecerse en un sitio.

—¿Nunca quiso darte un hogar? —preguntó Saúl muy despacio.

Fen negó con la cabeza, sonriendo. Hacía mucho que la falta de interés de sus padres había dejado de afectarle.

—Nunca quiso tenerme, punto. Ninguno de los dos. Era un

estorbo. No es que no cumplieran su deber conmigo —les defendió Fen—, me dieron ropa, comida y educación.

—Pero no amor —apuntó Saúl.

Fen se mordió la lengua porque no podía contarle nada sobre las visitas de Alex y Jean ni sobre los veranos en Cornualles. Sus tíos siempre habían tenido tiempo para ella y le habían enseñado lo que era el amor familiar.

Pero no podía contárselo a Saúl. Todavía no.

—No sientas lástima por mí. Yo era feliz. Luego estuve cuatro años en un internado en Inglaterra y fui a la universidad para ser traductora. Durante todo ese tiempo apenas vi a mis padres. Venían a veces a pasar las vacaciones a Cornualles.

Como ves —dijo Fen, con cierto tono de desafío—, puedo ser completamente independiente y ganarme la vida por mí misma. No necesito un hombre que me mantenga.

Era lo más lejos que se atrevía a llegar para intentar cambiar la mala imagen que Saúl tenía de ella, pero deseó haberse mordido la lengua cuando vio en sus ojos una sombra.

—Entonces —dijo Saúl con amargura, mientras con una seña pedía la cuenta—, tu aventura con Alex era algo más profundo. Me pregunto si eso explica tus denodados y casi virginales esfuerzos por mantenerme a distancia de ti.

Fen se quería morir ¿Por qué había tenido que recordarle a Saúl su supuesta aventura con Alex?

Durante las últimas horas, habían estado hablando como nunca antes y lo había echado todo a perder sin pensar. Salieron del restaurante sin apenas cruzar palabra.

Se habían acabado el relax y la felicidad.

Cuando llegaron a la casa, Fen estaba a punto de echarse a llorar de la tensión acumulada. De nada servía repetirse que las cosas no podían ser de otra manera dado el tipo de hombre que era Saúl y la clase de mujer que él pensaba que era.

—Lo siento. Me he comportado como un niñato malcriado. Perdóname.

Saúl había detenido el coche a un lado de la casa y Fen lo estaba mirando sin salir de su asombro. ¿Saúl Ackerman admitiendo que estaba equivocado y pidiendo disculpas?

Paró el motor y se giró hacia Fen.

—No quiero enfrentarme al hecho de que puedas sentir algo por Alex Fairbourne —confesó, alargando la mano para tocar la mejilla de Fen—. ¿Puedes entenderlo? Quiero ser el hombre de tu vida. Cada día más.

La piel de Fen ardía bajo los dedos de Saúl y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Por un momento, pensó que se estaba enamorando de él. No podía aguantar más.

Aquella ternura que la derretía en los ojos azules de Saúl era sólo producto de su imaginación. No era más que el efecto de mirarlo a través de las lágrimas que bañaban sus ojos.

—Oye, vamos a ver si nos animamos un poco. ¿Por qué no bajamos a la playa?

Fen salió del coche enseguida, aliviada por el giro de la conversación, convencida de que si Saúl le hubiera repetido aquello de que quería ser el hombre de su vida, se habría lanzado a sus brazos.

El estrecho camino que bajaba a la playa era muy empinado y a Fen le resultaba difícil caminar con los tacones. Saúl la levantó en brazos.

—Bájame, no necesito que me lleven —protestó Fen.

—Deja de discutir, mujer. Deja que te lleve. A lo mejor acaba por gustarte.

Saúl la sujetó con fuerza, dejándole ver que no pensaba soltarla. Pegada a su cuerpo, Fen pasó los brazos por detrás del cuello de Saúl y abandonó la pelea. A lo mejor, sólo a lo mejor, Saúl tenía razón. Fácilmente se habría abandonado a las oleadas de pasión que surcaban su cuerpo.

Pero no iba a hacerlo. Si lo hacía, se enamoraría de él y a partir de entonces lo necesitaría para sentirse completa. Y sería una estúpida si lo hacía. Valoraba demasiado su independencia y su libertad como para entregárselas a un hombre.

Especialmente a uno que no tenía corazón.

Por fin la soltó. La sentó en un bloque de granito de lo que en otro tiempo había sido un muelle. Tiempo atrás, allí había habido un embarcadero desde el que salían al mar los hombres del pueblo para ganarse la vida.

—Cuando era niña a veces bajaba aquí por la noche, cuando todos dormían, e intentaba imaginar a los contrabandistas en la noche —confesó con nostalgia.

Sonriendo, recorrió la pequeña ensenada con la vista. El sol hacía resplandecer el mar azul y la arena brillaba también. Era difícil imaginar las hileras de carros cargados de whisky, tabaco y telas en la oscuridad.

—¿Y lo conseguías?

La voz de Saúl era cálida. Se sentó en la arena apoyando la espalda en la roca en la que Fen estaba sentada. Se había quitado los zapatos y tenía los ojos cerrados. Fen sintió algo especial en su interior. La luz del sol resaltaba los elegantes rasgos de la cara de Saúl y destacaba la suave línea de su boca. Aun así, Fen reconoció

el peligro latente que suponía aquel atractivo.

Tenía un nudo en la garganta. Cada vez que lo miraba el peligro se hacía más presente. Cuanto más humano parecía, peor. No podía olvidar eso.

—Todo lo que conseguía era asustarme —confesó.

A pesar de su empeño en poner un tono divertido, sonó como si le faltara aire.

—Me lo imagino.

Saúl le empezó a quitar tímidamente los tacones. Primero uno y luego el otro.

Sus dedos se movían con extrema delicadeza.

—Eras una niña solitaria. No me gusta imaginarte sola o asustada.

Fen cerró los ojos, llena de angustia. ¿Lo decía de veras?

Pero, ¿acaso importaba?

Con un movimiento brusco, apartó el pie de las sensuales caricias de los dedos de Saúl y saltó a la arena.

—Pensaba que íbamos a pasear.

Intentó esbozar una amplia sonrisa. Era una sonrisa vacía. Estaba a punto de llorar.

—No hay prisa.

Saúl se puso de pie a su lado.

—Tenemos todo el día —continuó—. Y toda la noche. Podemos quedarnos aquí a esperar a tus contrabandistas. Tranquilízate.

Le pasó un brazo por los hombros, reconfortándola, dándole seguridad… Fen pensó que nada la asustaría si él estuviera a su lado, agarrándola de la mano. Pero,

¿cómo podía tranquilizarse si Saúl hacía exactamente eso, agarrarla de la mano, rodearla por los hombros? Lo conocía lo suficiente como para saber que justo cuando parecía más relajado era cuando era más peligroso.

Debía de estar loca por estar allí con él. Sabía cómo era y lo que quería de ella.

¿Por qué estaba con él? ¿Por qué no le decía que se fuera? Después de su fracasada relación con Ray, había evitado cualquier compromiso emocional con personas del sexo opuesto y ahora cada célula de su cuerpo se rebelaba y reaccionaba de forma salvaje cuando Saúl estaba cerca.

Empezaron a caminar por la orilla, mojándose los pies descalzos. Iban dejando sus huellas en la arena mojada. Para alejarse del agradable contacto del brazo de Saúl, Fen se agachó a recoger una piedra y la hizo botar por encima del agua hasta que se hundió. Repitió los mismos movimientos como un autómata hasta que Saúl la agarró con las dos manos por la cintura, la obligó a mirarlo y la

abrazó.

Fen sintió que se le aceleraban la respiración y los latidos del corazón. El cuerpo le empezó a arder al sentir contra su cuerpo la erección de Saúl.

—Fen…

La miraba con ojos sinceros a través de sus largas pestañas negras y su cuerpo le decía lo mucho que la deseaba. Fen notaba cómo iba creciendo también en su interior una urgencia febril.

Saúl le sonrió con suma dulzura, como si estuvieran compartiendo un secreto.

—Deja de escapar. Quiero que seas parte de mi vida, ya lo sabes. Lo que a lo mejor no sabes es que no voy a meterte prisa ni a obligarte a hacer algo que no quieras hacer. Haremos las cosas a tu ritmo, y si eso significa ir despacio, me parece bien.

Saúl deslizó las manos hasta las nalgas de Fen y la estrechó ligeramente contra su cuerpo, contra sus caderas, con un movimiento tan sugestivo que encendió la luz de alarma en la cabeza de Fen.

Se dio cuenta de que estaba a punto de rendirse al deseo y a los seductores movimientos de Saúl y encontró la fuerza para plantarle cara, por mucho que le doliera a ella misma.

—Algún día tendrás que aprender que no puedes tener todo lo que quieres.

Nunca has tenido un fracaso en tu vida, ¿no es así?

Un viento frío le dio en la cara y Fen alzó la vista y lo miró. Parecía aturdido, como si no estuviera acostumbrado a que le dijeran que no podía tener todo lo que quería. Ya era hora de que aprendiera.

—Naciste creyendo que tenías el mundo a tus pies. Tu padre era el dueño de la poderosa empresa de publicidad que heredaste y los beneficios que obtenías de ella te ayudaron a comprar unas líneas aéreas venidas a menos y a convertirla en una gran empresa. Y los beneficios de ésta te permitieron comprar la mayoría de las acciones de un competitivo grupo de comunicaciones y asegurarte tu puesto al frente de VisionWest.

Una nube había tapado el sol, pero Fen sabía que no era la única responsable de que se sintiera helada de pronto.

—Veo que has hecho tus deberes.

Saúl ya no sonreía.

—Es del dominio público —le contestó Fen con sequedad—. Se ha escrito mucho sobre ti en la prensa.

Las olas seguían bañando sus pies. Fen se giró hacia la playa, pero Saúl la agarró por los hombros y la obligó a mirarlo.

—Hay otra clase de fracasos. En lo que se refiere a relaciones

personales, soy el último de la clase.

Fen contuvo la respiración y no se movió. Era algo completamente nuevo que Saúl admitiera cualquier clase de fracaso. Saúl se agarraba con fuerza a los hombros de Fen como si fueran una tabla y él un náufrago en medio del mar. Se dio cuenta de lo fácil que le resultaría entregarse a él y dejar que tomara de ella lo que quisiera, porque deseaba con todo su ser responder a la necesidad que sentía en él, consolarlo y borrar todo rastro de dolor de sus ojos.

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó con dulzura.

Dio un paso adelante y se acercó más a él para protegerse del viento frío. Saúl la miró desconcertado y sacudió la cabeza como para librarse de sus demonios particulares. Pareció recuperar de nuevo la confianza perdida.

—Lo único de lo que quiero hablar es de nuestra relación, Fen.

Inclinó la cabeza y casi rozó los labios de Fen con los suyos.

—Porque habrá una, Fen, no te llames a engaño.

La estrechó con fuerza en sus brazos, atrayéndola hacia su cuerpo, y Fen se dejó ir sin protestar. Su cuerpo ardía y era inevitable.

Suspiró mientras sus alientos se entremezclaban. Saúl la besaba lentamente, con una sensualidad que la derretía, que hacía que Fen se sintiera como parte de él.

No existía nada más. Nada salvo una febril necesidad que la invadía y surgía de su interior al notar el contacto de su duro miembro erecto contra su cuerpo. Estaba perdida, se había abandonado, había entregado su voluntad a Saúl. El fuego que le corría por las venas la consumía. Fen notaba el rápido latir del corazón de Saúl y el deseo que afloraba a su garganta mientras la besaba con ansia. Instintivamente, hundió los dedos en su pelo negro y luego deslizó las manos hasta su nuca, respondiendo con pasión a sus besos.

Saúl se estremeció y recorrió el ávido cuerpo de Fen con las manos. La acariciaba con una mezcla de impaciencia y ternura.

Fen susurraba su nombre, sumida en un torbellino de sensaciones. Se había rendido ante él sin condiciones. Había renunciado a su libertad y a su independencia, pero ya no tenía la menor importancia.

—¡Dios, Fen, cómo te deseo!

Su voz era entrecortada. Jadeaba y la besaba una y otra vez sujetándole la cara con las manos.

La miró un momento con una sonrisa picara, acariciándola con los pulgares.

—Si no pones fin a esto, voy a perder el control y te haré el

amor aquí mismo.

Las olas les mojaban ya las pantorrillas. Fen se rió con dulzura y negó con la cabeza. No podía hacer nada. Estaba entregada a un abanico de sensaciones con las que nunca había soñado.

Sabía que podía dar marcha atrás, darse media vuelta y marcharse, que Saúl no la detendría. Pero, ¿cómo hacerlo? No tenía la fuerza de voluntad. O no deseaba abandonar sus brazos. Muy despacio, deslizó las manos de los hombros de Saúl a su cintura. Saúl se puso rígido, como si intentara contenerse ante una creciente necesidad.

Fen era consciente de que estaba jugando con fuego, pero ya se había quemado con los abrasadores besos de Saúl. No tenía nada que perder.

Saúl gruñó fuera de sí de deseo y la abrazó con más fuerza, como si quisiera absorber su cuerpo, acariciándole la cara con los labios.

Muy despacio, pegados el uno al otro, salieron del agua y se tumbaron en la arena. Nada podría separarlos. Fen lo sabía y lo aceptaba. No había vuelta atrás. Ya no.

No, hasta que una ola mucho mayor que el resto los empapó. El agua estaba helada y los dos se quedaron sin respiración de la impresión. Entonces, Saúl se empezó a reír, mirándola fijamente.

—¿Sabes lo que dicen de las duchas de agua fría? Pues es cierto. Pero no pienses que el efecto va a durar mucho.

La agarró de la mano y la ayudó a levantarse.

—Vamos a secarnos. Estoy dispuesto a compartir una ducha caliente contigo cuando quieras.

Capítulo 9

Fen miró sin mucho entusiasmo la ropa amontonada en el suelo del cuarto de baño. Le había costado más de lo que podía permitirse y el agua del mar la había estropeado. Pero no se sentía mal por la pérdida.

Temblando todavía, se metió en la ducha y dejó que el agua la calentara.

Su cuerpo echaba de menos el de Saúl y por mucho que ella se congratulara de la escapatoria, el deseo no desaparecía. Saúl no había insistido en la idea de ducharse juntos, tal y como ella había esperado.

—¿Tienes una secadora donde pueda meter mi ropa? ¿Y una toalla? Será mejor que te quites toda esa ropa mojada —le había dicho Saúl.

Entonces un delicioso escalofrío había recorrido el cuerpo de Fen, que a punto había estado de quitarse la ropa allí mismo. Pero Saúl había interpretado mal su reacción.

—Date una ducha y dejarás de temblar. Vamos, dime dónde ir y ya está, que te vas a enfriar.

Le había mostrado dónde estaba el cuarto de la lavadora, le había dado una toalla y se había ido a la ducha sin dejar de preguntarse en todo momento si Saúl intentaría volver a empezar donde lo habían dejado. Pero aunque había dicho que compartiría la ducha con ella encantado, no había hecho el menor intento de hacerlo.

Fen debía haber estado dando gracias al cielo por ello y por la ola que la había salvado de la locura de sus hormonas.

Sin embargo, el agua del mar no había apagado su ardor. Salió de la ducha y se envolvió en una toalla. Seguía deseando a Saúl por mucho que su mente se empeñara en darle razones por las que debería mantenerse alejada de él.

Saúl sólo deseaba una cosa: verla en su cama hasta que se cansara de ella y se encaprichara de otra. Había sido brutalmente sincero, le había expuesto sus necesidades y no había hablado en ningún momento de compromiso. Y aquello no era suficiente para Fen.

Pero no le importaba. ¿No? Saúl no sentía nada especial por ella. Fen no quería hacer el amor con un hombre si no lo amaba de verdad. Y no iba a permitirse enamorarse porque valoraba en extremo su libertad y su independencia.

Las caricias y los besos de Saúl le habían demostrado que la magia sexual que ella creía que era un mito existía de verdad y que su experiencia con Ray Gordon había sido un error. Y no iba a

cometer otro abandonándose a un sórdido romance con un hombre que había admitido que no podía amarla porque no la respetaba.

Se puso un par de vaqueros viejos y una camiseta de lana y se congratuló de que todo estuviera bajo control. La ropa de Saúl estaría seca enseguida y lo mandaría a casa disculpándose por su comportamiento en la playa.

Diría que era culpa del vino de la comida. Ojalá Saúl la creyera.

Pero al bajar al salón, vio que Saúl había encendido la chimenea y una sonrisa nació en sus labios.

—¡Qué agradable! —exclamó.

Lo dijo sin pararse a pensar. También sin pararse a pensar, miró a Saúl. Al momento deseó no haberlo hecho, porque lo único que llevaba encima era una toalla alrededor de la cintura. Verlo así la excitó.

Fen sintió de nuevo la necesidad y el deseo de estar en sus brazos, de cubrirle el cuerpo de ardientes besos y de recuperar el éxtasis que la había transportado a un mundo de magia allá abajo en la playa.

Fen tragó saliva. Tenía un nudo en la garganta. Se dio media vuelta, temerosa de mirar por más tiempo su tentadora virilidad. Pero el cuerpo la traicionaba y no sabía muy bien cómo controlarse. Lo intentaba, oh, lo intentaba.

—Tu ropa estará seca enseguida. ¿Quieres beber algo caliente mientras esperas?

Podía oír el rumor de la secadora y el violento latir de su corazón.

—Ahora no. Ya me darás algo de comer después —oyó que decía Saúl con voz aterciopelada.

¿Después? ¿Cuánto después? ¿Cuánto tiempo pensaba quedarse? ¿Cómo decirle que se fuera? ¿Cómo decirle que no le interesaban sus planes si su cuerpo parecía tener sus propias ideas?

—Se está muy bien aquí. Voy a ver si está la ropa —continuó Saúl.

Pasó al lado de Fen y entró en la otra habitación. Fen no lo miró. No podía.

Suspirando, se acercó a la ventana. El día hacía honor a la reputación del clima inglés. Una enorme nube gris había cubierto el cielo azul y llovía y hacía viento. Saúl tenía razón, dentro de casa se estaba demasiado bien como para pensar en salir.

Fen pensó que insistir en que se marchara sería exagerado. Además, no había que darle demasiada importancia a su oferta de que fuera su amante. Si volvía a hablar del tema, era mejor decirle con buenas palabras que no tenía intención de ser su amante y punto. Podía hasta sonreír mientras se lo decía para así parecer

tranquila y sofisticada, como siempre había querido ser.

Intentaría que no volviera a tocarla. Conocía su debilidad cuando la besaba y la acariciaba. Oyó cómo volvía a la habitación e hizo un esfuerzo por comportarse con normalidad.

Saúl estaba completamente vestido, gracias a Dios.

—¿Más contenta? —dijo, adivinando el alivio de Fen.

Se sentó en uno de los cómodos sillones y estiró las piernas.

—¿Sientes tener que vender la casa? Me habías dicho que era lo más parecido a un hogar que habías tenido, ¿no? ¿Y qué vas a hacer con los muebles? ¿Te los vas a quedar?

—No.

Fen pensó en decirle que se metiera en sus asuntos, pero no lo hizo. Se sentó en el brazo del otro sillón y continuó hablando.

—Quien compre la casa puede quedarse con los muebles y disponer de ellos como quiera. Mi madre no los quiere.

—Ya, viviendo en Australia… Pero, ¿y tú?

La pregunta se quedó flotando en el aire, en espera de una respuesta. Fen no sabía por qué le hacía tantas preguntas, sobre todo sobre un tema tan poco interesante como aquél.

Le contestaría, porque pensaba hacer todo lo posible para evitar otra pelea. Pero en aquel momento Saúl no la estaba presionando, era su propio cuerpo el que la ponía en tensión. Cada centímetro de su cuerpo ardía por estar de nuevo en los brazos de Saúl.

Para ocultar sus sentimientos, se dispuso a responder, intentando sonar agradable y tranquila.

—Nunca he tenido muchas posesiones materiales. Todo lo que necesito es un par de maletas de ropa. Lo demás es una carga que te frena.

—¿Y que te ata a un sitio? —intervino Saúl, mirándola fijamente, con los brazos detrás de la cabeza.

—Exacto.

La precaria compostura de Fen se desintegraba por momentos.

—La forma en la que fuiste educada te convirtió en un ser errante. Dime, ¿la falta de amor paterno te ha llevado a necesitar independencia emocional? ¿Por eso saltas de amante en amante? ¿Para cubrir tus necesidades físicas sin comprometerte emocionalmente?

Fen se quedó de piedra. ¿Cómo se atrevía a insinuar que era una mujerzuela?

¿Quién se creía que era? Cuando estaba apunto de negarlo todo y recordarle que su ética estaba también en entredicho, recordó qué había llevado a Saúl a pensar aquello y se le puso la piel de gallina.

No podía contarle la verdad. Todavía no. Y aunque lo hiciera, ¿la creería?

No sabía qué responderle, pero no podía quedarse allí sentada. Saúl la miraba con intensidad.

—Perdona, querías que te diera algo de comer…

Se levantó y se metió en la cocina, preguntándose qué pensaba que estaba haciendo, ofreciéndole algo de cenar si lo que quería era que se fuera y la dejara en paz, que le dejara el espacio suficiente para no sucumbir a aquella tremenda atracción física.

Había reaccionado como una chiquilla. Desesperada por alejarse de él y de sus preguntas, había farfullado la excusa de preparar algo de comer sin pararse a pensar.

Pero no había conseguido nada, porque Saúl estaba detrás de ella.

—Entiendo, es un tema del que no quieres hablar. No te preocupes, indagaré en tus razones en otra ocasión. ¿Qué hay para cenar?

La proximidad del cuerpo de Saúl en la diminuta cocina y el lío en el que estaba metida por culpa de su supuesta aventura con Alex, hicieron que deseara liberarse de toda aquella tensión pegando a alguien. A Saúl. Pero se controló.

—Tortilla. Y sólo si me ayudas puedes quedarte en la cocina.

Abrió la nevera y sacó un paquete de champiñones.

—Límpialos y trocéalos.

—Lo que tú digas, gatita. Ya cambiarán las cosas, te lo garantizo. Pero, por ahora, tú mandas.

Saúl sonreía, pero Fen a duras penas lograba respirar con normalidad. Se sentía atontada con sólo mirarlo. Ojalá hubiera sido capaz de mandarlo al salón con un vaso de vino. Porque las manos de Saúl cortaban los champiñones con movimientos hábiles, sensuales y precisos y Fen no podía dejar de pensar en cómo aquellas manos habían recorrido su cuerpo.

¿Y qué quería decir con que ya cambiarían las cosas? Fen ya sabía la respuesta.

Lo que no sabía era cómo iba a luchar contra Saúl y contra su propio cuerpo. Algo se le ocurriría.

Estaba nerviosa y Saúl lo sabía. A veces le daba la sensación de que Saúl sabía exactamente lo que estaba pensando y lo que sentía, como si estuvieran unidos de alguna manera. ¡Qué tontería!

Sin mirarlo, porque no podía soportar la sonrisa especulativa de sus ojos azules, se concentró en lo que estaba haciendo.

Saúl fue el que alivió un poco la tensión de Fen, eligiendo el vino y sugiriendo que podían cenar en bandejas en vez de en la mesa. Sacó a Fen de la cocina y se sentaron a cenar en el suelo, cerca del fuego.

Cuando terminaron de cenar, Saúl recogió los platos, sirvió a

Fen un poco más de vino, atizó el fuego y cerró las cortinas.

Era raro, pero Fen se sentía segura con él. Estaban solos, hablando tranquilamente sobre un montón de temas distintos e interesantes. Fen estaba completamente relajada, de forma que no se le encendió la luz de alarma cuando Saúl preguntó:

—¿Qué piensas hacer y adonde irás cuando termines lo que tienes que hacer aquí?

Fen se encogió de hombros. Jugueteaba con la copa en las manos.

—Me buscaré algún trabajo y, cuando lo encuentre, allí me iré.

No se molestó en decirle que no tenía nada que hacer hasta finales de verano, en Italia o que, debido a sus extravagancias, iba a tener que buscarse algo entre medias. No estaba en absoluto preparada para oír lo que Saúl iba a decirle y, mucho menos, para su tono de voz. Parecía como si las palabras salieran de su boca contra su voluntad.

—Estoy preocupado por ti. No me preguntes por qué, Fen, pero me preocupo por ti.

Fen se puso tensa y su corazón se puso a latir con violencia.

—¿Por qué recorrer el mundo como una vagabunda si te ofrezco un techo y una cama donde dormir? —continuó Saúl—. Sabes muy bien cómo son las cosas entre los dos: una mirada, una caricia y nuestros cuerpos parecen arder. No intentes negarlo.

Odio a las mujeres que mienten. Hay algo mágico entre nosotros, Fen. Y lo sabes. A lo mejor no es la propuesta más romántica que te han hecho, pero necesito a alguien permanente en mi vida. No quiero simplemente una cara bonita. Te necesito y creo que tú también me necesitas.

¿Podía Saúl oír los latidos del corazón de Fen en el súbito silencio de la habitación? Fen estaba a punto de llorar. Agarró con fuerza la copa de vino hasta que se le pusieron blancos los nudillos y Saúl se la quitó de la mano.

Fen cerró los ojos, llena de angustia. ¿Necesitarlo? ¿Ella?

Si le daba la razón, estaría pulsando un botón que la llevaría a la autodestrucción. Era el momento de dejar las cosas claras y de decirle que de ninguna manera aceptaría ser su amante. Lo miró a los ojos y aguantó su mirada.

—¿Por qué iba a necesitarte? ¿Qué puedes ofrecerme tú que no pueda encontrar con otro hombre y en otro lugar?

La cara de Saúl se tensó de ira, pero controló su rabia y se las arregló para parecer tranquilo.

—Dije que quería ayudarte y lo decía en serio. Necesitas a alguien que te lleve de la mano y ése puedo ser yo. Comprendo por qué eres como eres. Debiste de querer a tus padres cuando eras

pequeña y te debiste sentir muy sola e insegura cuando descubriste que no te querían.

Antes de que se moviera, Fen supo que iba a tocarla, pero no hizo nada para evitar que la agarrara de las manos y la pusiera de pie. ¿Cómo iba a impedírselo si su corazón le recordaba lo mucho que deseaba estar cerca de él y sentir su boca pegada a la suya?

La agarró por la cintura con delicadeza, acariciándola casi, como si supiera que Fen había abandonado toda intención de luchar contra él, que era su dueño, entonces y para siempre, simplemente por su presencia. Como si supiera que con sólo mirarla y con estar cerca de ella la tenía a sus pies. Era su dueño y señor.

Saúl sostuvo la dorada mirada de Fen, mirándola con intensidad con su mirada azul.

—Sin saber lo que estaban haciendo —dijo con voz profunda—, tus padres te enseñaron a huir de todo compromiso emocional. Yo puedo ofrecerte ese compromiso y enseñarte que dar no significa perder y que sólo dando creces como persona.

Palabras seductoras a la luz de la chimenea y aderezadas con tiernas caricias.

Fen se sentía como si nadara entre nubes de miel. Era tan dulce, tan tierno, tan tentador…

Se mordió el labio para recordarse que el demonio siempre les decía a los mortales lo que querían oír. No podía ser que Saúl se preocupara por ella.

—Has dicho que me querías en tu vida, pero, ¿qué significa para ti

«permanente»?

Inconscientemente, Fen contuvo la respiración. Soltó el aire con dolor cuando oyó lo que no quería oír.

—Nada es para siempre. Es algo que he aprendido en el camino. Supongo que significa mientras los dos queramos estar juntos. Estar juntos será algo bueno. Bueno para los dos. Y podrás aprender lo que es echar raíces en un sitio. Ya has visto mi casa, Fen. Es un sitio agradable. Serías feliz allí.

Allí. Con él. Claro que sería feliz… Si las cosas fueran diferentes. Si Saúl la amara, si la deseara para siempre…

Al entrar en su casa había tenido la extraña sensación de que la casa le daba la bienvenida, como si fuera realmente un lugar en el que pudiera echar raíces. Pero sentía miedo y también amargura y ambas cosas empañaban la felicidad que Saúl le ofrecía. Algún día se cansaría de ella y la abandonaría.

—Me quieres para ocupar el lugar de tus aventuras de una noche —repuso Fen.

Se puso tensa, combatiendo la necesidad de aceptar la oferta de

Saúl.

—¿Notas que te estás haciendo mayor? ¿La caza es demasiado dura para ti? —

le lanzó.

Fen intentó separarse de él. Cuanta más distancia hubiera entre los dos, mejor.

Pero, Saúl la retuvo, sujetándola con las manos.

—No soy hombre de aventuras de una noche, si es eso lo que insinúas. Nunca lo he sido. Sanchia era la experta en ese campo.

La amargura de su voz pilló a Fen desprevenida. La curiosidad hizo que se relajara un poco.

—¿Quién es Sanchia?

La tensión que antes invadía su cuerpo parecía haberse trasladado al de Saúl, que estaba completamente rígido.

—Mi mujer. Murió.

La mujer cuya muerte no le había afectado. Alex había dicho algo sobre un matrimonio corto y tormentoso en el que había alguien de por medio. Fen había pensado automáticamente que Saúl era el que había tenido la culpa de la crisis.

¿Estaba equivocada?

Aquella tensión, aquella amargura parecían sugerir que sí. Buscó en su rostro alguna pista, pero Saúl se dio la vuelta, soltándola. Y en vez de sentirse aliviada, se lamentó de la distancia que los separaba.

—¿Quieres hablar de ello? —dijo, compasiva.

Saúl se volvió a mirarla con el ceño fruncido. Después de un momento, sacudió la cabeza como si por fin hubiera tomado una decisión y se acercó de nuevo a Fen.

—¿Sabes, Fen? Creo que sí.

La agarró de la mano, entrecruzando los dedos con los de Fen.

—No suelo hablar de mi matrimonio. Nunca —empezó con tono seco—. Pero tengo la sensación de que contigo puedo hacer una excepción.

Se dejó caer en el sillón y hubiera arrastrado a Fen también, pero ella no quería tanta proximidad, de modo que se sentó a sus pies, en la alfombra. Fen tenía las palmas de las manos húmedas del sudor y el pulso acelerado. ¿Estaba Saúl haciendo una excepción con ella porque era alguien especial para él o era otro de sus trucos?

Una de las manos de Saúl descansaba sobre el hombro de Fen. Sus dedos le abrasaban la piel bajo la camiseta de lana. Fen no apartaba la vista del fuego, estaba confundida. ¿Por qué deseaba escuchar las confidencias de Saúl si lo único que iba a conseguir era sentirse todavía más unida a él? Cada vez se sentía más cerca de él.

No debía haberle animado a hablar de su matrimonio. Lo que tenía que haber hecho era decirle que era tarde y pedirle que se

fuera. ¿Aprendería alguna vez a tener algo de sentido común al tratar con Saúl?

No. Fen se encogió de hombros en respuesta a sus propios pensamientos y Saúl deslizó con delicadeza la mano hasta acariciarle la nuca. No. Nunca. Cuando entraba en juego el inmenso atractivo sexual de Saúl, ella era tremendamente débil. Apoyó la espalda en las rodillas de Saúl, incapaz de mantener la distancia.

—Nunca me había planteado el matrimonio como una opción válida hasta que conocí a Sanchia —empezó Saúl con emoción—. Yo era un triunfador y no se me pasaba por la cabeza que una mujer fuera a ocupar parte de mis pensamientos. Sólo pensaba en mi carrera. Estar casado significaba tener que dejar mi carrera en segundo lugar. Tuve alguna aventura, pero nada serio. Nunca pensé en casarme.

—Hasta que conociste a tu mujer —apuntó Fen.

Odiaba sentirse herida. ¿Por qué le dolía tanto que Saúl admitiera que había amado a otra mujer con tanta intensidad como para dejar en segundo plano su meteórica carrera? Todo lo que debería haber sentido era sorpresa al enterarse de que aquel hombre era capaz de sentir algo por alguien.

—No, al principio no. No fue un amor a primera vista, ni mucho menos.

Fen dejó escapar un suspiro. Los dedos de Saúl jugaban con el lóbulo de su oreja, pero su mente estaba a kilómetros de distancia. Fen se mordió el labio y fijó la vista en el fuego. La mente de Saúl estaba lejos de allí, ¡pero la suya no!

La dulce a la vez que torturadora y erótica presión de los dedos de Saúl era la responsable de la abrasadora corriente que corría por las venas de Fen. Si hubiera tenido la suficiente fuerza de voluntad, se habría levantado y se habría ido, lejos del peligro. Los sentimientos de Fen pasaban completamente desapercibidos para Saúl, que siguió con su relato con voz monótona.

—La conocí en una fiesta. Era sudafricana y estaba de visita en Inglaterra en casa de una tía suya en Londres. Apenas me fijé en ella. Entonces empezamos a coincidir en actos sociales más a menudo y empecé a prestarle más atención. No era guapa. Algo baja, un poco regordeta y de pelo rubio. Nada que ver con las chicas con las que había salido hasta entonces. No era una mujer despampanante, pero me hizo pensar en comida casera, jardines, tarta de manzana, niños y niñeras.

Separó las rodillas y puso la espalda de Fen entre sus piernas, apoyando las manos en las clavículas de Fen.

—Entonces, de repente me di cuenta de que me faltaba algo. Poseía una fortuna pero no la estaba gastando en nada. Quería una

casa que pudiera convertir en un hogar y tener hijos que heredaran lo que había conseguido. Me planteé el matrimonio como algo posible. Y pese a lo que puedas pensar, cuando me casé, lo hice en conciencia. Soy una persona íntegra.

Pero no había dicho que amara a su mujer.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué es lo que pasa siempre con los sueños? Pues que de pronto te despiertas

—respondió Saúl.

Había amargura y dolor en su voz. Le habían hecho mucho daño. Fen se mordió el labio y se alegró de que Saúl no pudiera verle la cara.

—Me había casado con una ilusión y tenía que hacer frente a la realidad. Mi mujer no tenía nada de dulce ni de sano. Le consumía una enfermedad y esa enfermedad era el sexo. Cualquier hombre, en cualquier momento y en cualquier lugar. Intenté que viera a un especialista. Intenté que funcionara nuestro matrimonio.

Aunque cada vez que me enteraba de alguna de sus aventuras ella se arrepentía, al poco tiempo volvía a las andadas. Sanchia no sabía lo que era el amor, sólo la lujuria.

Nunca fui suficiente para ella. Después de que muriera en un accidente, me enteré de que sus padres la habían enviado a Inglaterra porque no podían aguantar tenerla con ellos.

—Lo siento.

No se le ocurría otra cosa que decir.

—No lo sientas.

Saúl estaba inclinado hacia delante, con la cabeza apoyada en la de Fen. Sus cabellos se entremezclaban.

—He aprendido a vivir con ello. Lo guardé siempre todo para mí, pero me alegro de habértelo contado. Me casé y fue un absoluto fracaso. Quería que lo supieras. Ahora…

Se hizo un silencio tan denso que se podía cortar. Fen intentaba encontrar la fuerza de voluntad que se evaporaba cuando Saúl estaba cerca.

Pero los dedos de Saúl bajaban desde sus hombros hacia sus pechos abrasándole la piel bajo la camiseta de lana. El pulso se le había acelerado. Fen lanzó un suspiro. Había comprendido la intención de Saúl al hablarle de sus fracasos en las relaciones personales.

Le había estado hablando de su matrimonio, culpándose del fracaso cuando no había sido culpa suya.

—¿Por qué no lo olvidamos? —propuso Saúl, mientras se afanaba en desabrochar el primer botón de la camiseta de Fen.

Fen reunió la fuerza suficiente para ponerse en pie.

—Es la idea más sensata que he oído en mucho tiempo. Y la segunda es una buena taza de café. Quédate donde estás. Te la traigo enseguida.

Salió disparada hacia la cocina, como si el mismo demonio le pisase los talones.

Y se los iba pisando, ¡vaya si no! Con la intención de colarse en su corazón, además.

—¡Cielo santo! —murmuró Fen.

Con manos temblorosas, intentó llenar la cafetera. ¿Cómo había dejado que pasara todo aquello?

A pesar de sus esfuerzos por no enamorarse y por conservar su libertad y su independencia, Saúl la había atrapado. Estaba enamorada de Saúl Ackerman y ya no volvería a ser la misma.

Capítulo 10

Superaría todo aquello. Tenía que hacerlo, si quería ser coherente con el modo de vida que había elegido. Todo lo que tenía que hacer era pensar con la cabeza y no dejar que Saúl entreviera lo que sentía de verdad. Si Saúl se daba cuenta de que estaba enamorada, intentaría persuadirla utilizando su encanto y ella caería sin remedio en sus brazos.

Le temblaban las manos. Puso las tazas de café en una bandeja, se armó de valor y respiró hondo.

Obraría con alegría y con entusiasmo, demostrando a Saúl que era dueña de sus actos. Tendría también cierta delicadeza, porque no podía olvidar que acababa de compartir con ella la verdad sobre su matrimonio.

Pero le recordaría todo lo que había hecho después de la muerte de su esposa y guardaría en todo momento una distancia prudencial entre los dos, aunque eso significara tener que tomar el café y andar de espaldas por la habitación al mismo tiempo.

Desolada, pensando que nunca más sentiría la dicha de sus besos y de sus caricias, que tenía que echarlo y no verlo nunca más, le dio una taza de café y le pasó también la leche para que se sirviera. Luego, se sirvió ella y se sentó en una de las sillas de la mesa de al lado de la ventana.

—No intentes parecer mojigata, Fen. No va contigo.

Saúl la estaba mirando. Su mirada rebosaba algo que podía ser diversión. ¿Y

ternura? Fuera lo que fuese hizo que Fen se estremeciera. Clavó la vista en la taza.

—Ven aquí. Ven conmigo.

La sexy y dulce voz de Saúl la envolvía y hacía crecer en ella el deseo.

La tentación a obedecerle era muy fuerte pero tenía que combatirla. Sabía muy bien lo que pasaría si se acercaba a él. Saúl la deseaba y ella lo amaba, y la ecuación era muy peligrosa.

Dejó la taza encima de la mesa temiendo que el temblor de sus manos la delatara.

—No voy a ser tu amante, así que haznos un favor a los dos y no lo vuelvas a mencionar —dijo mirando a Saúl a la cara.

—¿No?

No parecía molesto por la afirmación de Fen, que, intrigada, lo miró de nuevo.

Saúl sonreía. Fen pensó que se ahogaba en el océano de sus ojos azules.

—¡No!

Fen intentó calmarse. Se estaba excitando demasiado y se estaba saliendo de su plan. Tenía que estar tranquila y controlar la situación. Si no lo hacía, la situación se le iría de las manos.

—Sé lo que piensas de mi calidad moral, pero no me dedico a saltar de cama en cama, créeme. Además, por lo visto las mujeres te interesan tanto como un periódico atrasado. Bueno, me refiero a las mujeres que han entrado en tu vida después de tu matrimonio.

Saúl movió la cabeza muy despacio. Sus ojos echaban chispas.

—Ya, te refieres a las trescientas sesenta y cinco con las que me acuesto al año,

¿no?

Fen tragó saliva, apesadumbrada. No la estaba tomando en serio. Saúl le había pedido que fuera parte permanente de su vida, pero aquello sólo significaba hasta que decidieran separarse. Lo que en otras palabras quería decir hasta que se cansara de ella. No iba a seguir con una amante una vez que se había aburrido de ella.

Fen no quería ser su amante y estar temiendo siempre que llegara el día que la echara de su lado. Quería algo que no era posible y haría bien en no olvidar eso, que era imposible.

—No pienso ser una más en una larga lista. Estoy convencida de que eras sincero al plantearme la oferta, pero me temo que no voy a aceptar.

Aunque lo único que deseaba su pobre corazón era estar cerca de Saúl a todas horas.

Saúl empezó a avanzar hacia ella con la cara tensa.

—Sanchia murió hace cuatro años —dijo con agresividad—. Y la última mujer con la que me he acostado me dejó después de una aventura de menos de una semana. Eso fue hace más de dos años. Como todos los hombres, tengo ciertas necesidades, pero he descubierto que no disfruto acostándome con cualquiera. No serías una más en una lista, ni corta ni larga. Serías, y eres, única. ¿Satisfecha?

La miraba desde lo alto, furioso. Era obvio que Fen le había hecho daño. Fen negó con la cabeza muy despacio, con lágrimas en los ojos. Lo único que podía satisfacerla era su amor, un compromiso para toda la vida.

La ira abandonó el rostro de Saúl, que se tornó gris y sombrío.

—¿De verdad soy tan detestable, Fen?

Fen supo con sólo mirarlo a qué se refería. Se refería al fracaso de su matrimonio, y al fracaso amoroso con la mujer de la que le había hablado. Por eso le había corregido cuando Fen le había dicho que no sabía lo que era el fracaso.

Saúl pensaba que había vuelto a fracasar, que nunca podría mantener una relación personal íntima. Y Fen, que lo amaba, no

podía soportar que sufriera de tal 83

forma. Y antes de que tuviera tiempo para pensarlo, ya estaba de pie y en sus brazos, consolándolo.

—No debes pensar así, ¿me has oído?

Fen tenía las manos entrelazadas por detrás de la nuca de Saúl y le cubría la cara con dulces besos, pensando en él y en su dolor. La piel de Saúl sabía a sal y a algo que era infinitamente masculino.

Fen oyó cómo Saúl contenía la respiración. Saúl la rodeo con los brazos y la apretó con fuerza, besándola febrilmente. Fen se estremeció, no de pánico sino de placer. Saúl lo notó y empezó a besarla con delicadeza, con menos violencia pero con mucha más carga erótica si cabe, paladeando sus labios y transportando a Fen a un torbellino de oscuro placer que la llevaba a abandonarse a la pasión que guiaba el poderoso cuerpo de Saúl, exultante a juzgar por su erección.

—¡Oh, sí, Fen, sí! —murmuró Saúl.

Deslizó las manos por debajo de la camiseta de Fen, acariciándola hasta que se arqueó, jadeante. Saúl le quitó la camiseta con dedos ávidos e impacientes y le dio el placer que ansiaba. Acarició con la lengua sus pezones hasta ponerlos duros, excitándolos con los dulces movimientos de su boca.

Fen hundía los dedos en el pelo de Saúl, sintiendo un placer doloroso.

Enseguida se dio cuenta de que no había vuelta atrás. No para ella. Sus principios y su necesidad de protegerse de cualquier daño emocional se desvanecieron. Lo amaba y nunca había soñado que algo así fuera posible. Era tan delicioso…

Y mientras la boca de Saúl seguía afanada en los pechos de Fen, sus dedos le desabrochaban los pantalones. Se los bajó y empezó a acariciar la suave piel de sus caderas, sus muslos. Fen pensó que el corazón le iba a estallar de deseo, de necesidad, de amor…

—Eres tan hermosa, Fen —murmuró Saúl con dulzura—. Eres perfecta.

Devoraba con los ojos su desnudez, como si quisiera guardar para siempre aquella imagen.

—Y eres mía. Toda mía.

Saúl la tomó en sus brazos y Fen se dejó levantar. La sangre le corría con exultante alegría por las venas mientras Saúl la llevaba al piso de arriba y la dejaba con suma delicadeza sobre la cama. Saúl la miró con pasión mientras se desnudaba.

Saúl se unió a ella en la cama, atrayéndola apasionadamente hacia su cuerpo, cubriéndole la cara de besos.

—Desde el momento en que te vi supe que estábamos hechos el uno para el otro. Supe que serías mía…

Y a partir de entonces no hubo más palabras. No había necesidad de ellas, pues las manos y los labios decían todo lo que había que decir. Sus cuerpos se adoraban.

Saúl le enseñó lo que era el éxtasis más allá de toda descripción y el febril y enamorado cuerpo de Fen respondió con total y entregada generosidad.

Fen se despertó. La luz del amanecer entraba por la ventana y le acariciaba la cara. Se sentía radiante. El amor. Había perdido la cuenta de las veces que habían hecho el amor durante la noche.

Pero, ¿a qué precio? ¿Y su libertad y su independencia? Con cuidado, se liberó del enorme brazo que la sujetaba. Pertenecía a Saúl, entonces y para siempre. Era esclava de una pasión y de un amor que no podía negar.

Saúl estaba dormido y su pecho se levantaba al ritmo de su respiración. Incapaz de resistirse a la tentación, Fen acarició sus pezones con el dedo. Saúl se movió y Fen se detuvo. Si se despertaba, harían de nuevo el amor y tenía muchas cosas que contarle antes de nada. Había mucho que aclarar antes de pensar en el futuro.

¿El futuro? ¿Cuánto futuro estaría Saúl dispuesto a compartir? Hasta que ya no quisieran seguir juntos. La respuesta era fría y directa. Pero las cosas podían cambiar,

¿no?

Sería cosa de Fen el asegurarse de que Saúl quisiera estar con ella para siempre.

Salió de la cama y eligió algo de ropa. Lo amaría siempre, se quedaría junto a él e iría adonde fuera. La única libertad que necesitaba era la libertad de expresarle su amor. Aunque tuvieran hijos, nunca dejaría que la llama de su amor se apagara. Ella y Saúl les darían la seguridad de saberse queridos y deseados, de que tenerlos había cimentado y fortalecido su amor.

Fen borró aquellos pensamientos de su cabeza. No tendrían hijos sin casarse.

Estaba anticipando acontecimientos, dejándose llevar por lo que no era más que una noche de pasión.

Saúl no había mencionado el matrimonio. ¿Por qué iba a hacerlo si pensaba que cambiaba de amantes como de zapatos? Pero siempre podía cambiar de opinión una vez que supiera la verdad sobre su relación con Alex.

Aferrándose a esa esperanza, Fen se metió en la ducha y se vistió sin secarse bien, por lo que la ropa se pegaba a su cuerpo húmedo revelando sus formas.

Se sentía más viva y más femenina que nunca. Estaba feliz. La única sombra de su felicidad era la duda de si Saúl estaría dispuesto

a comprometerse después de enterarse de que era su primer amante, sin contar a Ray, que no había significado nada para ella.

Pero ni esa duda podía empañar su felicidad. El sol resplandecía otra vez en el cielo azul y podía oír las olas romper contra la costa a través de la puerta abierta.

Todo era perfecto. Estaba preparando las cosas del desayuno para llevarlas a la mesa del porche cuando Saúl apareció por detrás y la rodeó por la cintura con los brazos, acercándola hacia él y besándola con dulzura el cuello. Fen temblaba de emoción.

—Pensaba llevarte el desayuno a la cama. Y la comida. Y la cena.

Fen sentía la cálida respiración de Saúl y su cálida sonrisa acariciándole la piel.

Se dio la vuelta en sus brazos y al notar su erección casi perdió el control.

Pero se contuvo, incluso cuando Saúl empezó a mover rítmicamente las caderas y estuvo a punto de arrastrarla a la más absoluta pasión.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar.

Saúl sonrió con ojos picaros.

—Es obvio que tienes algo que decirme, pero se me ocurren otras cosas mejores que hacer que hablar contigo.

—No, estoy hablando en serio.

Saúl acalló la protesta de Fen con besos y más besos.

—Lo sé, lo sé. Y yo también. Vuelve conmigo a la cama. Vamos a celebrar el principio de una relación que va a ser fantástica para ambos.

—Saúl, por favor. Tengo que decirte algo antes.

Se soltó de los brazos de Saúl.

—Te tomo la palabra: has dicho «antes».

Y sonrió a Fen con las manos en las caderas. Tenía un aspecto magnífico. La sombra de la barba sin afeitar le hacía parecer hasta peligroso.

—Venga, habla.

—Después de desayunar.

Fen se congratuló de haberse mantenido firme. Se metió en la cocina y volvió con el zumo y las tostadas. Se sentó enfrente de Saúl y se aseguró de que no faltaba nada.

Zumo de naranja, mantequilla, miel… ¿Le gustaba la miel? Había tantas cosas que ignoraba de él… Cada descubrimiento era una alegría. Sus ojos se cruzaron y Fen sintió que el amor que sentía por Saúl le llenaba el pecho. Mientras servía el café y el zumo con manos temblorosas, no podía articular palabra. Estaba emocionada.

Observaba cómo Saúl extendía la mantequilla en una tostada

con movimientos precisos. Cortó la tostada en cuatro trozos y se llevó uno a la boca.

—Dime, ¿qué es lo que es tan importante, mi vida?

El cariñoso apelativo pilló a Fen desprevenida. Revelaba que sentía algo más que deseo y pasión. Fen buscó las palabras y empezó a hablar: —Alex Fairbourne es mi tío, el hermano de mi madre. No hay tal aventura.

Todo era producto de las mentes de la gente de la prensa.

Hasta aquella mañana, Fen estaba decidida a no decirle la verdad hasta que VisionWest tomara una decisión, pero se había enamorado y eso cambiaba las cosas.

Lo más importante era que Saúl supiera la verdad sobre ella. Saúl no culparía a Alex del engaño, no era su estilo. Y, aunque no la amara, Saúl sentía un deseo descontrolado hacia ella y mucha ternura, y Fen estaba segura de que no haría nada que pudiera hacer daño a su tío y, por tanto, a ella.

Fen miraba a Saúl con atención. Se había puesto rígido. Había dejado de comer y la miraba con ojos sombríos, inexpresivos.

—¿Y qué más? Tiene que haber algo más.

Lo había y Fen se lo contó, dándose cuenta perfectamente de que algo marchaba mal. Le dijo que, lejos de ser una amante profesional, sólo había tenido otro amante antes que él y que había sido hacía muchos años; le contó que su tío estaba asustado por el descenso de la audiencia y su temor por que decidieran acabar con el programa; y le contó la idea de Jean de inventarse lo de la aventura para que el público femenino volviera a ver a Alex como a alguien atractivo.

—Fue una idea estúpida—aceptó Fen.

Deseaba con todas sus fuerzas que Saúl dijera algo en vez de mirarla con aquellos ojos fríos y oscuros.

—Y una vez que la historia echó a rodar, simplemente seguimos adelante con ella…

—Riéndoos a mi costa.

Saúl se levantó de la mesa con movimientos totalmente medidos. Sus ojos se encontraron con los de Fen.

—Nadie se ríe de mí. Y mucho menos una mujer. Especialmente una mujer.

Nunca más.

Estaba hablando de Sanchia y de cómo se había comportado durante su matrimonio. Fen comprendía su amargura. Pero ella no había querido reírse de él. La situación se les había ido de las manos y le había sido imposible confesarlo hasta aquel momento. Tenía que hacérselo entender. Aunque fuera la última cosa que hiciera.

Pero Saúl se iba. Se marchaba por el sendero. Avanzaba rápido,

como si no tuviera tiempo suficiente para alejarse de ella.

—¡Saúl!

Saúl ya estaba dentro del coche. Fen tenía la boca seca. No podía estar pasándole aquello. No podía ser. ¿Cómo podía irse después de lo de la noche anterior? ¿Cómo podía hacerle algo así?

Con los ojos nublados de lágrimas, Fen se apoyó en la puerta de la verja. Saúl ni siquiera la miró.

—Te quiero, Saúl…

El sonido del motor del coche ahogó su voz. Saúl aceleró y dejó atrás la casa, alejándose por el camino.

Sentada en una roca, Fen mojaba los pies en el agua salada, mirando el brillo azul verdoso de la superficie del mar. Respiró hondo e intentó relajarse.

Al día siguiente, se iría de aquella agradable casa y no volvería nunca más. Jean y Alex la pasarían a recoger, mandaría a su madre las cosas a Australia y allí acababa todo. Diría adiós a una parte de su vida y, por supuesto, también a Saúl.

Había pasado una semana desde que se había marchado, demasiado enfadado como para escucharla. Y la había dejado herida de muerte.

Había tardado algo de tiempo, pero había logrado recuperarse y acabar lo que tenía que hacer. No había parado de trabajar en todo el tiempo. Casi ni para comer.

Sólo para acostarse cuando, exhausta, no podía más.

No había llorado y no se había sorprendido. Se había quedado vacía. Todas las emociones que Saúl había despertado en ella parecían haberse atrofiado.

¿Quién necesitaba emociones? Lo único que hacían era confundir a las personas. Podía vivir sin ellas. Se aseguraría de no volver a dejarse llevar por ellas.

Se incorporó y anduvo por la arena, dejando que la suave brisa le alborotara el pelo y le refrescara la cara y las piernas desnudas. Llevaba sólo una camiseta larga hasta los muslos.

Lo único positivo de la lamentable situación en la que se encontraba era que no habían echado a Alex de VisionWest.

Veinticuatro horas después de que Saúl saliera por la puerta, Jean había llamado desde Edimburgo.

—Alex no puede ponerse, está demasiado emocionado. ¡Un programa semanal!

¿Has oído? Le ofrecen un contrato magnífico. Laurence Meek ha llamado hace una hora. Al parecer han estado viendo las grabaciones de sus programas y piensan que es un presentador de talento. ¡No nos lo creemos!

Tenía que estar agradecida a Saúl por no haberse ensañado con

Alex. Pero en su relación no había solución. Saúl se había esforzado en seducirla y ella se había enamorado. Pero todo había salido mal y Fen se convenció de que tenía razón al pensar que era más seguro y menos complicado prescindir del amor en la vida.

Volvería a ser independiente y libre. Borraría de su mente a Saúl Ackerman y viviría tranquila el resto de su vida.

Y el resto de su vida empezaba al día siguiente.

En cuanto a lo que quedaba hasta entonces, se dedicaría a relajarse, a tomar el sol y a decidir qué hacer durante las cuatro semanas siguientes. Podía quedarse en la casa para enseñársela a los interesados, pero no se podía permitir el lujo de no trabajar. Además, le recordaba a Saúl, a sus caricias, sus besos, sus palabras, el brillo de sus ojos azules… Y el dolor era terrible. Quedarse allí no era la forma de hacerlo desaparecer de su vida.

Jean y Alex habían dicho que podía quedarse con ellos hasta su próximo trabajo, pero Fen era demasiado independiente para aceptar la caridad de nadie. Le habían dicho también que unos amigos suyos tenían un hotel cerca de Truro y que necesitaban gente desesperadamente. Querían a alguien que les echara una mano a cambio de cama, comida y un poco de dinero.

El trabajo parecía duro, pero no le asustaba. Lo que necesitaba era caer rendida en la cama por las noches para no pensar. Además, buscar algo que tuviera que ver con su trabajo le llevaría mucho tiempo. Necesitaba hacer algo y pronto.

Al día siguiente, le pediría el número de teléfono del hotel a Jean, llamaría a la inmobiliaria de Plymouth para poner la casa a la venta y se iría sin mirar atrás.

Fen mojó los pies en la orilla para probar el agua. Estaba helada. Nadie en su sano juicio se bañaba en el Atlántico hasta bien entrado el verano.

Pero Fen no estaba en su sano juicio, de modo que se quitó la camiseta y se metió en el agua en braga y sujetador. Avanzó entre las olas sin pensar en nada más que en el océano y se metió en el agua. Luego volvió hacia la arena con el pelo empapado y gotas de agua en la piel. Se sentía libre otra vez. Era una mujer nueva.

Pero la sensación de libertad se desvaneció al momento porque Saúl estaba allí, mirándola, esperándola en la arena. Y Fen volvió a sentir el deseo y la necesidad otra vez.

Y el miedo. Miedo al daño que Saúl podía hacerle, al darle toda aquella felicidad para arrebatársela después.

La seda mojada de la ropa interior dejaba ver demasiado y Fen cruzó los brazos para taparse los pechos. Se había metido en el agua porque nunca se acercaba nadie por allí. Si hubiera habido gente, ni se le habría ocurrido. Si hubiera habido gente alrededor, no habría

tenido que enfrentarse sola a Saúl y no se habría sentido tan vulnerable, tan a merced de sus ojos…

Pero no podía quedarse allí todo el día con los brazos cruzados. Así que siguió andando sin prestar atención a Saúl, que la miraba con rostro inescrutable. Sin embargo, su imagen se le quedó impresa en la retina, su cuerpo alto y atractivo, la camisa negra de manga corta. Estaba de pie, sólido como una roca, con los pies un poco separados y las manos en los bolsillos, mirándola.

A Fen el corazón se le salía del pecho y las piernas amenazaban con no seguir aguantándola, pero se obligó a seguir adelante como si la presencia de Saúl no le importara.

Saúl la había abandonado sin querer escucharla siquiera, a pesar de lo que habían compartido la noche anterior. Y Fen no iba a perdonárselo. La había tratado como si fuera una mujerzuela.

Suponiendo que viniera a pedir perdón, por supuesto. A lo mejor había vuelto a despreciarla de nuevo.

Fen buscó la ropa con la vista. ¿Podría ir por ella y ponérsela antes de encontrarse frente a frente con Saúl? No. Saúl se había movido y se había puesto justo delante de ella.

Muy despacio, Fen alzó la vista y lo miró a los ojos. Había deseado no verlo nunca más y en aquel momento no quería mirarlo a los ojos, pero no podía evitarlo.

La cara de Saúl estaba tensa, sólo sus ojos expresaban algún sentimiento. Era dolor. O ira. Pero aquella sombra se esfumó antes de que Fen pudiera decidir lo que era.

Saúl la miró a los ojos durante un rato y Fen se quedó sin respiración. Parecía como si Saúl se estuviera apoderando de su alma, como si le perteneciera a él y hubiera venido a reclamar lo que era suyo.

Fen se estremeció y aquel movimiento tan revelador devolvió a Saúl a la vida, porque le agarró las manos, separándolas del cuerpo de Fen y recorrió con la vista el cuerpo semidesnudo que dejaban descubierto.

Fen no se resistió. Como siempre, la presencia de Saúl debilitaba su voluntad y la dejaba a expensas de su poder. Cerró los ojos intentando no oír el frenético latir de su corazón, concentrándose en el ir y venir de las olas que rompían en la costa.

Sentía una corriente de emoción en su interior. El cuerpo la traicionaba. Los pechos se rebelaban contra la seda del sujetador y sentía un dolor ardiente y húmedo entre las piernas. Era una corriente que la guiaba hacia un peligro primario y elemental.

Pero no tenía por qué ser así. Podía detenerlo e iba a hacerlo. Abrió los ojos y se encontró con la mirada de Saúl.

—Déjame. No sé por qué has venido ni quiero saberlo. Por favor,

vete —dijo intentando soltarse.

Pero Saúl no la soltó. Simplemente puso las manos de Fen alrededor de su cintura y la abrazó apoyando la cabeza de Fen en su pecho.

—No luches contra mí, Fen. Cometí un error. Te hice daño y lo siento.

Notó cómo Fen temblaba de emoción y la cubrió de besos. La cara, el cuello… A Fen le dio un vuelco el corazón.

No podía dejar que le hiciera daño otra vez. La había abandonado sin importarle sus sentimientos. A lo mejor había pensado las cosas y había decidido volver a por más de lo que Fen le había ofrecido la última vez.

Bueno, pues no iba a dárselo.

Fen se revolvió, le golpeó en el pecho y empezó a empujarlo para separarse de él.

—Has vuelto en busca de otro revolcón, ¿no es así? ¿No tienes nada mejor que hacer? ¡Pues lo siento, porque yo sí!

Tenía muchas cosas mejores que hacer que soportar de nuevo el dolor que Saúl pudiera causarle. A lo mejor la necesidad que sentía Saúl era mayor que su reticencia a acostarse con una mujer que le pedía algo más serio, pero iba a llegar un momento en el que se cansara de ella y la dejara. Y la segunda vez iba a ser peor que la primera. No podría soportarlo.

Fen siguió pegándole, y Saúl le agarró las manos, mirándola con cariño.

—Te fuiste enseguida nada más descubrir que no soy una profesional del sexo.

¿Qué pasa? ¿Es que sólo te acuestas con mujeres a las que puedas pagar con dinero?

¿Tienes miedo de las mujeres que en vez de hacer el amor con calculadora ponen en juego sus emociones? No quieres ese tipo de compromisos, ¿no es cierto? A lo mejor empiezan a pedirte cosas que no puedes dar, como amor, respeto y una vida familiar…

—Calla.

Sorprendentemente, Saúl estaba sonriendo. Fen vio la curva de sus labios justo antes de que la callara con un beso. Un beso que la llenó de emoción, deseo y sensaciones contradictorias.

—No digas nada más y ponte esto.

En dos zancadas, Saúl había ido a por la camiseta y había vuelto, y se la estaba poniendo a Fen.

—Eso está mejor. Tenemos que hablar y no puedo pensar en nada con la tentación delante de los ojos. Vayamos a la casa.

Saúl la rodeó por la cintura con un brazo, acercándola todavía más y empezó a andar hacia la casa. Fen se preguntaba por qué le

estaba dejando hacer, por qué toda su fuerza de voluntad se desvanecía cuando Saúl estaba cerca, por qué su necesidad de sobrevivir se extinguía.

El roce de los muslos de Saúl mientras caminaban era una tortura, así que cuando Saúl se detuvo, Fen se alegró y se apoyó en él. Las piernas no la sostenían.

—Me fui porque mi orgullo estaba herido —confesó Saúl con voz grave—. No pensaba lo que hacía. ¿Podrás perdonarme?

Puso a Fen frente a él con suavidad y la abrazó con fuerza, sujetándola por la cintura.

—Hacer el amor contigo había sido la experiencia más maravillosa de mi vida y lo único que se me venía la cabeza era que te habías estado riendo de mí, que era un idiota por haberte hablado como un psicólogo aficionado.

La atrajo hacia sí, hundiendo los pies en la arena, y Fen se dio cuenta de que estaba excitado.

—Ya ves, Fen, pensé que te comprendía, que te conocía, que sabía por qué eras incapaz de comprometerte con un hombre, de echar raíces. Debes de haber pensado que era un verdadero idiota. Por eso me marché. No quería ver cómo te reías de mí.

Fen no podía soportar ver la sombra del dolor en los ojos de Saúl. Le acarició la comisura de los labios con un dedo para borrar la expresión tensa de su boca y movió la cabeza.

—Me reiré contigo, pero nunca de ti. Y tenías razón. Eres un buen psicólogo.

Nunca dejo que los hombres se acerquen a mí para huir de los compromisos. Bueno, lo hice una vez y fue un completo desastre, y eso no hizo sino confirmar mi opinión de que era mejor estar sola. No quería ser como mi madre. Dependía tanto de mi padre que no era nadie por sí misma y no le quedaba nada que ofrecerle a su hija.

—Y aun así hiciste el amor conmigo. ¿Significa algo?

Saúl, con la cara de Fen entre las manos, la miró suma con atención.

Fen empezó a temblar. Estaba entrando en terrenos peligrosos. Pero Saúl acababa de confesarle que la noche que habían pasado juntos había sido la experiencia más maravillosa de su vida y había reconocido que se había ido movido por el orgullo. Sin embargo, eso no quería decir que quisiera compartir su vida entera con ella.

—¿Qué quieres que signifique? —preguntó a su vez Fen, jadeando por las suaves caricias del pulgar de Saúl en sus labios.

—Que has encontrado al hombre con quien podrías vivir, que no estarías mejor sola y que entregarte no significa perder nada. Y que estarías dispuesta a casarte conmigo.

Los ojos de Saúl buscaron los de Fen con urgencia.

—Te doy dos minutos para que lo pienses. Te deseo y te deseo ahora, pero algo tan bonito como lo nuestro se merece un compromiso. Tienes dos minutos. No puedo esperar más.

Con dos segundos tenía suficiente. Los ojos de Fen se llenaron de lágrimas.

—¿Me quieres? —acertó a preguntar con voz entrecortada.

—Siempre.

La boca de Saúl ratificó la respuesta con un beso. Fen respondió al beso con avidez, llena de felicidad y de gozo.

—¿Y tú? Dime que me quieres. Dime que te casarás conmigo.

Fen no podía responder. Se abrazó a Saúl, entregada por completo, y murmuró una y otra vez su nombre, repitiéndole que sí.

Y de repente, sin que Fen se diera cuenta de cómo habían llegado hasta allí, estaban en la casa y el silencio del mediodía los rodeaba. Saúl la subía en brazos por la escalera.

—Mañana te llevaré a mi casa y podrás instalarte. A partir de entonces, será como estar casados, ya vendrán después las ceremonias. Le dejaremos una nota a Alex. Ya acabarán ellos de arreglar lo que sea necesario. Pero lo que queda del día y esta noche son nuestros, cariño, nuestros y sólo nuestros.

Era casi de noche cuando salieron de la casa, de la mano, enamorados, hechizados por el amor. Fen se sentía como si estuviera viviendo un sueño. Como si estuviera en el paraíso, viviendo un día eterno, que duraría toda la vida. Y Saúl estaría siempre con ella, compartiéndolo todo, los esplendores y las alegrías.

—Sabes —dijo Fen en voz baja, dejándose caer en la arena—, todavía no sé cómo ha podido pasar todo esto. Que nos amemos, quiero decir.

—El destino, mi vida.

Saúl se sentó frente a ella.

—Debes de haber oído hablar de él. Y no puedes luchar contra él. La primera vez que te vi me hechizaste y me juré que te apartaría de Alex. Te quería en mi vida, pero era sólo deseo. Entonces las cosas cambiaron y empecé a preocuparme por lo que sería de ti. Y descubrí que quería cuidarte y enseñarte a no tener miedo de las emociones. Bueno, todavía no pensaba en una relación que durara toda la vida, ya me había engañado una mujer y no quería que me volviera a suceder. De lo que no me di cuenta fue de que te quería con todo mi corazón, con tanta intensidad que estaba dispuesto a pasar el resto de mi vida contigo a pesar de tu dudoso pasado.

Alargó la mano para acariciarla. Fen quería llorar.

—Mi corazón ya había aceptado que eras parte indispensable de

mi vida. Y

cuando me dijiste que no eras lo que parecías, me sentí traicionado otra vez. Me llevó algo de tiempo poner a raya mi orgullo y admitir que eras la única mujer para mí, que había sido un idiota. Eso es el destino, cariño. Así que brindemos por él.

Había sacado una nevera y dos copas del maletero del coche y estaba abriendo una botella de champán. El tapón saltó dejando paso a una fuente de burbujas. Saúl rozó la copa de Fen con la suya y se sentó junto a Fen.

—Por el destino, por nuestra vida juntos y por nuestro amor —susurró.

—Por nuestro amor —repitió Fen, dejando caer la copa.

Acercó la cabeza de Saúl hacia la suya. No necesitaba champán para excitarse, todo lo que necesitaba era a Saúl y éste le había dejado claro que era suyo para siempre. Sus labios se lo confirmaron con un tierno y apasionado beso.